

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 7-

Los Hechos de los Apóstoles

PRESENTACIÓN

Este comentario al *Libro de los Hechos de los Apóstoles* se publicó por primera vez en inglés en 1952. No parece que la editorial de la Iglesia de Escocia ni el mismo William Barclay tuvieran intención de publicar más comentarios a otros libros de la Biblia; pero fue tan sorprendente el éxito que obtuvo éste que hizo que se convirtiera en el primero de una serie que incluiría todo el Nuevo Testamento en un tiempo récord de seis años. La serie se llamó en un principio *Lectura bíblica diaria*, y eso era lo que pretendía ser: una ayuda para los que quieren leer la Biblia por sí mismos. Cada tomito incluía un calendario para que se fuera siguiendo a lo largo de un periodo de tiempo; y William Barclay, a pesar de sus muchas ocupaciones y obligaciones, fue produciendo los 17 libros, que suman más de 4.000 páginas, a tiempo para que sus lectores pudieran saborear cotidianamente su porción bíblica jugosamente condimentada.

La prueba de que este comentario devocional y práctico vino a suplir una necesidad sentida desde hacía mucho tiempo en todas partes se ve claramente en el hecho de que muy pronto se publicaron traducciones y ediciones en otros países y lenguas, y William Barclay llegó a ser conocido y apreciado en todo el mundo, y sigue siéndolo, como uno de los principales expositores de la Palabra de Dios de nuestro siglo; y su *Comentario al Nuevo Testamento*, entre sus más de 60 obras, sigue ayudando a muchos a descubrir los tesoros que se encuentran en la Biblia esperando la llegada de buscadores tenaces para premiar su esfuerzo con aún más de lo que esperan encontrar.

Como William Barclay dice muchas veces en los prólogos de sus libros, lo que se proponía al escribirlos era poner los descubrimientos de la ciencia bíblica al alcance de los que no tienen acceso a estudios de teología ni al conocimiento de las lenguas originales. Para ello William Barclay demostró poseer el carisma de la comunicación en un grado verdaderamente extraordinario, como se dejaba ver en sus clases, predicaciones, conferencias y programas de radio y televisión que batían todos los récords de audiencia. Ortega y Gasset decía que «la claridad es la cortesía del filósofo»; y William Barclay parecía tener el lema de que « la sencillez y la naturalidad son las características del expositor de la Palabra de Dios». Como decía James Denney, a quien le gustaba citar a William Barclay, «Uno no puede pretender demostrar que es muy inteligente y que Cristo es poderoso para salvar.» William Barclay no buscaba su gloria, ni darse a conocer como un gran hombre, sino la gloria de Cristo y darle a conocer como el maravilloso Salvador y Señor que es. No meramente como un personaje histórico, alguien que vivió y murió hace mucho tiempo, sino Alguien que está vivo y presente, a Quien podemos conocer y amar y seguir.

Así lo confesaba y enseñaba William Barclay al hacer suya y citar a la cabecera de sus libros la oración de Ricardo de Chichester, un santo inglés del siglo xiii: «Ayudar a los demás a conocer a Cristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente.» Es probable que no se pueda expresar mejor la gloria del ministerio cristiano.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

UN LIBRO ENCANTADOR

En cierto sentido, *Hechos* es el libro más importante del Nuevo Testamento. La verdad pura y simple es que, si no contáramos con *Hechos*, no tendríamos ninguna información acerca de la Iglesia Primitiva, fuera de la que pudiéramos deducir de las cartas de Pablo.

Hay dos maneras de escribir la Historia. Una consiste en procurar trazar el curso de los acontecimientos de semana en semana o de día en día; y otra que, como si dijéramos, nos abre una serie de ventanas y nos permite vislumbrar algunos momentos decisivos y personalidades relevantes de cada período. *El Libro de los Hechos* sigue la segunda fórmula.

Casi siempre le llamamos *Los Hechos de los Apóstoles*. Pero este libro no nos da, ni pretende darnos, un relato exhaustivo de los hechos de los apóstoles. Aparte de Pablo, sólo se mencionan tres, salvo en la lista que aparece en el capítulo primero. En *Hechos 12:2* se nos dice en una breve frase que Herodes mandó ejecutar a Santiago, el hermano de Juan. Juan aparece algo más en la narración, pero nunca hace uso de la palabra. El libro nos da sólo verdadera información sobre Pedro, que muy pronto desaparece de la escena como protagonista. En el original no hay artículo *Los* delante de *Hechos*; una traducción correcta del título podría ser *Hechos de varones apostólicos*; y lo que pretende es darnos una serie de hazañas típicas de las figuras heroicas de la Iglesia Primitiva.

EL AUTOR DEL LIBRO

Aunque su nombre no aparece en el libro, desde el principio de la Historia de la Iglesia siempre se ha mantenido que su autor era Lucas. Acerca de él sabemos realmente muy poco; sólo se le menciona tres veces en el Nuevo Testamento: *Colosenses 4:14*; *Filemón 24*, y *2 Timoteo 4:11*. De estas referencias podemos deducir dos cosas seguras: la primera es que era médico; y la segunda, que era uno de los más apreciados colaboradores y leales amigos de Pablo, porque fue su compañero en su último encarcelamiento. Podemos deducir también que era gentil. En *Colosenses 4:11* termina la lista de recuerdos y saludos de los que son de la circuncisión, es decir, de los judíos; y en el versículo 12 empieza una nueva lista, que suponemos que incluirá a los gentiles. Según esta deducción nos encontramos con el hecho interesante de que Lucas fue el único autor gentil del Nuevo Testamento.

Podríamos haber supuesto que Lucas era médico porque usa términos médicos con mucha naturalidad. En *Lucas 4:35*, hablando del que tenía el espíritu de un demonio inmundo, dice: «... cuando el demonio le había tirado al suelo», y usa el término médico correcto para *convulsiones*. En *Lucas 9:38*, hablando del que le pidió a Jesús: « ¡Maestro, por favor, mira a mi hijo...!», usa el término médico convencional para *hacer un reconocimiento*. El ejemplo más curioso se encuentra en el dicho acerca del camello y el ojo de la aguja. Los tres evangelios sinópticos nos lo conservan (*Mateo 19:24*; *Marcos 10:25*, y *Lucas 18:25*); pero para *aguja*, tanto Marcos como Mateo usan la palabra griega más corriente para designar la aguja de sastre o de casa, *rafis*. Sólo Lucas usa *beloné*, que quiere decir *aguja de cirujano*. Era médico, y los términos técnicos de los médicos eran los que se le ocurrían de una manera natural.

EL DESTINATARIO DEL LIBRO

Lucas dedicó tanto su *Evangelio* como *Hechos* a un cierto Teófilo (*Lucas 1:3*; *Hechos 1:1*). No sabemos realmente quién era Teófilo. En *Lucas 1:3* se le llama «excelentísimo Teófilo». Este título, como « su excelencia», parece indicar un alto dignatario del gobierno romano. Tenemos tres posibilidades:

(i) Es posible que Teófilo no sea realmente un nombre propio. En aquellos días era peligroso ser cristiano. El nombre *Teófilo* viene de dos palabras griegas: *Theos*, que quiere decir *Dios*, y *filein*, que quiere decir *amar*. Es posible que Lucas se refiriera a *uno que ama a Dios* sin mencionar su verdadero nombre para no comprometerle.

(ii) Si *Teófilo* era una persona real, debe de haber sido un alto dignatario romano. Tal vez Lucas le dedicó sus libros para mostrarle que el Cristianismo era una cosa maravillosa y que los cristianos eran buenas personas. Es posible que Lucas tratara de influir en un gobernante romano para que no persiguiera a los cristianos.

(iii) Hay una teoría más romántica, basada en el hecho de que Lucas era médico y los médicos eran muchas veces esclavos en aquellos días. Se ha sugerido que Lucas puede haber sido el médico de Teófilo, y que éste puede haber estado gravemente enfermo y haberse salvado gracias a la habilidad y fidelidad de Lucas, y que en agradecimiento le concedió la libertad. En este caso, tal vez Lucas le quería mostrar su gratitud a Teófilo; y, como la cosa de más valor que poseía era el Evangelio de Jesús, se lo escribió y envió a su benefactor.

EL PROPÓSITO DE LUCAS AL ESCRIBIR *HECHOS*

Cuando uno escribe un libro lo hace por alguna razón, o puede que por más de una. Consideremos las que pudo tener Lucas para escribir *Hechos*.

(i) Una de sus razones era presentar el Cristianismo al

gobierno romano. Algunas veces hace un inciso para mostrar lo corteses que fueron con Pablo los magistrados romanos. En *Hechos* 13:12, Sergio Paulo, el gobernador de Chipre, se convierte al Cristianismo. En 18:12, Galio es absolutamente imparcial en Corinto. En 16:35ss, los magistrados de Filipos se dan cuenta de su error y se disculpan públicamente con Pablo. En 19:31, los asiarcas de Éfeso tienen interés en que no se le presenten perjuicios a Pablo. Lucas estaba indicando que en años anteriores los funcionarios romanos habían estado bien dispuestos y habían sido justos con los cristianos.

Además, Lucas se esfuerza en presentar a los cristianos como buenos y leales ciudadanos, y que siempre se los había tenido por tales. En *Hechos* 18:14, Galio declara que no se trata de un caso de maldad o de vileza. En 19:37, el secretario de Éfeso da un buen informe de los cristianos. En 23:29, Claudio Lisias puntualiza que no tiene nada contra Pablo. En 25:25; Festo declara que Pablo no ha hecho nada por lo que merezca la muerte; y en el mismo capítulo, Festo y Agripa están de acuerdo en que se hubiera podido dejar en libertad a Pablo si no hubiera apelado al César.

Lucas- escribía en días en los que se aborrecía y perseguía a los cristianos, y contó su historia de manera que se viera que los magistrados romanos siempre habían sido justos con el Cristianismo y que nunca habían considerado que los cristianos fueran malas personas. De hecho, se ha hecho la interesante sugerencia de que *Hechos* no es otra cosa que el documento preparado para la defensa de Pablo ante el Emperador romano.

(ii) Uno de los objetivos de Lucas era mostrar que el Evangelio era para todos los seres humanos de todos los países. Esta era una de las cosas que a los judíos les costaba entender. Tenían la idea de que ellos eran el pueblo escogido de Dios, y que Dios no tenía interés en los demás pueblos. Lucas se propone demostrar lo contrario: presenta a Felipe predicando a los samaritanos; a Esteban, haciendo universal el Cristianismo y muriendo por ello; a Pedro, recibiendo a Comelio en la Iglesia; a los cristianos, predicando a los gentiles en Antioquía;

a Pablo, viajando por todas partes y ganando a personas de todas clases para Cristo; y en *Hechos* 15, presenta a la Iglesia tomando la gran decisión de aceptar a los gentiles en igualdad de términos que los judíos.

(iii) Pero estos no eran más que propósitos secundarios. La primera intención de Lucas se encuentra en las palabras del Cristo Resucitado en 1:8: «Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaria, y por todo el mundo.» Lucas quería presentar la expansión del Cristianismo, y mostrar cómo llegó hasta Roma en no mucho más de treinta años la Religión que había empezado en un rincón de Palestina.

C. H. Turner ha señalado que *Hechos* se divide naturalmente en seis partes, cada una de las cuales termina con lo que se podría llamar una declaración de progreso. Las seis partes son:

(a) 1:1-6:7; trata de la Iglesia en Jerusalén y de la predicación de Pedro; termina con el resumen: «A todo esto, el Evangelio se iba propagando, y el número de los creyentes se multiplicaba extraordinariamente en Jerusalén; también se habían convertido muchos sacerdotes.»

(b) 6:8-9:31; describe la extensión del Cristianismo por toda Palestina y el martirio de Esteban, seguido de la predicación en Samaria. Termina con el resumen: «Entonces la Iglesia estaba en paz en toda Judea y Galilea y Samaria, y seguía edificándose y viviendo en el temor del Señor; y crecía en número de creyentes gracias al ánimo que les daba el Espíritu Santo.»

(c) 9:32-12:24; incluye la conversión de Pablo, la extensión de la Iglesia hasta Antioquía, y la entrada del gentil Comelio en la Iglesia, con la intervención de Pedro. El resumen final es: «A todo esto, el Evangelio crecía en extensión y en influencia.»

(d) 12:25-16:5; cuenta la extensión de la Iglesia por toda Asia Menor y la campaña de evangelización en Galacia. Termina diciendo: «Las congregaciones se iban consolidando en la fe, y crecían en número de día en día.»

(e) 16:6-19:20; relata la extensión de la Iglesia en Europa

y la obra de Pablo en grandes ciudades gentiles como Corinto y Éfeso. En resumen: < Así iba extendiéndose el Evangelio poderosamente y haciéndose maravillosamente eficaz.>

(f) 19:21-28:31; cuenta la llegada de Pablo a Roma y su encarcelamiento allí. Termina con la descripción de Pablo < proclamando el Reino de Dios e impartiendo enseñanza sobre todo lo concerniente al Señor Jesucristo con libertad y valentía, y sin que nadie hiciera nada para impedirsele.>

Este plan de *Hechos* contesta la pregunta más perpleja: ¿Por qué termina allí? Termina con Pablo en la cárcel esperando el juicio. Nos gustaría saber lo que le pasó después; pero la continuación está cubierta de misterio. Sin embargo, Lucas terminó allí porque había cumplido su propósito: había relatado cómo había empezado el Cristianismo en Jerusalén y se había extendido por el mundo hasta llegar a Roma. Un gran investigador del Nuevo Testamento ha dicho que el título de *Hechos* podría ser «Cómo llevaron la Buena Noticia desde Jerusalén hasta Roma.»

LAS FUENTES DE LUCAS

Lucas era un historiador, y las fuentes de un historiador tienen una importancia suprema. ¿De dónde obtuvo Lucas la información? En este sentido, *Hechos* se divide en dos partes:

(i) Los primeros quince capítulos, de cuyos acontecimientos no fue Lucas testigo presencial. Lo más probable es que tuviera acceso a dos fuentes:

(a) Las actas de las iglesias locales. Puede que ni siquiera estuvieran escritas; pero cada iglesia tenía sus memorias. En esta sección podemos dilucidar tres informes: el de la *Iglesia de Jerusalén*, que encontramos en los capítulos 1 al 5 y 15 y 16; el de la *Iglesia de Cesarea*, **que cubre 8:26-40** y 9:31-10:48, y el de la *Iglesia de Antioquía*, que incluye 11:19-30, y 12:25-14:28.

(b) Es muy probable que hubiera ciclos de historias que

podríamos llamar Los Hechos de Pedro, de Felipe y de Esteban. No cabe duda de que la amistad de Lucas con Pablo le puso en contacto con todas las personalidades de todas las iglesias, cuyas historias se pondrían a su disposición.

(ii) Los capítulos 16 a 28. De mucho de esta sección Lucas fue testigo presencial. Cuando leemos *Hechos* con atención nos damos cuenta de un hecho curioso: la mayor parte del tiempo, Lucas cuenta las cosas en tercera persona de singular o plural; pero hay algunos pasajes en los que cambia a la primera persona del plural, y de «ellos» pasa a «nosotros». Los pasajes «nosotros» son los siguientes: *Hechos* 16:10-17; 20:5-16; 21:1-18, y 27:1-28:16. En todas estas ocasiones Lucas tiene que haber estado presente. Debe de haber hecho un diario del viaje, y por eso tenemos en estos pasajes el relato de un testigo presencial. En cuanto a los momentos cuando no estaba presente, deben de haber sido muchas las horas que pasó en la cárcel con Pablo y las historias que Pablo le contó. Puede que no hubiera ninguna gran figura que Lucas no conociera, y en cada caso debe de haber obtenido el relato de alguien que estuvo allí.

Cuando leemos *Hechos*, podemos estar seguros de que no ha habido ningún historiador que tuviera mejores fuentes que Lucas, ni que las usara con mayor rigor histórico.

PODER PARA SEGUIR ADELANTE

Hechos 1:1-5

Excmo. Teófilo:

Ya he escrito a VE. un informe completo de la vida y enseñanzas de Jesús hasta el momento en que fue llevado al Cielo después de haber dado instrucciones referentes al Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido.

Después de su pasión, Jesús les demostró en muchas ocasiones que estaba vivo; porque durante un período de cuarenta días se les estuvo presentando en persona y hablando con ellos sobre el Reino de Dios.

Una vez que estaba comiendo con ellos les dio instrucciones de que no se marcharan de Jerusalén, sino que esperaran allí la llegada del Que el Padre les había prometido, de Quien ya les había hablado; y les dijo:

Juan bautizaba con agua; pero dentro de no muchos días vais a ser bautizados con el Espíritu Santo.

*El Libro de los Hechos es la segunda parte de una historia en dos sentidos: (i) Es el segundo volumen de los dos que le envió Lucas a Teófilo. En el primero, que es el *Evangelio*, Lucas le había contado la historia de Jesús en la Tierra; y ahora, en el segundo, continúa contándole la historia de la Iglesia Cristiana. (ii) *Hechos* es el segundo volumen de una historia*

que no ha terminado. El Evangelio es sólo la historia de lo que Jesús *empezó* a hacer y a enseñar. Su vida terrenal fue sólo el principio de una actividad que no ha llegado a su fin.

Hay diferentes clases de inmortalidad.

(a) Existe la inmortalidad de la fama. En las *Coplas a la Muerte de su Padre*, de Jorge Manrique, la Muerte le dice al Condestable:

«No se os haga tan amarga la batalla temerosa que esperáis, pues otra vida más larga de fama tan gloriosa acá dejáis; aunque esta vida de honor tampoco no es eternal ni verdadera, mas con todo es muy mejor que la otra corporal, precedera.»

No cabe duda de que Jesús ganó tal inmortalidad, como se ve, por ejemplo, en la Historia del Arte; y su nombre no morirá jamás.

(b) Existe también *la inmortalidad de la influencia*. Algunas personas dejan una estela de influencia y unas consecuencias que no desaparecerán jamás. Miguel de Cervantes es el escritor más famoso de la literatura española, y se da su nombre al premio más apreciado que se otorga a escritores contemporáneos y a los institutos que representan a nuestra lengua en otros países para memoria inmortal de ese nombre glorioso.

(c) Pero, sobre todo, existe *la inmortalidad de la presencia y del poder*. Jesús no ha dejado solamente un nombre y una influencia inmortales. ¡Está vivo y activo y lleno de poder! No es meramente alguien que *fue*, sino que es Uno que es, y cuya vida continúa eternamente. En un sentido, el tema y la lección

del *Libro de los Hechos* es que la vida de Jesús se continúa *en su Iglesia*. John Foster, profesor de Historia de la Iglesia en la universidad de Glasgow y antes misionero en La China, cuenta que un buscador hindú vino una vez a un obispo indio. Sin ayuda de nadie había leído el Nuevo Testamento, y se había sentido atraído irresistiblemente por la Persona de Cristo. Luego había seguido leyendo, y se había encontrado en un nuevo mundo. En los *Evangelios* se trataba de Jesús, de sus obras y de sus sufrimientos; en los *Hechos*, de lo que hicieron y pensaron y enseñaron los discípulos de Jesús que ocuparon el lugar que Él había dejado. La Iglesia sigue adelante desde el punto en que Jesús dejó su vida terrenal. «Por tanto -dijo aquel hombre-, yo tengo que pertenecer a *la Iglesia que continúa la vida de Cristo*. » *El Libro de los Hechos* nos habla de la Iglesia que continúa la vida de Cristo.

Este pasaje nos cuenta cómo recibió la Iglesia el poder para cumplir su misión: por la obra del Espíritu Santo. Uno de los títulos del Espíritu Santo es *El Consolador*. *Consolar* es, según el Diccionario de la Real Academia Española, *aliviar la pena o el dolor de alguien*. Sería más conforme con la idea original llamarle *El Confortador*, que viene del latín *fortis*, valiente, y quiere decir, según el mismo Diccionario, *el que da vigor, espíritu y fuerza el que anima, alienta o consuela al afligido*. En el *Libro de los Hechos*, y en todo el Nuevo Testamento, es muy difícil separar la obra del Espíritu Santo de la del Cristo Resucitado; y no tenemos qué hacerlo, porque la venida del Espíritu es el cumplimiento de la promesa de Jesús: < Fijaos: Yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo » (*Mateo* 28:20). No dejemos que se nos pase desapercibida otra cosa: Jesús les dijo a los apóstoles que *esperaran* la venida del Espíritu. Recibiríamos más poder, valor y paz, si aprendiéramos a esperar. En los trances de la vida tenemos que aprender a estar tranquilos. «Los que esperan en el Señor tendrán nuevas fuerzas» (*Isaías* 40:31). En medio de la actividad avasalladora de la vida debe haber lugar para una sabia espera. En medio de las luchas de la vida tiene que haber tiempo para recibir.

EL REINO Y SUS TESTIGOS

Hechos 1:6-8

Una de las veces que estaban reunidos con Él, le preguntaron a Jesús:

-Señor, ¿le vas a restaurar el reino a Israel en estos tiempos?

-No os corresponde a vosotros saber cuánto van a durar unas cosas, o cuándo van a suceder otras -les contestó Jesús-. Estas son cosas que el Padre mantiene bajo su control. Pero, independientemente de eso, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo recibiréis poder para ser mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaria, y por todo el mundo.

Jesús se enfrentó con un gran inconveniente a lo largo de su ministerio. El corazón de su mensaje era el Reino de Dios (*Marcos 1:14*); pero el problema era que los que le oían se lo figuraban a su manera. Los judíos estaban convencidos de que eran el pueblo escogido de Dios; y creían que eso quería decir que eran los favoritos, que estaban destinados a un honor y a un privilegio especiales, y para dominar el mundo. Todo el curso de su historia demostraba que, humanamente hablando, no podía ser así. Palestina era un país pequeño, de menos de 200 kilómetros de largo por 65 de ancho. Tuvo sus años de independencia, pero luego estuvo dominado por los babilonios, los persas, los griegos y los romanos. Así es que los judíos empezaron a esperar el día en que Dios intervendría en la historia humana, y haría con su poder lo que ellos no podrían hacer jamás. Esperaban el día en que, por intervención divina, la soberanía que soñaban sería suya. Concebían el Reino de Dios en términos de este mundo, y no como la «política de Dios y el gobierno de Cristo», como decía Quevedo.

¿Cómo lo concebía Jesús? Fijémonos en la oración dominical, en la que encontramos dos peticiones yuxtapuestas:

«Venga tu Reino; hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo» (*Mateo 6:10; Lucas 11:2*). Ahora bien: es característico de la poesía hebrea, como se puede ver en los salmos, el decir lo mismo de dos maneras paralelas, la segunda de las cuales amplía o explica la primera. Eso es lo que sucede con estas dos peticiones: la segunda es una definición de la primera; y por tanto vemos que Jesús entendía el Reino de Dios como la sociedad en la Tierra en la que la voluntad de Dios se hace tan perfectamente como en el Cielo. Precisamente por eso sería un Reino basado en el amor, y no en el poder.

Para lograrlo, los humanos necesitamos el Espíritu de Cristo. Ya antes Lucas había hablado dos veces de esperar la venida del Espíritu. No debemos pensar que el Espíritu empezó a existir entonces. Sabemos que hay poderes que han existido mucho tiempo, pero que se han descubierto en un momento determinado. Así sucede con todas las fuentes de energía que se conocen; por ejemplo: la energía atómica no es algo que han inventado los hombres, sino que siempre había existido en la naturaleza, aunque solamente este siglo se ha descubierto y empezado a usar. Así podemos decir que Dios es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero llegó un momento en el que se experimentó ese poder que siempre había estado presente.

El poder del Espíritu iba a hacerlos testigos de Cristo. Su testimonio iba a operar en una serie de círculos concéntricos cada vez más amplios: primero en Jerusalén; luego en toda Judea; luego en Samaria, que era un país mediojudío que sería como un puente que los introduciría en el mundo pagano; y finalmente hasta el fin del mundo.

Vamos a fijarnos en varias cosas en relación con el testimonio cristiano:

(i) Un testigo es alguien que puede decir: «Yo sé que esto es verdad.» En un juicio no se admite el testimonio de alguien que sabe algo porque lo ha oído por ahí; tiene que saberlo de primera mano y por propia experiencia. Hubo un tiempo en la vida de John Bunyan cuando él no estaba seguro. Le preocupaba que los judíos dicen que ellos son los que tienen la verdad,

y los musulmanes igual, y los de las otras religiones lo mismo. ¿Será el Evangelio algo parecido, un mero «a mí me parece»? Un testigo no dice: «Me parece que sí.» Dice: «Yo sé.»

(ii) Un testigo verdadero no lo es sólo de palabra, sino en toda su vida. Cuando Henry Morton Stanley descubrió a David Livingstone en el África central, después de pasar con él algún tiempo dijo: «Si me hubiera quedado con él un poco más, no habría tenido más remedio que hacerme cristiano. Y la cosa es que él nunca me lo dijo.» El testimonio de la vida de aquel hombre de Dios era irresistible.

(iii) Es un hecho que habla por sí mismo que en griego, la lengua en que se escribió el Nuevo Testamento, la palabra para *testigo* y la palabra para *mártir* son la misma. Un testigo tiene que estar dispuesto a ser un mártir. Ser testigo conlleva ser fiel a la verdad cueste lo que cueste.

LA GLORIA DE LA DESPEDIDA Y LA DEL REGRESO

Hechos 1:9-11

Después de decirles eso, vieron con sus propios ojos cómo era elevado hasta que una nube le ocultó de su vista. Mientras ellos seguían con los ojos fijos en el cielo viendo cómo se iba, fijos: se les aparecieron dos varones vestidos de blanco, que les dijeron:

-¡Galileos! ¿Por qué os quedáis ahí mirando al cielo? Este mismísimo Jesús que se os ha arrebatado así para ir al Cielo, va a volver exactamente igual que le habéis visto irse al Cielo.

Este breve pasaje nos coloca cara a cara con dos de las ideas más difíciles del Nuevo Testamento:

(i) Primero, nos cuenta la historia de la Ascensión. Lucas es el único que nos la cuenta, y dos veces: en el Evangelio, capítulo 24, versículos 50 a 53, y aquí. Ahora bien: la Ascen-

sión no es algo que tengamos motivos para dudar. Era absolutamente necesaria por dos razones:

(a) La primera es que era necesario que hubiera un momento final en el que Jesús volviera a la gloria que era suya. Los cuarenta días de las apariciones después de la Resurrección se habían cumplido. Podemos comprender que aquel tiempo especialísimo no podía prolongarse indefinidamente. Tenía que haber un final definitivo. Habría sido mucho peor el que las apariciones del Señor Resucitado hubieran ido desapareciendo paulatinamente hasta, permitidme la expresión, quedar en nada. Era necesario que, como Jesús había entrado en el mundo en un momento determinado, también saliera de la misma manera.

(b) La segunda razón es que debemos trasladarnos con la imaginación al tiempo en que esto sucedió. Hoy en día sería correcto decir que no consideramos que el Cielo esté en algún lugar más allá de la atmósfera de la Tierra; más bien lo concebimos como un estado de bendición cuando estaremos ya para siempre con el Señor. Pero esto sucedió ya va para dos mil años, cuando se creía que la Tierra era plana, y que había un lugar al que llamaban el Cielo, que estaba allá arriba. Si Jesús quería dar a sus seguidores una prueba irrefutable de que había vuelto a su gloria, la Ascensión era absolutamente necesaria. Pero debemos notar una cosa: cuando Lucas nos cuenta este suceso al final de su *Evangelio*, añade que los discípulos « se volvieron a Jerusalén rebosando de alegría» (*Lucas 24:52*). A pesar de la Ascensión -o, mejor dicho, a causa de ella---, los discípulos estaban seguros de que Jesús no los había dejado solos, sino que estaba con ellos para siempre.

(ii) Pero, en segundo lugar, este pasaje nos anuncia la Segunda Venida. Sobre este tema tenemos que recordar dos cosas:

(a) La primera es que es insensato e inútil especular sobre cuándo y cómo va a suceder, porque el mismo Jesús dijo cuando estaba en la Tierra que ni siquiera Él sabía el día y la hora en que vendría el Hijo del Hombre (*Marcos 13:32*).

(b) La segunda es que es parte integrante del Evangelio que Dios tiene un propósito para la humanidad y para el mundo. Estamos convencidos de que la Historia no es un conjunto caótico de casualidades que no van a ninguna parte. Estamos convencidos de que toda la creación se mueve hacia un clímax divino. Y estamos convencidos de que, cuando llegue esa culminación, Jesucristo será el indiscutible Juez y Señor de todo.

La Segunda Venida no es un tema de especulación o de curiosidad morbosa. Es una llamada a esforzarnos para que llegue ese Día, y para que nos halle preparados.

EL FIN DEL TRAIADOR

Hechos 1:12-20

Después se volvieron para Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos, que está cerca de la ciudad, a la distancia que permite la Ley recorrer en sábado. Cuando llegaron, subieron al aposento alto en el que estaban alojados Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Celota y Judas de Santiago. Estos se dedicaban a pleno tiempo ala oración en común, con las mujeres, y con María la madre de Jesús y con los hermanos de Jesús.

Por entonces, cuando estaban reunidos todos los hermanos en la fe, que eran como unos ciento veinte, Pedro se puso en medio de todos y dijo:

-Hermanos: Tenía que cumplirse el pasaje de la Escritura que inspiró el Espíritu Santo a David para que profetizara que Judas, aunque era de nuestro número y tenía parte en nuestro ministerio, se prestaría como guía a los que arrestaron a Jesús. Judas se compró un terreno con la paga de su villanía, y luego se despeñó y se reventó, saliéndosele todas las entrañas. Este hecho es

ya de dominio público entre todos los vecinos de Jerusalén, que llaman a ese terreno «haqucldamah» -que quiere decir en su lengua «campo de sangre»-. Bueno, pues en el Libro de los Salmos está escrito: «Que su morada quede desierta, y que no habite nadie en ella»; pero también dice: «Que ocupe otro su puesto.»

Antes de tratar del fin del traidor Judas, tenemos que fijarnos en algunas cosas de este pasaje.

Para los judíos, el sábado era el día de descanso en el que estaba prohibido hacer ningún trabajo. No se podía recorrer una distancia superior a los 2.000 codos, que se llamaba por esto «la distancia de un sábado» -en la versión Reina-Valera «camino de un día de reposo»-. El codo equivalía a 45 centímetros; es decir, que el sábado no se podía andar más de un kilómetro escaso.

Es interesante que los hermanos de Jesús estaban entre los primeros creyentes. Durante la vida de Jesús habían estado entre los que se le oponían (*Marcos 3:21, y Juan 7:5*). Puede ser que para ellos, como para tantos otros, fue la muerte de Jesús lo que les abrió los ojos y el corazón como no lo había hecho la vida de Jesús.

Se nos dice que los discípulos eran como unos 120. Probablemente ninguno de ellos había salido nunca de Palestina, donde había unos 4.000.000 de judíos. Es decir, que eran menos del 1 por cada 30.000; algo así como 100 creyentes en una ciudad como Madrid o Barcelona. Y sin embargo, esas 120 personas habrían de ir a evangelizar al mundo entero. Si ha habido algo en el mundo que haya tenido un principio pequeño, ha sido la Iglesia Cristiana. Tal vez seamos los únicos cristianos en el taller, o en la fábrica, o en la oficina en que trabajamos, o en el círculo en el que nos movemos. Aquellos discípulos se enfrentaron con su tarea valerosamente, y eso es lo que debemos hacer nosotros; y tal vez seamos el principio pequeño de la extensión del Evangelio en nuestra esfera.

Pero no debemos olvidar en este pasaje el fin de Judas, el

traidor. No están muy claros los detalles de su muerte, pero el relato de Mateo no nos deja la menor duda de que cometió suicidio (*Mateo 27:3-5*). Siempre resultará incomprendible el que Judas traicionara a Jesús. Se han hecho algunas sugerencias:

(i) Se ha sugerido que *Iscariote* quiere decir *el de Keriot*. Si es así, Judas era el único de los apóstoles que no era galileo. Tal vez desde el principio era el forastero, y eso le hizo estar amargado hasta el punto de cometer aquel crimen horrible.

(ii) Tal vez Judas delató a Jesús para salvar el pellejo, y se dio cuenta demasiado tarde de lo que había hecho.

(iii) Tal vez lo hizo sencillamente por dinero. En ese caso habrá sido la venta más barata de la Historia, porque vendió a su Señor por treinta monedas de plata, el precio de un esclavo.

(iv) Tal vez Judas llegó a odiar a Jesús. A otros les podía ocultar su negro corazón; pero la mirada de Jesús podía ver más allá de los disfraces, y las entretelas del corazón con más claridad que los rayos X. Tal vez pretendió destruir al Que le conocía exactamente como era en realidad.

(v) Tal vez la palabra *Iscariote* viene de la palabra latina *sicarius*, asesino a sueldo. En Palestina había una banda de terroristas o nacionalistas violentos que estaban dispuestos a cometer asesinatos para liberar a su país de los romanos. Tal vez Judas vio en Jesús al que podía dirigir a los nacionalistas al triunfo con sus maravillosos poderes. Y, cuando vio que Jesús rechazaba la fuerza, se volvió contra Él y le traicionó.

(vi) Pero lo más verosímil, dentro de lo inseguras que son todas nuestras suposiciones, es que Judas no pretendía que Jesús muriera; sino que lo que quería era colocarle en una situación en la que tuviera que manifestarse como el Mesías guerrero que muchos esperaban. Si esto es cierto, Judas pasó por la trágica experiencia de ver fracasar su plan y haber llevado Jesús a la muerte; y cometió el suicidio movido por el más amargo remordimiento.

Comoquiera que fuera, Judas pasó a la historia con el nombre más negro. No podía ni puede encontrar la paz el que traiciona a Cristo, el que es desleal a su Señor.

REQUISITOS DE LOS APÓSTOLES

Hechos 1:21-26

Así que hay que nombrar -siguió diciendo Pedro-, para que sea testigo con nosotros de la Resurrección de Jesús, a uno de los que han formado parte de nuestro grupo todo este tiempo que Jesús ha estado conviviendo con nosotros, desde que Juan le bautizó hasta que se nos Le llevaron al Cielo.

Y propusieron a dos: a José, de apellido Barsabás, al que llamaban Justo, y a Matías. Y se pusieron a orar:

-Señor, Tú conoces el corazón de todos. Muéstranos a cuál de estos dos has elegido Tú para que ocupe el puesto de este ministerio y apostolado que ha dejado vacante Judas para seguir su propio camino.

Lo echaron a suertes, y le tocó a Matías, que completó el número de los apóstoles con los otros once.

Lo primero que debemos notar es el método para elegir al que había de ocupar el lugar de Judas en el número de los apóstoles. Nos extrañará que se echara a suertes; pero entre los judíos era lo más natural, porque así era como se elegían los cargos y turnos en el Templo. Lo corriente era escribir los nombres de los candidatos en piedrecitas, poner éstas en una vasija que se sacudía hasta que salía una de ellas: El nombre que figurara en esa piedrecita era el del elegido.

Pero lo significativo es que este pasaje nos presenta dos verdades importantes:

(i) La primera, *la misión de un apóstol*, que era ser testigo de la Resurrección de Jesús. El distintivo de un cristiano no es saber cosas acerca de Jesús, sino *conocer* a Jesús. El error más fundamental que se puede cometer con Jesús es considerarle como alguien que vivió y murió, y cuya vida estudiamos, y cuya historia leemos. Pero Jesús no es el personaje de un libro, sino una presencia viva, y el cristiano

es aquel cuya vida entera es un testimonio del hecho de que se ha encontrado con el Señor Resucitado y Le conoce.

(ii) La segunda, los *requisitos de un apóstol*, que eran haber convivido con Jesús. El cristiano verdadero es el que vive todos los días con Jesús. Se decía del gran predicador escocés John Brown of Haddington -que fue uno de los antepasados de la familia de obreros evangélicos españoles Fliedner Brown-que, cuando estaba predicando, se paraba a menudo como si estuviera escuchando una voz. Y Jerome K. Jerome nos cuenta que un viejo zapatero remendón dejaba abierta la puerta de su taller los días más fríos; y contestaba a los que le preguntaban por qué lo hacía: «Para que Él entre si pasa por aquí.» Hablamos a veces de lo que sucedería si Jesús estuviera aquí, y de lo diferente que sería nuestra vida si Él estuviera en nuestras casas y trabajos. La señora Acland nos cuenta que una vez su hija tuvo un ataque de mal genio; y, cuando pasó la tormenta, madre e hija estaban sentadas en la escalera poniendo en orden sus pensamientos, y dijo la pequeña: « Me. gustaría que Jesús viniera a quedarse en casa para siempre.» Pero, lo bonito del caso es que Jesús está aquí; y el cristiano verdadero, como el apóstol verdadero, vive toda la vida con Cristo.

EL DÍA DE PENTECOSTÉS

Puede que nunca sepamos explicar exactamente lo que pasó el Día de Pentecostés; pero sabemos que fue uno de los días auténticamente grandes de la Iglesia Cristiana, porque ese día vino el Espíritu Santo a la Iglesia de una manera especial.

El Libro de los Hechos se ha llamado El Evangelio del Espíritu Santo; si hay alguna doctrina que nos hace falta descubrir de nuevo, es la doctrina del Espíritu Santo; así es que, antes de estudiar en detalle el capítulo 2 de *Hechos*, vamos a echarle una ojeada a lo que este libro tiene que decir y enseñar acerca del Espíritu Santo.

La venida del Espíritu

Tal vez no sea muy afortunado que hablemos tair a menudo de lo que sucedió en Pentecostés como *la venida* del Espíritu Santo. El peligro es que pensemos que el Espíritu Santo empezó a existir entonces, y eso no es cierto; Dios es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo. *Hechos lo* deja bien claro. El Espíritu Santo habló por medio de David (*Hechos* 1:16); habló por medio de Isaías (28:25); Esteban acusa en su discurso a los judíos de haberse opuesto al Espíritu a lo largo de toda su historia (7:51). Ahí vemos que el Espíritu Santo es Dios revelando su verdad y su voluntad a los hombres en cada generación. Sin embargo, al mismo tiempo, algo especial sucedió en Pentecostés.

La Obra del Espíritu en Hechos

A partir de Pentecostés, el Espíritu Santo es la realidad dominante en la vida de la Iglesia Primitiva.

(i) *El Espíritu Santo es la fuente de toda dirección*. Es el Espíritu el Que mueve a Felipe a ponerse en contacto con el eunuco etíope (*Hechos* 8:29); el Que prepara a Pedro para recibir a los emisarios de Cornelio (10:19); el Que manda a Pedro que vaya con ellos sin dudar (11:12); el Que inspira a Agabo para que anuncie el hambre que se avecina (11:28); el Que ordena que aparten a Bernabé y a Saulo para que- lleven el Evangelio a los gentiles (13:2, 4); el Que guía a las decisiones del concilio de Jerusalén (15:28); el Que guía a Pablo a través de las provincias romanas de Asia, Misia y Bitinia, a Troas, y de allí a Europa (16:6), y el Que le dice a Pablo lo que le espera en Jerusalén (20:23). Jamás se tomó ninguna decisión ni se dio ningún paso que fueran importantes en la Iglesia Primitiva sin la dirección del Espíritu Santo. La Iglesia Primitiva era una comunidad guiada por el Espíritu Santo.

(ii) *Todos los líderes de la Iglesia eran hombres llenos del Espíritu*. Los Siete eran hombres llenos del Espíritu (*Hechos* 6:3); Esteban y Bernabé estaban llenos del Espíritu (7:55; 11:24). Pablo les dice a los ancianos de Éfeso que había sido

el Espíritu Santo el Que los había puesto como supervisores en la Iglesia de Dios (20:28). Todos los miembros de la Iglesia Primitiva vivían en el Espíritu, Que era la nueva atmósfera que respiraban.

(iii) *El Espíritu era la fuente del valor y del poder de día en día.* Los discípulos habían de recibir poder cuando viniera el Espíritu Santo (*Hechos 1:8*); el poder y la elocuencia de Pedro ante el Sanedrín eran el resultado de la obra del Espíritu (*4:31*); la victoria de Pablo sobre Elimas en Chipre es obra del Espíritu (*13:9*). El valor de los cristianos para enfrentarse con situaciones peligrosas; el poder para resolver más que adecuadamente sus problemas; la elocuencia necesaria; el gozo que no dependía de las circunstancias -todo es obra del Espíritu Santo.

(iv) Por último, en *Hechos 5:32* leemos algo muy sugestivo: se dice que es el Espíritu < Que Dios ha dado a los que le obedecen. » Aquí encontramos la gran verdad de que *la medida del Espíritu que puede poseer una persona depende de la clase de persona que sea.* Quiere decir que el que sinceramente trate de hacer la voluntad de Dios experimentará más y más la dirección y el poder del Espíritu; que el vivir la vida cristiana lleva consigo su propio poder.

En los primeros trece capítulos se menciona al Espíritu **Santo más de cuarenta** veces. La Iglesia Primitiva estaba llena del Espíritu, y en eso radicaba su poder.

Ahora, pasemos a estudiar el segundo capítulo, que nos cuenta la venida del Espíritu Santo a la Iglesia.

EL ALIENTO DE DIOS

Hechos 2:1-13

Todos los creyentes se habían reunido para pasar juntos el día de Pentecostés. De repente vino del cielo un estruendo como si se hubiera desencadenado una gran tempestad de viento que llenó toda la casa donde estaban alojados; y se les presentaron como lenguas de fuego que se iban repartiendo, y cada una se posaba sobre un discípulo. Entonces el Espíritu Santo inundó a todos, y se pusieron a hablar en otras lenguas según el Espíritu los iba capacitando.

Estaban parando por entonces en Jerusalén judíos y personas piadosas que habían venido a la fiesta de todas las naciones bajo el cielo. Cuando se oyó aquel estruendo se juntó allí mucha gente; y estaban que no sabían qué pensar, porque cada uno de ellos oía hablar en su lengua materna a los discípulos; así que todos estaban admirados y alucinados.

-¡Fijaos! ¿Es que no son galileos estos que están hablando? -decían-. ¿Cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua materna? Aquí hay partos, medos, elamitas, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de África más allá de Cirene, y romanos residentes aquí, tanto judíos de nacimiento como convertidos de otras naciones, cretenses y árabes... ¡y todos los oímos contar en nuestra lengua las cosas maravillosas que Dios ha hecho!

No podían entender lo que estaba pasando, y estaban alucinados; unos a otros se decían:

-¿Qué querrá decir todo esto?

Otros lo tomaban a chunga, y decían:

-¡Están como cubas!

Había tres grandes fiestas en las que todos los judíos que vivieran a no más de treinta kilómetros de Jerusalén estaban obligados a ir: la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos. El nombre de *pentecostés* quiere decir *el quincuagésimo*, y también se llamaba «La Fiesta de las Semanas», porque caía en el quincuagésimo día, una semana de semanas después de la Pascua. Esta caía -como entre nosotros su versión cristiana, la Semana Santa- en el primer plenilunio después del equinoccio de primavera; y Pentecostés, cincuenta días después. Para entonces ya eran mejores las condiciones para viajar. Por lo menos tantos como para la Pascua iban a Jerusalén para Pentecostés. Eso explica la lista de países que se mencionan en este capítulo, porque en ninguna otra ocasión se juntaría un gentío tan internacional en Jerusalén.

La fiesta misma tenía dos significados. Uno *histórico*: conmemoraba la promulgación de la Ley en el monte Sinaí; y otro *agrícola*: en la Pascua se ofrecía a Dios el primer *gomer* de la cosecha de la cebada, y en Pentecostés se ofrecían dos panes como acción de gracias por la cosecha completa que se había recogido. Pentecostés tenía otra característica: la Ley establecía que ese día no se podía hacer ningún trabajo servil (*Levítico 23:21; Números 28:26*); de modo que era un día de vacación, por lo que habría más gente que nunca en la calle.

Lo que sucedió el día de Pentecostés no se puede explicar con palabras. Lo cierto es que los creyentes tuvieron la experiencia del poder del Espíritu Santo que inundaba su ser.

Debemos darnos cuenta de que no se trataba de que hubieran adquirido una capacidad especial para hablar *lenguas extranjeras*. En la Iglesia Primitiva se manifestaba un don que nunca ha desaparecido del todo de la Iglesia y que ha vuelto a surgir especialmente en las iglesias pentecostales y carismáticas este siglo, que se llama *glóssolalia* o *hablar en lenguas* (ver *Hechos, 10:46; 19:6*). El principal pasaje en el que se nos describe y da enseñanza sobre este don es *1 Corintios 14*. El apóstol Pablo dice que, aunque él habla en lenguas más que nadie en Corinto, en el culto público considera preferible usar

una lengua que todos puedan entender, para que sean edificados; y recomienda que se reserve el hablar en lenguas para la edificación personal; o, si se usa este don en público, que haya también interpretación; porque si no, alguien nuevo que entre podría pensar que los que hablan en lenguas están *locos* (*1 Corintios 14:23*). Esa parece haber sido la reacción de algunos de los oyentes en Pentecostés, que tomaron a los discípulos por borrachos. Sin embargo, el don de lenguas que se manifestó en Pentecostés no requería interpretación. Es posible que los discípulos hablaran su dialecto, y el Espíritu hacía que los oyentes recibieran simultáneamente la interpretación, cada uno en su propia lengua materna. El caso es que en Pentecostés el poder del Espíritu era tal que daba a aquellos sencillos discípulos la capacidad de presentar el Evangelio de forma que calaba hasta lo más íntimo del corazón.

LA PRIMERA PREDICACIÓN CRISTIANA

Hechos 2:14-42 es uno de los pasajes más interesantes de todo el Nuevo Testamento, porque contiene el primer sermón cristiano. Ahora bien: en la Iglesia Primitiva había cuatro clases de predicación.

(i) Había lo que se llama *el kerygma*, que quiere decir literalmente *el anuncio de un pregonero*, y consiste en la exposición de los hechos clave del Evangelio que no se pueden negar ni discutir, como vieron claro los primeros predicadores.

(ii) Había lo que se llama *la didajé*, que quiere decir literalmente *enseñanza*, y que dilucida y desarrolla el significado y las implicaciones de los hechos que se han proclamado. Para decirlo en términos actuales, es como si, después que el predicador ha expuesto los hechos incontestables, los oyentes le preguntaran: «¿Y ahora qué?» *La didajé* sería la respuesta a esa pregunta.

(iii) Había lo que se llama *la paráklésis*, que quiere decir literalmente *exhortación*. Esta clase de predicación presentaba

a los oyentes la obligación de ajustar su vida al *kérygma* y a la *didajé* que ya les habían dado.

(iv) Había lo que se llama *la homilía*, que quiere decir el desarrollo de un tema o departamento de la vida a la luz del Evangelio.

Una predicación integral tiene algo de los cuatro elementos: contiene la proclamación de los hechos clave del Evangelio; la explicación del significado de tales hechos; la exhortación a ajustar a ellos la vida, y el desarrollo de todas las actividades de la vida a la luz del Evangelio.

Ahora bien: en *Hechos* nos encontramos especialmente con el *kérygma*, porque este libro nos relata la proclamación de los hechos del Evangelio que se dirige a los que no los conocen. Este *kérygma* sigue el esquema que se encuentra en todo el Nuevo Testamento.

(i) Contiene las pruebas de que Jesús, y todo lo que Le sucedió, son el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. En los tiempos modernos cada vez se hace menos hincapié en el cumplimiento de las profecías. Se ven los profetas, más como *proclamadores* de la voluntad de Dios a los hombres, que como *pronosticadores* de acontecimientos futuros. Pero el hincapié de la predicación original en la profecía nos conserva y presenta una gran verdad: la de que la Historia no es mera casualidad sin razón ni propósito, sino que tiene sentido, y que hay una ley moral en el universo. Creer en la posibilidad de la profecía es creer que Dios está en control, y que está llevando a cabo su propósito.

(ii) Jesús de Nazaret es el Mesías prometido y esperado. En Él se han cumplido las profecías mesiánicas y ha amanecido la Nueva Era. La Iglesia Primitiva tenía la convicción de que toda la Historia se centraba en Jesús; con su venida, la Eternidad había invadido el tiempo, y Dios había aparecido en la escena humana. Por tanto, ni la vida ni el mundo podían ser ya lo que eran antes. Con la venida de Jesús se había hecho presente algo crucial, irrepetible y definitivo.

(iii) La predicación original continuaba exponiendo que Jesús era descendiente del rey David; que había impartido enseñanza y obrado milagros; que Le habían crucificado; que había resucitado, y que estaba a la diestra de Dios. La Iglesia Primitiva estaba completamente segura de que el Evangelio dependía de la vida terrenal de Cristo, y de que había que relatar esa vida. Pero también estaba convencida de que aquella vida y muerte terrenales no eran el final de la historia, sino que las había seguido la Resurrección. Jesús no era para ellos alguien acerca del que leían o escuchaban una historia, sino Alguien con Quien se habían encontrado y a Quien conocían en su experiencia personal. No era el personaje de un libro, alguien que había vivido y muerto; era una presencia viva para siempre.

(iv) Los primeros predicadores pasaban entonces a insistir en que Jesús iba a volver otra vez en gloria para establecer su Reino en la Tierra. En otras palabras: la Iglesia Primitiva creía intensa y apasionadamente en la Segunda Venida. De nuevo nos encontramos con una enseñanza que aparece rara vez en la predicación moderna, pero que conserva una gran verdad: que la Historia tiene una meta, y que algún día llegará su culminación.

(v) La predicación terminaba con la afirmación de que sólo en Jesús está la salvación, que el que crea en Él recibirá el Espíritu Santo, y que al que no crea no le queda esperanza. Es decir, que terminaba con una seria *advertencia*; la que oyó John Bunyan, el autor de *EL Peregrino*, como si Alguien se lo estuviera diciendo al oído: «¿Quieres dejar tus pecados e ir al Cielo, o seguir con tus pecados e ir al Infierno?»

Si leemos de una sentada el sermón de Pedro en Pentecostés veremos cómo se entrelazan en él estos cinco temas.

HA LLEGADO EL DÍA DEL SEÑOR

Hechos 2:14-21

Pedro se puso en pie con los otros once apóstoles, y empezó a hablarles en voz bien alta para que todos pudieran oírle:

-¡Eh, vosotros judíos y todos los que estáis en Jerusalén: enteraos bien y prestad atención a lo que os voy a decir! Estos no están borrachos como decís vosotros, puesto que no son más que las 9 de la mañana. Lo que pasa es que se está cumpliendo lo que dijo el profeta Joel: «En los días finales -dice Dios- derramaré de mi Espíritu sobre toda la humanidad. Vuestros hijos e hijas darán profecías; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos, sueños. En esos días derramaré de mi Espíritu sobre los hombres y las mujeres que me sirven, y ellos serán mis profetas. Mostraré maravillas arriba en los cielos, y pruebas visibles de mi poder divino abajo en la Tierra: sangre, y fuego, y vapor de humo. El Sol se convertirá en tinieblas, y la Luna en sangre, antes que llegue el gran Día del Señor en todo su esplendor. Y será un hecho que todos los que invoquen el Nombre del Señor estarán a salvo.»

En el versículo 15, Pedro insiste en que esas personas no pueden estar borrachas, porque *es la hora tercera del día* (Versión Reina-Valera). Las horas del día contaban desde la salida hasta la puesta del Sol, es decir, poco más o menos, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde; por tanto, *la hora tercera* eran las 9 de la mañana.

Todo el pasaje nos presenta una de las ideas dominantes y básicas del Antiguo y del Nuevo Testamento: *El Día del Señor*. Hay mucho en la Biblia que nos resultará difícil de entender a menos que conozcamos los principios que subyacen bajo esta concepción. Los judíos nunca perdían de vista que eran el

pueblo escogido de Dios, e interpretaban que Dios los había elegido para una gloria y un privilegio especiales entre todos los pueblos de la Tierra. Sin embargo, eran una nación pequeña. Su historia había sido una sucesión de desastres. Estaba claro que, por medios humanos, nunca alcanzarían la gloria que les estaba destinada como pueblo escogido. Así es que, poco a poco, llegaron a la conclusión de que, lo que los hombres no podían, Dios lo haría. Y empezaron a esperar el día en que Dios intervendría directamente en la Historia y los elevaría al honor que soñaban. El día de esa intervención divina sería *El Día del Señor*. La Historia quedaría dividida en dos edades: *La Edad Presente*, y *La Edad por Venir*, que sería El Siglo de Oro de Dios. Entre las dos Edades estaría *El Día del Señor*, que sería el doloroso alumbramiento de la Nueva Era. Vendría tan por sorpresa como el ladrón nocturno; los cimientos de la Tierra serían sacudidos, y el universo entero se desintegraría. Sería un día de juicio y de terror. A lo largo de los libros proféticos del Antiguo Testamento y en gran parte del Nuevo encontramos descripciones de ese Día. Los pasajes más característicos son: *Isaías 2:12; 13:6ss; Amós 5:18; Sofonías 1:7; Joel 2; 1 Tesalonicenses 5:2ss; 2 Pedro 3:10*. Aquí Pedro les está diciendo a los judíos: «Hace generaciones que estamos soñando con el Día del Señor, el gran Día en que Dios intervendrá en la Historia. Ahora, con Jesús, ha llegado ese Día.» Detrás de todo ese escenario estaba la gran verdad de que, en la Persona de Jesús, Dios mismo había entrado en la escena de la Historia humana.

SEÑOR Y CRISTO

Hechos 2:22-36

-¡Hombres de Israel, escuchadme bien! -siguió diciéndoles Pedro-. Jesús de Nazaret ha sido un Hombre al Que Dios ha acreditado ante vosotros por medio de

milagros y obras que eran señales inequívocas del poder de Dios en acción. Dios estaba actuando por medio de Él, y vosotros lo habéis visto todo y no lo podéis negar. De acuerdo con lo que Dios tenía planificado y sabía de antemano que iba a suceder, ese Hombre os fue entregado, y vosotros le matasteis haciendo que le crucificaran los paganos que no tienen ni idea de la Ley de Dios. Pero Dios le desató las ligaduras de la muerte y le devolvió a la vida otra vez, porque era imposible que quedara bajo el control de la muerte. Porque David dice de Él: «Tengo siempre presente al Señor; porque le tengo a mi diestra soy inmovible. Por tanto, mi corazón se mantiene alegre, y el júbilo brota en mi lengua, y mi vida transcurre en esperanza; porque Tú no abandonarás mi alma en la tierra de los muertos, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción del sepulcro. ¡Tú me has dado a conocer los senderos que conducen a la vida verdadera! ¡Tú me llenarás de alegría cuando me concedas tu presencia!» Queridos hermanos: Se os puede decir sin ambages que el patriarca David murió, y le enterraron, y seguimos conservando su tumba. Pero, como era profeta y sabía que Dios le había dado su palabra y le había jurado que Uno de sus descendientes se sentaría en su trono para siempre, previó la Resurrección del Mesías y habló acerca de Él; porque es al Mesías al Que Dios «no ha abandonado en la tierra de los muertos», y su cuerpo el que «no experimentó la corrupción del sepulcro.» Que Dios ha resucitado a este Jesús es el hecho del que tenemos conocimiento personal. En prueba de que ha sido exaltado ala diestra de Dios y de que ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, ha dado esta demostración del Espíritu que estáis viendo y oyendo. Porque David no ascendió al Cielo en persona; y sin embargo dice: «Dijo el SEÑOR a mi Señor: "Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como un

estrado bajo tus pies. "» ¡Que se dé por enterada toda la nación de Israel de que Dios ha puesto a este Jesús a Quien vosotros crucificasteis como Señor y Mesías!

Aquí tenemos un pasaje que está lleno de la esencia del pensamiento de los primeros predicadores.

(i) Insiste en que la Cruz no fue ningún accidente. Formaba parte del plan eterno de Dios (versículo 23), que es algo que se afirma con frecuencia en *Hechos* (véase 3:18; 4:28; 13:29). El pensamiento de *Hechos* nos salvaguarda de dos serios errores sobre la muerte de Jesús. (a) La Cruz no fue una salida de emergencia porque a Dios le hubieran fallado otros planes. Forma parte de la vida misma de Dios. (b) No debemos pensar nunca que nada de lo que hizo Jesús cambiara la actitud de Dios hacia los hombres. No debemos oponer un Jesús dulce y amable a un Dios airado y vengativo. *Fue Dios* el Que envió a Jesús, el Que planificó la venida de Jesús al mundo. Podemos decir que la Cruz es una ventana en el tiempo por la que podemos ver el amor sufriente que hay eternamente en el corazón de Dios.

(ii) *Hechos* insiste en que lo dicho anteriormente no aminora en nada el crimen de la humanidad que crucificó a Jesús. Siempre que se menciona la Cruz en *Hechos* se hace con un sentimiento de horror ante el crimen que se cometió (véanse *Hechos* 2:23; 3:13; 4:10; 5:30). Aparte de otras cosas, la Cruz es el mayor crimen de la Historia. Muestra supremamente hasta dónde pudo llegar el pecado, que tomó la vida más maravillosa que haya habido jamás, y la estampó en la Cruz.

(iii) *Hechos* se propone demostrar que la pasión y muerte de Cristo fueron el cumplimiento de las profecías. Los primeros predicadores tenían que hacerlo así, porque la idea de un mesías crucificado era inconcebible y hasta blasfema para los judíos. La Ley decía: «Maldito el que muere colgado de un madero» (*Deuteronomio* 21:23). Para los judíos ortodoxos, la Cruz era lo único que hacía absolutamente imposible que Jesús pudiera ser el Mesías. Por eso los enemigos de Jesús se pro-

pusieron darle, no una muerte cualquiera, sino la muerte de cruz. Los primeros predicadores respondían: < Si leéis las Escrituras con atención, veréis que estaba profetizado.>

(iv) Hechos hace hincapié en la Resurrección como la prueba definitiva de que Jesús era el Escogido de Dios. Algunas veces se ha llamado a *Hechos* el Evangelio de la Resurrección. Para la Iglesia Primitiva la Resurrección era de suprema importancia. Debemos tener presente que *sin la Resurrección no existiría la Iglesia Cristiana*. Cuando los discípulos predicaban la centralidad de la Resurrección lo hacían movidos por su propia experiencia. La Cruz los había dejado totalmente destrozados, sin esperanza ni razón para seguir viviendo. Fue la Resurrección lo que lo cambió todo y los transformó de seres desamparados en hombres y mujeres henchidos de vida; de cobardes en héroes. Una de las razones por las cuales algunas iglesias están como están es que la predicación de la Resurrección se limita al Domingo de Resurrección, si acaso. Todos los *domingos* son el Día del Señor, como su nombre indica. Los cristianos celebramos el domingo en vez del sábado en recuerdo de la Resurrección del Señor; y, si no es eso lo que celebramos, ¿qué es entonces? El Domingo de Resurrección en la Iglesia Oriental, cuando se encuentran dos creyentes, se saludan diciendo uno: «¡Ha resucitado el Señor!» Y el otro contesta: « ¡Es verdad que ha resucitado!» Un cristiano no debe olvidarse nunca de que vive y anda con el Señor Resucitado.

¡PONEOS A SALVO!

Hechos 2:37-41

Lo que Pedro les dijo les atravesó el corazón, y les hizo preguntarles a Pedro y a los demás apóstoles:

-Hermanos, ¿y qué podemos hacer ahora?

-¡Arrepentíos ahora mismo -les contestó Pedro-, y que se bautice cada uno de vosotros en el Nombre de

Jesucristo! Así recibiréis el perdón de vuestros pecados y la dádiva gratuita del Espíritu Santo que Dios había prometido que os daría a vosotros y a vuestros descendientes, los de cerca y los de lejos, a todos los que respondan a la llamada del Señor nuestro Dios.

Pedro les expuso extensamente los hechos referentes a Jesús, y los exhortó muy en serio:

-¡Poneos a salvo de la perversa edad en que vivís!

Los que se convirtieron fueron bautizados; y aquel día se sumaron al número de los creyentes como otros tres mil.

(i) En primer lugar, este pasaje nos muestra con una claridad meridiana el efecto de la Cruz. Cuando se le hizo ver a la gente lo que habían hecho cuando crucificaron a Jesús, se les partió el corazón. «Yo -había dicho Jesús-, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí» (*Juan 12:32*). Si el pecado de la humanidad fue el responsable de la Cruz de Cristo, entonces *nuestro* pecado es el responsable. Todos los seres humanos hemos tomado parte en ese crimen. Se dice que una vez un misionero contó la historia de Jesús en una aldea india. Después la proyectó en diapositivas en una de las paredes blancas de la casa; y cuando llegó a una en la que se veía la Cruz, un hombre se puso en pie y vino corriendo al frente, y dijo con voz conmovida: « ¡Baja de la Cruz, Hijo de Dios! ¡Soy yo y no Tú el que tiene que colgar de ahí!» Cuando llegamos a comprender lo que pasó en la Cruz, no podemos evitar que se nos parta el corazón.

(ii) Esta experiencia requiere una reacción. Pedro dijo: « ¡Lo primero y principal es que os arrepintáis!» ¿Qué quiere decir *arrepentirse*? La palabra original quería decir en un principio *cambiar de pensamiento*; y cuando se cambia de pensamiento es porque el que se tenía antes era equivocado; de ahí que la palabra pasó a significar *un cambio de mentalidad, o de actitud*; y si la persona es honrada, el cambio de mentalidad requiere *un cambio de acción, o de vida*. Así que el arrepen-

timiento supone un cambio de mentalidad y un cambio de vida. Podría darse el caso de que alguien cambiara de mentalidad, y se diera cuenta de que sus obras no son como deben ser, pero que estuviera tan atado por los viejos hábitos que no quisiera cambiar de vida. O podría ser que uno cambiara de manera de obrar, pero que su mentalidad siguiera siendo la misma; su cambio sería motivado por el temor, o por razones de prudencia, pero su corazón todavía amaría las cosas viejas y, si tuviera oportunidad, volvería a ellas. El verdadero arrepentimiento incluye un cambio de mentalidad y un cambio de acción.

(iii) Cuando llega el arrepentimiento, algo pasa con el *pasado*. Hay *perdón de pecados*. El perdón de Dios cubre el pasado; pero tenemos que comprender que esto no quiere decir que se anulan *las consecuencias* del pecado. Cuando pecamos, nos hacemos algo a nosotros mismos y a otros que no podemos deshacer. Vamos a considerarlo de otra manera: cuando éramos pequeños y habíamos hecho algo malo, había una barrera invisible entre nosotros y nuestros padres. Pero, cuando íbamos a ellos y les decíamos que lo sentíamos y pedíamos perdón, nuestros padres nos abrazaban, y nos dábamos cuenta de que la relación se había restablecido y había desaparecido la barrera. El perdón no elimina las consecuencias de lo malo que hayamos hecho, pero nos pone otra vez en la debida relación con Dios. El alejamiento y el temor desaparecen, y nos encontramos otra vez en paz con Dios.

(iv) Cuando llega el arrepentimiento pasa algo con *el futuro*. Recibimos *el don del Espíritu Santo*. Aunque nos hayamos arrepentido, ¿cómo vamos a evitar cometer los mismos errores una y otra vez? Viene a nuestra vida un poder que no teníamos antes, que es del Espíritu Santo; y con él podemos ganar las batallas que siempre perdíamos antes, y resistir todo lo que por nosotros mismos seríamos incapaces de resistir.

En el momento en que nos arrepentimos de veras somos liberados del alejamiento y del temor del pasado, y equipados para enfrentarnos con las responsabilidades y las batallas del futuro.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA IGLESIA

Hechos 2:42-47

Los creyentes dedicaban tiempo a recibir la enseñanza de los apóstoles, a estar en comunión con los hermanos, a participar juntos de las comidas y a la oración. Todos tenían una actitud reverente, y el poder de Dios se manifestaba en muchas cosas que hacían los apóstoles. Todos los creyentes se mantenían unidos, y lo tenían todo en común. Solían vender sus bienes y posesiones, y repartir el producto según la necesidad de cada uno. Iban juntos todos los días a participar del culto en el Templo, y compartían los alimentos comiendo juntos en las casas con alegría y generosidad de corazón. Siempre estaban alabando a Dios, y a todo el pueblo le caían bien. Y el Señor iba añadiendo a su número los que se iban salvando cada día.

En este pasaje tenemos un resumen sucinto de las características de la Iglesia Primitiva.

(i) Era *una iglesia que aprendía*. La palabra *doctrina* del versículo 42 en la versión Reina-Valera no es pasiva, sino activa. La frase quiere decir que dedicaban tiempo y prestaban atención a lo que los apóstoles enseñaban. Uno de los grandes peligros de la Iglesia es caer en una religiosidad estática que mira hacia atrás en lugar de adelante. Precisamente porque las riquezas de Cristo son inescrutables e inagotables debemos ir siempre hacia adelante. El cristiano se dirige, como la luz de la aurora, hacia una plenitud que no se alcanza en esta vida (*Proverbios 4:18*). Debemos considerar que hemos perdido el día si no hemos aprendido en él nada nuevo ni hemos profundizado en la sabiduría y en la gracia de Dios.

(ii) Era *una iglesia en comunión*. Estaba como indica la expresión, *de consuno*. Nelson atribuyó una de sus victorias al hecho de que «tuvo el privilegio de dirigir a una compañía de

hermanos.» La iglesia es sólo lo que debe ser cuando es una compañía de hermanos unidos en el amor de nuestro Padre Dios.

(iii) Era *una iglesia que oraba*. Los primeros cristianos sabían que no podían, ni tenían por qué enfrentarse con la vida dependiendo exclusivamente de sus propias fuerzas. Siempre hablaban con Dios antes de hablar con los hombres; siempre buscaban a Dios antes de salir al mundo; podían arrostrar los problemas de la vida porque habían estado en la presencia de Dios.

(iv) Era *una iglesia reverente*. En el versículo 43, la palabra que la versión Reina-Valera traduce correctamente *temor* encierra la idea de respeto y reverencia. Se decía de un griego famoso, que se movía por el mundo como el que está en un templo. El cristiano vive reverentemente porque sabe que siempre está en la presencia de Dios, y que cualquier lugar es «casa de Dios y puerta del Cielo» (*Génesis 28:17*).

(v) Era *una iglesia en la que sucedían cosas*. Había señales y maravillas (versículo 43). Si esperamos grandes cosas de Dios y emprendemos grandes cosas por Dios, sucederán cosas. Cuando muere la fe mueren también los resultados. Sucederían más cosas en la iglesia si creyéramos que Dios puede y quiere hacer con nosotros que sucedan.

(vi) Era *una iglesia solidaria* (versículos 44 y 45). Aquellos primeros cristianos tenían un fuerte sentido de responsabilidad mutua. Se decía de William Morris que no podía ver a un borracho sin sentirse personalmente responsable. El que es cristiano de veras no puede soportar tener demasiado cuando otros pasan necesidad.

(vii) Era *una iglesia que daba culto a Dios* (versículo 46). No se olvidaban los primeros cristianos de frecuentar la casa de Dios. Debemos recordar que «Dios no reconoce una religión solitaria.» La mitad de la emoción que sentimos en un concierto o en una competición deportiva es porque nos encontramos entre mucha gente con la que compartimos el interés y la experiencia. El Espíritu de Dios se mueve sobre el pueblo de Dios que Le da culto.

(viii) Era *una iglesia feliz* (versículo 46). Tenía regocijo. Una iglesia lúgubre es una contradicción. El gozo cristiano no tiene por qué ser un jaleo; pero en lo íntimo del corazón de los cristianos hay un gozo que nadie ni nada nos puede quitar.

(ix) Era *una iglesia de personas simpáticas*. Hay dos palabras en griego para *bueno*. Una es *agathós*, que describe una cosa o persona simplemente como buena. Y hay otra, que es *kalós*, que quiere decir que la cosa o persona no sólo es buena, sino agradable; que tiene una gracia que conquista el alma. En español decimos a veces de alguien que es «una bellísima persona.» El verdadero cristiano es alguien así. Hay bastantes personas que son buenas pero tienen una veta antipática de dureza. Uno no iría a llorar en su hombro. Son lo que alguien llamaba «cristianos iceberg». Struthers solía decir que lo que ayudaría a la iglesia más que ninguna otra cosa sería que los cristianos tuvieran de vez en cuando detalles simpáticos. En la Iglesia Primitiva el pueblo de Dios tenía esa gracia.

SE REALIZA UNA OBRA NOTABLE

Hechos 3:1-10

Pedro y Juan se dirigían al Templo alas 3 de la tarde, que era una de las horas de oración. Y había a la puerta que se llama la Hermosa un hombre cojo de nacimiento, al que llevaban y dejaban allí todos los días para que pidiera limosna de todos los que entraban en el Templo.

Cuando vio que Pedro y Juan estaban a punto de entrar, les pidió una limosna. Pedro entonces le miró fijamente, y lo mismo hizo Juan.

-¡Fíjate en nosotros! -le dijo Pedro. El cojo fijó en ellos toda su atención, esperando que le dieran algo.

-No tengo ni plata ni oro -le dijo Pedro-, pero te

doy lo que tengo: ¡En el Nombre del Mesías Jesús de Nazaret, ponte en pie y echa a andar!

Y le agarró de la mano derecha para levantarlo.

Al cojo se le fortalecieron los pies y los tobillos en el acto, se puso en pie de un salto y empezó a andar por allí; luego entró con ellos al Templo andando por su propio pie, dando saltos y alabando a Dios. Y todos los que le veían andar y alabar a Dios le reconocían como el que se sentaba a pedir limosna en la puerta Hermosa del Templo, y se quedaban asombrados y alucinados de lo que le había sucedido.

El día se consideraba que empezaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 6 de la tarde. La hora tercia eran las 9 de la mañana; la sexta, el mediodía, y la novena, las 3 de la tarde; y estas tres eran las tres horas especiales de oración para los devotos judíos. Estaban de acuerdo en que la oración es eficaz a cualquier hora; pero consideraban que era doblemente preciosa cuando se hacía en el Templo. Es interesante notar que los apóstoles seguían observando las costumbres y los hábitos en que habían sido instruidos. En esta ocasión, era la hora de la oración, y Pedro y Juan iban al Templo como otros muchos. Ahora tenían una fe nueva, pero no la usaban como disculpa para dejar de cumplir la ley. Eran conscientes de que la nueva fe y la antigua disciplina podían y debían estar en armonía.

En Oriente era costumbre que los mendigos se pusieran a pedir limosna a la entrada de los templos y altares. Tales lugares se consideraban idóneos, lo mismo que ahora; porque, cuando la gente va a dar culto a Dios, está más dispuesta a ser generosa con sus semejantes desvalidos. El famoso poeta vagabundo galés W. H. Davies nos dice que uno de sus amigos nómadas le contó que, cuando llegaba a un pueblo, buscaba la torre de la iglesia con la cruz, y empezaba a pedir por allí cerca, porque había descubierto por experiencia que allí era más generosa la gente. El amor a Dios y al prójimo deben ir juntos.

Este incidente nos coloca cara a cara con la cuestión de los

milagros en la era apostólica. Hay algunas cosas que conviene decir acerca de ellos:

(i) Esos milagros *tuvieron lugar*. Más adelante -en el capítulo 4, versículo 16-, leemos que el Sanedrín sabía muy bien que tenía que aceptar el milagro, porque no podía negarlo. Los enemigos del Cristianismo habrían sido los primeros en exponer la falsedad de los milagros si ese hubiera sido el caso; pero ni siquiera lo intentaron.

(ii) ¿Por qué dejaron de producirse? Se han hecho algunas sugerencias: (a) Hubo un tiempo en que los milagros eran necesarios. Eran, por así decirlo, las campanas que llamaban a la gente a la Iglesia Cristiana. Entonces se necesitaban como garantía de la verdad y del poder del Evangelio en su ataque inicial al mundo. (b) En aquel tiempo se daban dos circunstancias especiales: la primera, que había hombres apostólicos vivos que habían tenido una relación personal irreplicable con Jesucristo; y la segunda, que existía una atmósfera de expectación en la que la gente estaba dispuesta a creer en lo imposible, y esa fe se extendía como una inundación. Estas dos circunstancias unidas tuvieron efectos absolutamente únicos.

(iii) Pero la verdadera pregunta no es: «¿Por qué han dejado de producirse los milagros?»; sino: «¿Han dejado realmente de producirse?» Es un hecho universal que Dios no hace por los hombres lo que éstos pueden hacer por sí mismos. Dios ha revelado una nueva verdad y un nuevo conocimiento a los hombres, que siguen obrando milagros mediante esa revelación. Como dijo cierto médico: «Yo pongo la venda, pero Dios es el que sana las heridas.» Hay milagros por todas partes, si hay ojos creyentes que los saben ver. Jesucristo discernía la obra de su Padre en la naturaleza y en la vida; sabía que Dios no ha dejado de actuar. Si bien está más allá de nuestra comprensión lo que se ha llamado «la economía del milagro», para la fe Dios está siempre presente, siempre en control, y lleva adelante su plan de amor para el bien de sus criaturas de una manera que no siempre podemos discernir ni comprender. Sus caminos no son nuestros caminos (*Isaías 55:8*).

Hechos 3:11-16

Mientras el que había sido cojo seguía agarrado a Pedro y Juan, llegó corriendo toda la gente, alucinada, adonde ellos estaban, que era el pórtico de Salomón.

Cuando Pedro los vio, se puso a decirles:

-¡Israelitas! ¿Qué es lo que os sorprende tanto? ¿Y por qué os quedáis ahí mirándonos, como si hubiéramos hecho que este pudiera andar gracias a nuestro poder o a nuestra religiosidad? Esto ha sido posible porque el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros antepasados, ha glorificado a su Siervo Jesús, a Quien vosotros repudiasteis y entregasteis a Pilato, aunque él había decidido soltarle. Así renegasteis del Santo y del Justo, pidiendo que se pusiera en libertad, en vez de a Él, a un asesino. Vosotros sois culpables de la muerte del Que ha abierto el camino de la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de ello. Es el Nombre de Jesús y la fe en ese Nombre lo que le ha dado nuevas fuerzas a este hombre al que estáis viendo y conocéis. La fe que inspira ese Nombre es lo que le ha dado a este hombre la perfecta salud que todos podéis comprobar.

En este pasaje resuenan tres de las notas características de la predicación cristiana original:

(i) Los primeros predicadores cristianos siempre subrayaban el hecho fundamental de que la Crucifixión fue el mayor crimen de la Historia humana. Siempre que la mencionan, había en sus voces un tono de horror. Jesús fue el Santo y el Justo, a Quien debería haber bastado ver para amar. El mismo gobernador romano se dio cuenta de que aquella crucifixión era una injusticia flagrante. Se escogió para la libertad a un violento criminal, y se mandó a la cruz al Que no había hecho

más que el bien. Los primeros predicadores trataban de impactar los corazones de sus oyentes para que reconocieran el horrible crimen de la Cruz. Es como si dijeran: «¡Fijaos en lo que puede hacer e hizo el pecado!»

(ii) Los primeros predicadores siempre hacían hincapié en la vindicación de la Resurrección: en ella, Dios había dado su aprobación a la obra de Jesucristo. Es un hecho que, sin la Resurrección, la Iglesia no habría existido. La Resurrección era la prueba de que Jesucristo es indestructible y Señor de la vida y de la muerte. Era la prueba definitiva de que la obra de Cristo era la obra de Dios y, por tanto, nada podría hacerla fracasar.

(iii) Los primeros predicadores siempre insistían en el poder del Señor Resucitado. Nunca se presentaban a sí mismos como la fuente, sino sólo como canales del poder. Eran conscientes de sus limitaciones; pero también de que no había límites a lo que el Señor Resucitado podía hacer con y por medio de ellos. Ahí radica el secreto de la vida cristiana. Mientras el cristiano no piensa más que en lo que *él* puede hacer y ser, no cosecha más que fracaso y temor; pero cuando piensa en «no yo, sino Cristo en mí», tiene paz y poder.

LAS NOTAS DE LA PREDICACIÓN

Hechos 3:17-26

Ahora bien, hermanos -siguió diciendo Pedro-, sé que no sabíais lo que os hacíais, y lo mismo vuestros gobernantes. Pero Dios ha cumplido de esta manera lo que había anunciado de antemano por boca de todos sus profetas: que el Mesías había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos para que se os perdonen vuestros pecados y Dios nos envíe del Cielo tiempos de consolación y al Mesías que Dios ha destinado, que no es otro que Jesús, Que debe permanecer en el Cielo hasta que

llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas que ha anunciado Dios por medio de sus santos profetas que ha habido desde la antigüedad. Porque ya les dijo Moisés a nuestros antepasados: «El SEÑOR vuestro Dios os suscitará un Profeta que saldrá de entre vuestros hermanos, como hizo conmigo. Hacedle caso en todo lo que os diga; porque todos los que no Le crean serán desarraigados del pueblo. » Y todos los profetas que han hablado de parte de Dios de Samuel en adelante, también han anunciado este tiempo presente. Vosotros sois los descendientes de aquellos profetas, y los beneficiarios del Pacto que hizo Dios con nuestros antepasados cuando le dijo a Abraham: «Tu Descendiente será la bendición de todos los pueblos de la Tierra.» Así es que a vosotros ha sido a los primeros que Dios, después de resucitar a su Siervo, Le ha enviado para que os bendiga, para que cada uno de vosotros se convierta dejando su mal camino.

En este breve pasaje resuenan casi todas las notas de la predicación cristiana original:

(i) Empieza con una nota de misericordia y de advertencia combinadas. Fue la ignorancia la causa de que los judíos perpetraran el horrible crimen de la Crucifixión; pero la ignorancia ya no se puede justificar, y no puede ser excusa para seguir rechazando a Jesucristo. Esta nota de la aterradora responsabilidad del conocimiento resuena en todo el Nuevo Testamento. < Si fuerais ciegos, no tendríais culpa; pero como decís: "Vemos", vuestra culpabilidad se mantiene» (Juan 9:41). «Si Yo no hubiera venido a decírselo, no tendrían pecado; pero ahora ya no hay excusa para su pecado» (Juan 1 S: 22). «El que sabe lo que debe hacer, y falla, ese es el que peca» (Santiago 4:17). Haber visto la plena luz de la revelación de Dios es el mayor de los privilegios; pero es también la más terrible de las responsabilidades.

(ii) La obligación que este conocimiento conlleva es la de

arrepentirse y convertirse. Las dos cosas van juntas. *Arrepentirse* podría querer decir simplemente cambiar de idea, y es más fácil cambiar de idea que cambiar de vida. Pero este cambio de idea debe conducir a dejar el camino viejo y emprender uno nuevo, que es lo que quiere decir *la conversión*.

(iii) Este arrepentimiento tendrá ciertas consecuencias. Afectará al *pasado*; los pecados serán *borrados*. Esta es una palabra muy expresiva. Antiguamente se escribía en papiro, y la tinta no contenía ácidos; así es que no afectaba al papiro como la tinta moderna, sino se secaba encima simplemente. Para borrar la escritura no había más que limpiarlo con una esponja húmeda: así es como borra Dios el pecado de una persona. Afectará también al *futuro*; traerá tiempos de consuelo. Vendrá algo a la vida que aportará fuerza en la debilidad y descanso en la fatiga.

(iv) Pedro pasa a hablar de la Segunda Venida de Cristo. Eso quiere decir, entre otras cosas, que la Historia tiene una meta.

(v) Pedro insiste en que todo lo que ha sucedido había sido anunciado de antemano. Los judíos se negaban a aceptar la idea de que el Escogido de Dios tuviera que sufrir; pero Pedro insiste en que, si escudriñaran sus Escrituras, la encontrarían allí.

(vi) Pedro les recuerda su privilegio nacional. En un sentido muy especial, los judíos eran el pueblo escogido de Dios. De ahí que fuera a ellos a los primeros que se anunció el Evangelio.

(vi;) Finalmente, expone la ineludible verdad de que ese especial privilegio conlleva una responsabilidad especial también. Es el privilegio, no de un honor especial, sino de un servicio especial.

EL ARRESTO

Hechos 4:1-4

Mientras Pedro y Juan estaban hablándole a la gente, se presentaron en su búsqueda los sacerdotes con el jefe de la policía del Templo, y los saduceos, que se molestaban de que los discípulos se hicieran los maestros del pueblo; y más aún, porque proclamaban que en Jesús se había producido una resurrección. Así es que los arrestaron y los metieron en la cárcel con la intención de juzgarlos al día siguiente, porque se les había echado encima la tarde. Pero muchos de los que habían oído la predicación de Pedro se convirtieron, de manera que ya había en la Iglesia algo así como cinco mil hombres.

La curación del cojo había tenido lugar en una parte del área del Templo que siempre estaba llena de gente. No es extraño que el suceso hiciera que se concentrara allí la atención general.

La puerta Hermosa era la que comunicaba el atrio de los Gentiles con el de las Mujeres. El atrio de los Gentiles era no sólo el más grande, sino también el más abarrotado de gente de todos los atrios del Templo, porque hasta allí podían entrar personas de todas las naciones, siempre que observaran las reglas normales del decoro y el respeto. Era allí donde tenían sus mostradores los cambistas, y sus puestos los vendedores de animales para los sacrificios. Dando la vuelta a la parte exterior **del área del Templo había dos grandes pórticos que se juntaban formando un ángulo recto en la esquina del** atrio de los Gentiles. Uno era el pórtico Real, y el otro, el de Salomón. Estos también estaban llenos de gente que había venido a dar culto a Dios, a aprender y a hacer turismo. No cabe duda de que los acontecimientos que habían tenido lugar allí alcanzarían la más amplia publicidad.

En este escenario tan abarrotado de gente se presentaron los sacerdotes, el jefe de la policía del Templo y los saduceos. El

personaje que llama la versión Reina-Valera *el jefe de la guardia del Templo*, era un funcionario que se llamaba *el Sagán*. Era el brazo derecho del Sumo Sacerdote, y tenía a su cargo la supervisión del orden en el Templo. Cuando había alguna aglomeración era inevitable que el Sagán se presentara en escena con la policía del Templo. En esta ocasión también vinieron con él los saduceos, que formaban la clase aristocrática o adinerada. No eran muchos, pero sí muy influyentes. Lo sucedido les molestaba mucho por dos razones: la primera, porque no creían en la Resurrección, que era lo que los apóstoles estaban proclamando; y la segunda, porque eran ricos aristócratas y colaboracionistas. Hacían lo posible por mantenerse en buenas relaciones con los romanos para conservar su riqueza y posición. El gobierno romano era muy tolerante en general; pero en casos de insurrección era tajante. Los saduceos estaban seguros de que, si no se le paraban los pies a los apóstoles, habría disturbios y desórdenes, con consecuencias funestas para su posición. Así es que se propusieron cortar en su principio aquel brote peligroso; y esa fue la causa de que Pedro y Juan fueran arrestados tan pronto. Tenemos aquí el ejemplo terrible de un partido que, para mantener su posición privilegiada, se niega a escuchar la verdad, y a dejar que otros la escuchen.

ANTE EL SANEDRÍN

Hechos 4: 5-12

Al día siguiente hubo una reunión de las fuerzas vivas: los ancianos y los escribas, el sumo sacerdote Anás y Caifás y Juan y Alejandro y todos los de las familias de los sumos sacerdotes. Hicieron comparecer a Pedro y Juan, y empezó el interrogatorio:

-¿Con qué potestad y en nombre de quién habéis actuado?

Entonces Pedro, totalmente bajo la inspiración del Espíritu Santo, les contestó:

-Jefes del pueblo y ancianos de Israel: Puesto que hoy se nos está interrogando acerca del favor que le hemos hecho a un enfermo, y cómo ha sido posible que recibiera la salud total, daos por enterados todos vosotros y toda la nación de Israel de que esto se ha hecho en el Nombre del Mesías Jesús de Nazaret, al Que vosotros mismos crucificasteis y Dios ha resucitado. ¡Sí: es gracias a Jesús que se os puede presentar el enfermo, completamente curado! Jesús es < la Piedra que desechasteis despectivamente vosotros, constructores, que se ha convertido en la Piedra clave que sustenta todo el edificio. » La Salvación no está en ningún otro; su Nombre es el único en toda la creación que se ha dado a la humanidad para que pueda salvarse.

El tribunal ante el que comparecieron Pedro y Juan era el Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos. Aun bajo el dominio de Roma, el Sanedrín tenía autoridad para arrestar. Lo único que no podía hacer era dictar sentencia de muerte, excepto en el caso único de que un gentil penetrara en la parte reservada del Templo.

Había setenta y un miembros en el Sanedrín. El sumo sacerdote era, *ex officio*, el presidente. Entre los miembros había sacerdotes, que eran casi todos saduceos, cuyo único propósito era retener el *status quo* para que no peligraran su posición y emolumentos. Estaban también los escribas, que eran los expertos en la ley tradicional; los fariseos, fanáticos cumplidores de dicha ley, y los ancianos, que eran hombres respetados de la comunidad.

También formaban parte del Sanedrín los que se describen como los *de las familias de los sumos sacerdotes*; algunas veces se los llama *principales o jefes de los sacerdotes*. Eran de dos clases. La primera, los ex sumos sacerdotes; en los grandes días del pasado, el sumo sacerdocio había sido heredi-

tario y vitalicio; pero en tiempo de los romanos era objeto de intrigas, soborno y corrupción, y los sumos sacerdotes ascendían y caían de tal forma que, entre los años 37 a.C. y 67 d.C. hubo no menos de 28. Pero, a veces, hasta después de depuesto, seguía siendo el poder tras el trono. Segunda clase: aunque el sumo sacerdocio había dejado de ser hereditario, seguía siendo prerrogativa de unas pocas familias. De los 28 mencionados, todos menos 6 pertenecían a 4 familias sacerdotales. Los miembros de estas familias tenían un prestigio especial, y se les llamaba principales sacerdotes.

Cuando leemos este discurso de Pedro, y recordamos a quiénes lo dirigió, no podemos por menos de reconocerlo como una de las mayores pruebas de valor que se han dado en el mundo. Iba dirigido a una audiencia formada por los más ricos, intelectuales y poderosos del país; y sin embargo Pedro, un sencillo pescador galileo, se presenta ante ellos más como su juez que como su víctima. Además, este era el tribunal que había condenado a muerte a Jesús. Pedro sabía que se estaba jugando la vida.

Hay dos clases de valor. Hay un valor insensato, que apenas se da cuenta de los peligros que arrostra. Y hay una clase de valor mucho más elevada y consciente, que conoce el peligro, pero se niega a dejarse intimidar. Pedro dio muestras de la segunda clase de valor. Cuando le dijeron a Aquiles, el gran héroe griego, que si iba a la batalla moriría, contestó: < A pesar de todo, estoy decidido a ir. » Pedro, en aquel momento, sabía el peligro que le acechaba; pero, a pesar de todo, habló.

LEALES A DIOS POR ENCIMA DE TODO

Hechos 4:13-22

Cuando los miembros del Sanedrín se percataron del coraje de Pedro y Juan, y se dieron cuenta de que eran hombres que no tenían una educación especial ni eran

profesionales de nada sino gente corriente, se quedaron alucinados, y los reconocieron como seguidores de Jesús. Como también estaban viendo al que había sido sanado, que estaba allí de pie con ellos, no se les ocurría nada que pudieran decir en contra de ellos. Entonces dieron orden de que se salieran y esperaran fuera, y se pusieron a discutir la situación en privado.

-¿Qué podemos hacer con estos? -decían-. Porque no se puede negar que se ha manifestado el poder de Dios por medio de ellos, y toda Jerusalén se ha enterado. Lo mejor que podemos hacer para impedir que esto se siga extendiendo entre la gente es advertirles que se atengan a las consecuencias si no están dispuestos a dejar de hablarle a nadie en absoluto acerca del Nombre del tal Jesús.

Así es que los llamaron otra vez, y les prohibieron terminantemente que hablaran o enseñaran nada acerca del Nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les contestaron:

-Juzgad vosotros mismos si está bien delante de Dios obedeceros a vosotros por encima de Dios. En cuanto a nosotros, no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

Los del Sanedrín entonces les dijeron que se atuvieran alas consecuencias si no los obedecían, y luego los soltaron, porque no encontraban forma de castigarlos; porque la gente estaba alabando a Dios por lo que había sucedido, ya que el hombre en el que se había realizado el milagro de sanidad tenía más de cuarenta años.

Aquí vemos con toda claridad tanto el ataque del enemigo como la defensa cristiana. El ataque del enemigo tiene dos características: la primera es el *desprecio*. La versión ReinaValera dice que el Sanedrín consideraba a Pedro y Juan « hombres sin letras y del vulgo » (13). La palabra que se traduce por *sin letras* quiere decir que no tenían ninguna clase de prepa-

ración técnica, especialmente en las cuestiones intrincadas de la Ley. La palabra que se traduce por *del vulgo* quiere decir que eran laicos sin cualificación profesional. El Sanedrín, como si dijéramos, los veía como personas sin títulos académicos ni categoría profesional. A menudo le es difícil a la gente sencilla enfrentarse con los que presumen de intelectuales. Pero el que tiene a Cristo en su corazón tiene una dignidad que no dan ni la universidad ni la cámara de comercio. Y en segundo lugar: el Sanedrín recurrió a las amenazas. Pero el cristiano sabe que lo que los hombres le puedan hacer es cosa de un momento, mientras que las cosas de Dios son para la eternidad.

Al enfrentarse con este ataque Pedro y Juan tenían ciertas defensas. La primera, *un hecho indiscutible*. Que el cojo había sido sanado no se podía negar. La defensa más incontestable del Cristianismo es un cristiano. Y la segunda defensa, *una total fidelidad a Dios*. Si tenían que escoger entre obedecer a los hombres o a Dios, Pedro y Juan no vacilaban lo más mínimo. Como decía H. G. Wells: «Lo que pasa con muchas personas es que la voz de los vecinos les llega a los oídos más alta que la voz de Dios.» El verdadero secreto del Cristianismo está en el elogio que le hicieron una vez al reformador escocés John Knox: «Tenía tanto verdadero temor de Dios que nunca se dejaba intimidar por ningún ser humano.» Pero la tercera defensa era la más grande: la de *una experiencia personal de Jesucristo*. No les había llegado ese mensaje de oídas. Sabían de primera mano que era verdad; y estaban tan seguros que estaban dispuestos a jugarse la vida por él.

EL REGRESO VICTORIOSO

Hechos 4:23-31

Cuando los soltaron, Pedro y Juan volvieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los principales sacerdotes y los ancianos. Después de escu-

charlo todo, elevaron a Dios una oración unida diciendo:

-Soberano Señor: Tú eres el Creador de los cielos, de la tierra y del mar, y de todo lo que hay en ellos. Ya Tú habías dicho por medio del Espíritu Santo por boca de tu siervo David: u¿Por qué rugen las naciones, y los pueblos se confabulan en inútiles planes? Los monarcas de la Tierra se ensobrecen, y los gobernantes forman coaliciones contra el Señor y contra su Rey ungido. » Eso es lo que estamos viendo en esta misma ciudad en la que se unieron Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con el pueblo de Israel, contra tu santo Siervo Jesús a Quien Tú has ungido como Mesías, para hacer con Él todo lo que habías decidido de antemano en tu poder y tu programa. Ahora, Señor, mira en qué situación nos encontramos por sus amenazas, y concédenos a tus siervos que proclamemos tu Mensaje sin miedo ni inhibiciones, mientras Tú mismo intervienes para realizar milagros de sanidad y otras demostraciones de tu poder que confirmen Quién es tu santo Siervo Jesús.

Después de orar, hubo una sacudida en el lugar donde estaban reunidos, todos fueron llenos del Espíritu Santo, y se lanzaron a predicar el Evangelio con una libertad y confianza incommovibles.

En este pasaje nos encontramos con la reacción de la Iglesia Cristiana en el momento de peligro. Se habría podido pensar que, cuando volvieron Pedro y Juan y contaron lo que les había pasado, se apoderaría de la Iglesia una gran depresión al considerar los problemas que se les venían encima. Pero, lo que ni siquiera se les pasó por la cabeza fue que tenían que obedecer al Sanedrín y dejar de hablar de Jesús. Por el contrario, vinieron a sus mentes ciertas grandes convicciones, y una oleada de fortaleza a sus vidas.

(i) Estaban convencidos del *poder de Dios*. El Creador y **Sustentador** de todas las cosas estaba de su parte. Una vez, el

enviado del Papa amenazó a Lutero con lo que le sucedería si persistía en su actitud, y le advirtió que todos los que parecía que estaban con él le abandonarían. «¿Dónde te encontrarás entonces?» -le preguntó. «Entonces, como ahora -le contestó Lutero-: en las manos de Dios.» Para los cristianos, Quien está con nosotros es más que todos los que puedan estar en contra.

(ii) Estaban convencidos de *la inutilidad de la rebeldía humana*. La palabra que traducimos por *rugir* -«¿Por qué rugen las naciones»-, se usa del relinchar de caballos briosos: patalean y mueven la cabeza, pero a fin de cuentas tienen que someterse a la disciplina de las riendas. Así los hombres puede que hagan gestos de desafío contra Dios, pero Dios siempre prevalecerá.

(iii) Trajeron a la memoria *el recuerdo de Jesús*. Recordaron cómo había sufrido y cómo había triunfado; y ese recuerdo les devolvió la confianza, porque es suficiente que el discípulo sea como su Señor.

(iv) *Oraron* para que Dios les diera valor. No pretendieron enfrentarse con la situación dependiendo de sus propias fuerzas, sino buscaron el poder que está por encima de todo.

(v) El resultado fue *el don del Espíritu*. Se cumplió la promesa, y no se encontraron desasistidos: recibieron el valor y la fuerza que necesitaban para testificar cuando su testimonio los podía llevar a la muerte.

TODAS LAS COSAS EN COMÚN

Hechos 4:32-37

Toda la comunidad de los que habían puesto su fe en Jesús estaba unida de corazón y con toda el alma. Ninguno de los que la formaban pretendía que lo que tenía era para su uso personal y exclusivo, sino que lo

tenían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús con gran firmeza, y toda la gente los respetaba. En la comunidad no había nadie que padeciera necesidad; los que tenían propiedades o casas las vendían, y ponían el producto de la venta a disposición de los apóstoles, y se compartía entre los que lo necesitaban.

José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé -que quiere decir hijo de consolación-, que era levita y natural de Chipre, tenía un terreno; y lo vendió, y les entregó el dinero a los apóstoles.

En este párrafo se produce un cambio que es característico del Cristianismo. Todo se estaba moviendo en la atmósfera más exaltada: se pensaba en Dios, se pedía el Espíritu Santo, se citaban pasajes maravillosos del Antiguo Testamento. Pero por mucho que aquellos primeros cristianos tuvieran momentos de gran elevación, jamás se olvidaban de que algunos no tenían lo necesario y todos tenían que ayudar. La oración y el testimonio del Evangelio eran supremamente importantes; pero su culminación era el amor entre los hermanos.

Aquí notamos dos cosas de los primeros cristianos. (i) Tenían un vivo sentido de *responsabilidad de unos con otros*. (ii) Y esto despertaba en ellos *un deseo verdadero de compartir todo lo que tenían*. No compartían porque se les impusiera, sino espontáneamente. Una comunidad no es realmente cristiana cuando hay una ley que obliga a compartir, sino cuando el compartir es algo que sale del corazón.

PROBLEMAS EN LA IGLESIA

Hechos 5:1-11

Por el contrario, un cierto Ananías, que estaba casado con una tal Safira, vendió una propiedad y entregó a los apóstoles una parte del producto de la venta; pero, de acuerdo con su mujer, se reservó otra parte.

Ananías -le dijo Pedro-: ¿Cómo es que has dejado que Satanás te indujera a pretender engañar al Espíritu Santo quedándote con una parte de lo que te han dado por la propiedad? Antes de venderla, ¿es que no era toda tuya? Y después, ¿es que no eras totalmente libre para hacer lo que quisieras con el producto? ¿Cómo se te metió tal cosa en la cabeza? No es a los hombres a los que has tratado de engañar, sino a Dios.

Cuando Ananías estaba escuchando a Pedro, le dio un colapso y se murió. Todos los que estaban escuchando se quedaron aterrados. Los más jóvenes se levantaron, amortajaron el cuerpo y se lo llevaron a enterrar.

Al cabo de unas tres horas se presentó allí Safira, que no sabía lo que había sucedido.

-Dime -le dijo Pedro-: ¿No fue por tanto por lo que vendisteis el terreno?

-Sí -respondió la mujer-, exactamente.

-Entonces -siguió diciéndole Pedro-, ¿por qué os habéis puesto de acuerdo los dos para ver hasta dónde os dejaba llegar el Espíritu Santo? Fíjate, las pisadas que se oyen a la puerta son las de los que han enterrado a tu marido, que van a hacer lo mismo contigo.

En aquel mismo momento la mujer cayó al suelo y se murió a los pies de Pedro. Cuando entraron los jóvenes en la habitación se la encontraron muerta, y se la llevaron a enterrar al lado de su marido.

Toda la Iglesia y todos los que se enteraron de lo que había sucedido se sintieron embargados de temor.

Esta es la historia más tremenda del *Libro de los Hechos*. No hay por qué suponer que se produjo un milagro; pero sí es verdad que nos revela la atmósfera que prevalecía en la Iglesia Primitiva. Se cuenta del rey Eduardo I de Inglaterra que una vez se puso furioso hablando con uno de sus cortesanos, y éste cayó muerto de miedo literalmente. Esta historia nos muestra dos cosas de la Iglesia Primitiva: lo que las mentes humanas podían esperar, y el respeto extraordinario que tenían a los apóstoles. Fue en esa atmósfera donde la reprensión de Pedro produjo ese resultado.

Esta es una de las historias que demuestran la honradez a ultranza de la Biblia. Habría sido muy fácil omitirla, porque es una prueba de que también en la Iglesia Primitiva había cristianos que dejaban mucho que desear; pero la Biblia se niega a presentarnos un cuadro idealizado de nada. Una vez, un pintor de la corte hizo un retrato de Oliver Cromwell, que tenía muchas berrugas en la cara. El pintor, tratando de agradar al gran hombre, omitió aquellos detalles desagradables. Pero Cromwell, al ver el cuadro, dijo: «¡Llévatelo, y píntame con berrugas y todo!» Una de las grandes virtudes de la Biblia es que retrata a sus personajes «con berrugas y todo». Hay algo que nos anima en esta historia, porque nos descubre que hasta en sus momentos originales la Iglesia era una mezcla de bueno y malo.

Pedro insiste en que el pecado es contra Dios. Haremos bien en recordarlo, especialmente en ciertos contextos. (i) Un fallo en la diligencia es un pecado contra Dios. Absolutamente todo lo que contribuye a la salud, la felicidad y el bienestar de la humanidad es algo que se hace para Dios, por muy humilde que sea. Antonio Stradivarius, el gran fabricante de violines, decía: « Si mi mano no cumpliera, yo estaría robándole a Dios.» Una consigna digna de imitar. (ii) Un fallo en el uso de los talentos es un pecado contra Dios. Dios nos los ha confiado. Los tenemos en depósito, y somos responsables ante Dios del uso que hagamos de ellos. (iii) Un fallo en la verdad es un pecado contra Dios. Cuando nos deslizamos hacia la falsedad, estamos pecando contra la dirección del Espíritu Santo en nuestro corazón.

EL ATRACTIVO DEL CRISTIANISMO

Hechos 5:12-16

Los apóstoles eran el instrumento para que el poder de Dios realizara muchas obras maravillosas y prodigiosas entre la gente. El lugar de reunión de los cristianos era el pórtico de Salomón. El resto de la gente tenía miedo de asociarse con ellos, pero todos los miraban con mucho respeto. El número de los que creían en el Señor se iba multiplicando, tanto hombres como mujeres. Se llegaba hasta el punto de sacar a los enfermos a las calles en camillas o esterillas para que, cuando pasaba Pedro, su sombra cayera sobre ellos. Gran gentío venía de los pueblos de alrededor de Jerusalén trayendo a sus enfermos y a los atormentados por los espíritus inmundos, y todos se ponían buenos.

Aquí tenemos como un retrato en miniatura de lo que sucedía en la Iglesia Primitiva. (i) Se nos dice dónde se reunía. Su punto de contacto era la columnata de Salomón, una de las dos que rodeaban el recinto del Templo. Los primeros cristianos asistían fielmente a la casa de Dios, porque querían conocer mejor a Dios y recibir su poder en su vida. (ii) Se nos dice cómo se reunía la iglesia. Los cristianos originales se reunían donde todo el mundo pudiera verlos. Se sabía lo que había pasado con los apóstoles, y lo que podía pasarles; pero ellos estaban decididos a mostrarles a todos a Quién pertenecían y por qué se mantenían firmes. (iii) Se nos dice que la Iglesia Primitiva era maravillosamente eficaz. Sucedían cosas. Eran los días, que esperamos que vuelvan, en los que el ministerio de sanidad de la Iglesia estaba bien a la vista; pero la Iglesia siempre existe para hacer que los malos se hagan buenos, y la gente acudirá siempre a una iglesia en la que las personas cambian para bien.

Este pasaje acaba con una referencia a los atormentados por espíritus inmundos. En el mundo antiguo todas las enfermedades se atribuían a los espíritus. Los egipcios, por ejemplo, creían que el cuerpo humano se puede dividir en muchas partes, y que en cada una de ellas puede haber un espíritu malo. A menudo se creía que esos espíritus malos eran los espíritus de personas malas que ya habían muerto y seguían llevando a cabo su malvada obra.

OTRA VEZ ARRESTO Y JUICIO

Hechos 5:17-32

A eso el sumo sacerdote y sus adeptos, es decir, la secta de los saduceos, estaban que se morían de envidia; así es que prendieron a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública. Pero, por la noche, un ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel y los sacó de allí. Y les dijo:

-Id a hacer acto de presencia en el Templo, y decidle a la gente todo lo relativo a esta nueva manera de vivir.

Los apóstoles hicieron lo que se les dijo, y fueron al Templo al rayar la mañana y se pusieron a enseñar.

Cuando llegaron el sumo sacerdote y sus secuaces, convocaron una reunión del Sanedrín, es decir, del senado judío en pleno, y mandaron traer a los presos. Pero los guardias del Templo, cuando fueron a buscarlos, se encontraron con que no estaban allí. Cuando volvieron, informaron:

-Hemos encontrado la cárcel debidamente cerrada, y a los guardias en sus puestos delante de las puertas; pero, cuando hemos abierto, no hemos encontrado a nadie dentro.

Cuando el jefe de la policía del Templo y los sumos sacerdotes oyeron aquello se quedaron alucinados. Pero entonces llegó uno diciendo:

-¡Los que metisteis en la cárcel están ahí en medio del Templo enseñando a la gente!

Entonces el jefe de la policía del Templo se dirigió al lugar con su guardia y trajeron a los apóstoles; pero sin hacer uso de la fuerza, porque tenían miedo a que la gente los apedreara. Así es que los trajeron y los presentaron ante el Sanedrín. Y el sumo sacerdote les preguntó:

-¿Es que no os prohibimos terminantemente que siguierais hablando de esa persona? ¡Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y nos estais echando las culpas de la muerte de ese hombre!

-Tenemos que obedecer a Dios más que a los hombres -contestaron Pedro y los demás apóstoles-. Vosotros matasteis a Jesús en la cruz, ¡pero el Dios de nuestros antepasados le ha resucitado! Dios le ha exaltado a su diestra como Jefe supremo y Salvador, y ofrece a Israel por medio de Él la posibilidad de arrepentirse para que se le perdonen los pecados. Nosotros garantizamos personalmente que esto es verdad, y lo mismo hace el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen.

El segundo arresto de los apóstoles era inevitable. El Sanedrín les había prohibido terminantemente que siguieran impartiendo enseñanza acerca de la persona de Jesús, y ellos habían desobedecido abiertamente esa orden. La cuestión era doblemente seria para el Sanedrín: los apóstoles eran no sólo herejes, sino alborotadores en potencia. Palestina siempre estaba a punto para una conflagración; y, si aquello no se atajaba, podría originarse un levantamiento popular. Y eso era lo último que querían los sacerdotes y los saduceos, porque haría que intervinieran los romanos.

Puede que no fuera un milagro la liberación de los apóstoles. La palabra *ángeles* tiene dos sentidos: puede querer decir un ángel, pero también un mensajero humano. Aun en este

segundo caso, el agente de la liberación habría sido un *ángelos* del Señor, y su intervención un milagro de la providencia divina cuando una solución humana parecía imposible.

En el relato de los acontecimientos que siguieron a la liberación se reflejan claramente las cualidades de aquellos hombres de Dios. (i) Eran hombres de valor. La orden de volver a predicar en el Templo le sonaría inaceptable a cualquier persona sensata. Obedecer esa orden era asumir un riesgo insensato. ¡Pero la cumplieron! (ii) Eran hombres de principios, y su principio prioritario era que, en todas las circunstancias, obedecer a Dios era lo más importante. No se preguntaban: «¿Es seguro este curso de acción?», sino: «¿Es esto lo que Dios quiere que hagamos?» (iii) Tenían una idea clara de su misión. Sabían que eran testigos de Cristo. Un testigo es esencialmente alguien que dice lo que sabe de primera mano. Sabe por propia experiencia que lo que dice es verdad. Y es imposible detener a un hombre así, porque es imposible detener la verdad.

UN ALIADO INESPERADO

Hechos 5:33-42

Cuando los del Sanedrín oyeron a los apóstoles decir aquello se pusieron furiosos y querían matarlos. Pero uno de los fariseos, que se llamaba Gamaliel y era respetado por todos como maestro de la Ley, se levantó en medio del Sanedrín, pidió que sacaran a los apóstoles un momento, y dijo:

-Israelitas: Miraos bien lo que vas a hacer en el caso de estos hombres. No hace mucho que se presentó Teudas pretendiendo que era el Mesías, y se le unieron unos cuatrocientos hombres; pero le mataron, y todos sus seguidores se dispersaron y el asunto quedó en nada.

Y después se presentó el galileo Judas en los días del censo, y convenció a algunos para que se rebelaran con él; pero él también fue eliminado, y se dispersaron todos los que habían creído en él. En la situación presente os aconsejo que no os metáis con estos hombres y que los dejéis en paz; porque, si lo que pretenden y hacen no es más que una cosa humana, se desvanecerá; pero, si procede de Dios, no podréis con ellos. Tened cuidado, no sea que resulte que estáis luchando contra Dios.

El consejo de Gamaliel se aceptó. Trajeron otra vez a los apóstoles, les dieron una paliza y les prohibieron hablar en nombre de Jesús, y los soltaron.

Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de que se creyera que merecían algún castigo por su relación con Jesús. Y todos los días, tanto en el Templo como de casa en casa, siguieron enseñando y anunciando la buena noticia de que Jesús era el Mesías.

Los apóstoles encontraron una ayuda inesperada la segunda vez que tuvieron que presentarse ante el Sanedrín: el fariseo Gamaliel. Los saduceos eran ricos colaboracionistas que estaban siempre tratando de mantener su prestigio; pero los fariseos no tenían ambiciones políticas. Su nombre significa «Los Separados», y es verdad que se habían separado de la vida ordinaria para consagrarse a cumplir la ley tradicional en sus más mínimos detalles. Se dice que nunca fueron más de seis mil, y eran respetados por su austeridad.

A Gamaliel no sólo se le respetaba: se le quería. Era un hombre amable, mucho más tolerante que sus compañeros. Entre otras cosas, era uno de los pocos fariseos que no consideraban la cultura griega como pecaminosa. Era uno de los pocos a los que se otorgaba el título honorífico de «Rabbán». Le llamaban «La hermosura de la Ley». Cuando murió, se dijo: «Desde que ha muerto Rabbán Gamaliel ya no se respeta la Ley; y la pureza y la abstinencia murieron con él.»

Cuando parecía probable que el Sanedrín recurriera a me-

didias violentas para eliminar a los apóstoles, intervino Gamaliel. La doctrina de los fariseos combinaba la soberanía de Dios con el libre albedrío. Creían que todo está en las manos de Dios, pero que el hombre es responsable de sus hechos. «Todo está previsto -decían-, pero hay libertad de elección.» Así que la advertencia de Gamaliel era que tenían que tener cuidado, no fuera que haciendo uso de la libertad se encontraran en oposición a Dios. Si aquello no era cosa de Dios, acabaría en nada de todas formas. Y dio dos ejemplos.

En primer lugar citó a Teudas. En aquel tiempo se produjo una sucesión de líderes revolucionarios que se presentaban como libertadores y hasta como Mesías. No sabemos nada de este Teudas. Hubo uno de ese nombre unos años después, que se llevó a la gente al Jordán prometiéndoles que dividiría las aguas para que pasaran en seco; pero pronto acabaron con él. Teudas era un nombre bastante corriente, así es que se referiría a otro.

El segundo ejemplo era Judas. Se había rebelado en los días del censo que mandó hacer Cirenio en el año 6 para organizar los impuestos. Judas mantenía que Dios es el único Rey de Israel; y, por tanto, era a Dios al único que había que pagar tributo. Todos los otros impuestos eran impíos, y era blasfemia pagarlos. Judas intentó levantar una revolución, pero fracasó.

El Sanedrín aceptó el consejo de Gamaliel, y los apóstoles quedaron libres otra vez. Salieron gozosos de la tribulación por dos razones. (i) Se les había presentado una oportunidad de demostrar su fidelidad a Jesús. En los primeros años de la revolución rusa se respetaba y honraba al que pudiera mostrar las señales de las cadenas en las muñecas o del látigo en la espalda, porque había sufrido por la causa. Valiente-por-la-Verdad, de *El Peregrino*, decía con sano orgullo: «Las señales y cicatrices llevo conmigo.» (ii) Era una buena oportunidad para compartir la experiencia de Cristo. Los que participaron de la Cruz también participarían de la corona.

LOS PRIMEROS OBREROS

Hechos 6:1-7

Por aquel entonces, como el número de los creyentes no dejaba de crecer, los judíos de cultura griega se quejaron de los judíos de Palestina, porque decían que descuidaban a sus viudas en la distribución de la ayuda diaria. Entonces los Doce convocaron a todos los creyentes, y les dijeron:

-No está bien que nosotros descuidemos la predicación de la Palabra de Dios para ocuparnos de servir las mesas. Así que, hermanos, escoged de entre vosotros a siete hombres de buen testimonio, que tengan madurez espiritual y también sentido práctico, y los pondremos a cargo de esta responsabilidad; así nosotros estaremos más libres para consagrarnos plenamente a la oración y a la predicación del Evangelio.

La congregación aceptó esta sugerencia con agrado, y eligieron a Esteban -hombre lleno de fe y del Espíritu Santo-, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás -converso al judaísmo natural de Antioquía. Esta fue la candidatura que presentaron a los apóstoles, que oraron por ellos y los consagraron mediante la imposición de manos.

A todo esto, el Evangelio se iba propagando, y el número de los creyentes se multiplicaba extraordinariamente en Jerusalén; también se habían convertido muchos sacerdotes.

A medida que la Iglesia iba creciendo empezaron a presentarse los problemas propios de una institución. Ninguna nación ha tenido un sentido de responsabilidad comparable a Israel en lo referente a los menos afortunados.

En la sinagoga se tenía la costumbre de que dos miembros se daban una vuelta por el mercado y por las casas particulares

los viernes por la mañana y hacían una colecta en dinero y en especie, y por la tarde se la llevaban a los necesitados. Los que se encontraban temporalmente en necesidad recibían lo suficiente para ir tirando; y los que no podían mantenerse recibían lo suficiente para catorce comidas, es decir, dos diarias durante toda la semana. El fondo para esta distribución se llamaba la *kuppah* o cesta; y además se hacía otra colecta diariamente de casa en casa para los que estaban en necesidad perentoria, y a esta la llamaban *tamhui* o bandeja.

Está claro que la Iglesia Cristiana adoptó esta costumbre. Pero había una separación entre los judíos que se reflejaría también en la Iglesia. Por una parte estaban los judíos de Palestina, que hablaban tradicionalmente arameo y que presumían de no tener influencias extranjeras en sus costumbres. Y por otra parte estaban los judíos de la diáspora -es decir, que vivían en otros países-, que tal vez habían venido a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y habían descubierto a Cristo. Muchos de éstos llevarían generaciones fuera de Palestina, y no hablarían ya más que griego. Y lo malo era que los judíos que hablaban arameo se consideraban superiores y miraban por encima del hombro a los judíos de la diáspora. Es de temer que algo de esto perduraría en la Iglesia, y surgió la queja -posiblemente justificada- de que las viudas de los judíos griegos no recibían la ayuda diaria como las de los judíos palestinos. Los Doce consideraban que no debían mezclarse en ese asunto, y propusieron la elección de los Siete.

Es sumamente interesante comprobar que los primeros obreros que se nombraron en la Iglesia no fueron elegidos para hablar, sino para realizar un servicio práctico.

SURGE UN CAMPEÓN DE LA LIBERTAD

Hechos 6:8-IS

Esteban, lleno de gracia y de poder, daba públicamente maravillosas muestras del poder de Dios en acción. Algunos miembros de la Sinagoga de los Libertos, como se la llamaba, y de las de los de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban, pero no tenían manera de defenderse ante la sabiduría inspirada con que él hablaba.

En vista de aquello recurrieron a la calumnia, y sobornaron a unos para que dijeran que le habían oído blasfemar contra Moisés y contra Dios. Así es que soliviantaron a la gente, a los gobernadores y a los expertos en la Ley, e hicieron que se le echaran encima y le trajeran a rastras al Sanedrín; y entonces presentaron testigos falsos que dijeron:

-¡Este tipo no hace más que hacer declaraciones encaminadas a desacreditar el Templo y la Ley de Moisés! ¡Y hasta le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y trastocará todas las costumbres que nos legó Moisés!

Todos los que estaban en aquella sesión del Sanedrín se quedaron mirando fijamente a Esteban, y les parecía que tenía el rostro de un ángel.

La elección de aquellos siete hombres tuvo resultados duraderos. En principio, el gran enfrentamiento había comenzado. Los judíos se habían considerado siempre el pueblo escogido de Dios; pero interpretaban la elección de una manera indebida, pensando que habían sido escogidos para un privilegio especial, y creyendo que Dios no tenía ningún interés en los demás pueblos. En un caso extremo, se llegó a decir que Dios había creado a los gentiles para usarlos como leña en el infierno. Una interpretación más benigna mantenía que algún día los gentiles

serían los siervos de Israel. Jamás se les ocurrió pensar que habían sido elegidos para prestar un servicio a fin de que todos los hombres entraran en la misma relación con Dios que ellos gozaban.

Este fue el principio de muchos problemas. Todavía no se trataba de admitir a los gentiles, sino de los judíos de cultura griega. Ni uno solo de los Siete tenía nombre hebreo; y uno de ellos, Nicolás, era un gentil que se había convertido al judaísmo. Esteban tenía la visión de un mundo para Cristo. Para los judíos había dos cosas que eran especialmente sagradas: el templo, en el que se ofrecían a Dios los únicos sacrificios y el único culto que le era aceptable, y la Ley, que no cambiaría jamás. Pero Esteban decía que el Templo sería desfasado, y que la Ley no era más que una etapa anterior al Evangelio; y que el Cristianismo se extendería por todo el mundo. La carrera de Esteban sería corta; pero él fue el primero que comprendió que el Cristianismo no era exclusivamente para los judíos, sino para todo el mundo.

LA DEFENSA DE ESTEBAN

Cuando Oliver Cromwell estaba programando la educación de su hijo Richard, dijo: «Me gustaría que supiera un poco de historia.» Y fue a la lección de la Historia a la que Esteban apeló. Viendo claro que la mejor defensa es el ataque, hizo una panorámica a vista de pájaro de la Historia del pueblo judío, y citó algunas verdades que condenaban a su nación:

(i) Vio que los hombres que habían representado un papel verdaderamente grande en la historia de Israel habían sido los que habían obedecido el mandamiento de Dios: «¡Sal de donde estás!» Con ese espíritu aventurero contrastaba Esteban implícitamente el espíritu de los judíos de su tiempo, cuyo único deseo era dejar las cosas como estaban y considerar a Jesús y a sus seguidores como innovadores peligrosos.

(ii) Insistió en que la gente había dado culto a Dios mucho

antes de que existiera el Templo, que los judíos consideraban el lugar más sagrado. La insistencia de Esteban en que Dios no habita en templos de fabricación humana era algo que no les gustaba.

(iii) Esteban insistió en que, cuando los judíos crucificaron a Jesús estaban simplemente colocando la clave a la política que siempre habían seguido; porque a lo largo de su historia habían perseguido a los profetas y traicionado a los líderes que Dios les había suscitado.

Estas eran verdades difíciles de reconocer para los que se creían el pueblo escogido de Dios, y no nos sorprende que se enfurecieran cuando las oyeron. Prestemos atención a estos puntos al estudiar la defensa de Esteban.

EL HOMBRE QUE SALIÓ

Hechos 7:1-7

El sumo sacerdote se dirigió entonces a Esteban, preguntándole:

-¿Es cierto esto que se dice de ti?

-Hermanos y padres de Israel, escuchadme -empezó a decir Esteban-: El glorioso Dios se reveló a nuestro padre Abraham cuando estaba todavía en Mesopotamia, antes de que se fuera a vivir a Harán, y le dijo: < Deja tu tierra y a tu nación, y vete al país que Yo te indique.> Fue entonces cuando Abraham salió de la tierra de los caldeos y residió en Harán. Y después de la muerte de su padre, Dios le trasladó de allí al país en que vosotros vivís ahora; pero en aquel tiempo no le dio la propiedad ni aun de un pie cuadrado, sino solamente le prometió que les daría en propiedad toda esta tierra a él y a sus descendientes -¿cuando él ni siquiera tenía un hijo entonces! Dios le dijo que sus descendientes serían forasteros en el extranjero, y que

los maltratarían como esclavos en una tierra extraña cuatrocientos años. «Pero -le dijo Dios- mi juicio vendrá sobre esa nación que los tendrá esclavizados, y seguidamente saldrán de ella para servirme y darme culto en este lugar.»

Como ya hemos visto, el método de defensa de Esteban era hacer una panorámica de la historia de Israel. Pero no como una mera sucesión de hechos; sino que, para él, los personajes y los acontecimientos representaban algo. Empezó con Abraham porque, en el sentido más literal, fue con él con quien empezó la historia de Israel. Esteban ve tres cosas en Abraham:

(i) *Abraham fue un hombre que respondió a la llamada de Dios.* Como diría el autor de la Carta a los Hebreos, Abraham salió de su tierra sin saber adónde iba (*Hebreos 11:8*). Tenía espíritu aventurero. Leslie Newbigin, de la Iglesia de la India del Sur, nos dice que las conversaciones para llegar a la unión que dio origen a dicha iglesia se interrumpían a menudo porque algunos de los participantes querían saber adónde conduciría cada paso; hasta que, al fin, alguien tuvo que decirles a aquellas almas precavidas: «Un cristiano no tiene derecho a saber adónde va.» Para Esteban, un hombre de Dios es el que obedece las órdenes de Dios aunque no tenga idea de cuáles serán las consecuencias.

(ii) *Abraham era un hombre de fe.* No sabía adónde iba; pero creía que, bajo la dirección de Dios, lo mejor estaba todavía por venir. Aun cuando todavía no tenía hijos y, humanamente hablando, parecía imposible que los tuviera, creyó que sus descendientes heredarían algún día la tierra que Dios les había prometido.

(iii) *Abraham era un hombre de esperanza.* Hasta el final de sus días nunca vio que la promesa se cumpliera plenamente, pero tampoco dudó de que se cumpliría.

Así presentó Esteban a los judíos el retrato de una vida aventurera, dispuesta a responder a la llamada de Dios, en contraste con la actitud de los judíos de aferrarse al pasado.

EN EGIPTO

Hechos 7:8-16

-Y Dios hizo un pacto con Abraham del que la circuncisión es la señal -siguió diciendo Esteban-. Así que Abraham, cuando tuvo a su hijo Isaac, le circuncidó a los ocho días de nacer; e Isaac fue padre de Jacob, y Jacob de los doce Patriarcas. Los Patriarcas tuvieron celos de José, y le vendieron como esclavo para que se le llevaran a Egipto; pero Dios estaba con él, y le redimió de todas sus angustias. Dios le permitió que se ganara con su sabiduría el aprecio del Faraón, es decir, del rey de Egipto, que le hizo gobernador de todo el país y le encargó de todos sus asuntos particulares. En aquel tiempo se produjo una hambruna terrible en todo Egipto y Canaán. Las cosas estaban muy mal, y nuestros patriarcas no tenían manera de encontrar alimentos. Cuando Jacob se enteró de que era posible comprar cereales en Egipto, mandó a nuestros patriarcas en una primera expedición. En la segunda, José les dijo a sus hermanos quién era, y Faraón se enteró de la procedencia de José. Éste envió a llamar a su padre Jacob con toda su parentela, unas setenta y cinco personas, que salieron de donde estaban y se fueron a Egipto. Así fue cómo descendió Jacob a Egipto, donde murió, y lo mismo nuestros patriarcas, cuyos cuerpos fueron trasladados a Siquem y enterrados en la tumba que había comprado Abraham por dinero a la familia de Hamor de Siquem.

A la semblanza de Abraham sigue la de José. La clave de la vida de José se encuentra en sus palabras a sus hermanos, que se encuentran en *Génesis 50:20*. En aquel momento sus hermanos se temían que, después de la muerte de Jacob, José se vengaría de ellos por lo que habían hecho con él, pero la

respuesta de José fue: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien.» José fue un hombre para quien lo que parecía un desastre se convirtió en una victoria. Vendido en Egipto como esclavo, metido injustamente en la cárcel, olvidado por el hombre al que había ayudado... al fin llegó a ser el primer ministro de Egipto. Esteban resume las cualidades de José en dos palabras: *gracia* y *sabiduría*.

(i) *Gracia* es una palabra preciosa. En un principio quiere decir simplemente *agradable* por su aspecto o cualidades, lo que indicamos con la palabra *encanto*. José poseía esa cualidad que es característica de todo hombre realmente bueno. Habría sido normal que se convirtiera en un tipo amargado; pero cumplió cada día con su deber como se le presentaba, sirviendo con la misma lealtad como esclavo o como primer ministro.

(ii) La palabra *sabiduría* es todavía más difícil de definir. Quiere decir mucho más que inteligencia. La vida de José nos da la clave para su sentido: en esencia, la sabiduría consiste en ver las cosas como Dios las ve.

Una vez más nos encontramos con el contraste. Los judíos estaban perdidos en la contemplación de su pasado, y prisioneros en el laberinto de su ley; pero José recibía con agrado cualquier tarea nueva, aunque fuera de rebote, y adoptaba el punto de vista de Dios en la vida.

EL QUE NUNCA OLVIDÓ A SUS COMPATRIOTAS

Hechos 7:17-36

Cuando estaba llegando el momento del cumplimiento de la promesa que Dios le había hecho a Abraham, los israelitas se iban multiplicando en Egipto; y así siguió la cosa hasta que ocupó el trono otro rey de Egipto que ni conocía la historia de José. Ese rey se puso a perseguir veladamente a nuestro pueblo. Obligó a nuestros antepasados a exponer a sus hijos para que

no pudieran seguir viviendo y crecer. Por aquel tiempo fue cuando nació Moisés, que era un bebé de una belleza realmente extraordinaria. Tres meses le tuvieron escondido sus padres en su casa; y, cuando tuvieron que abandonarle, la hija del Faraón le adoptó y le crió como si fuera su hijo. Moisés recibió educación acerca de toda la sabiduría de los egipcios, y llegó a ser un hombre extraordinario, tanto en palabras como en obras. Cuando tenía cuarenta años sintió deseos de visitar a sus compatriotas israelitas. Intervino para ayudara uno de ellos al que estaba maltratando injustamente un egipcio; se puso de parte del maltratado, y golpeó al egipcio. Creyó que sus compatriotas comprenderían que Dios iba a usarle para rescatarlos; pero ellos no se habían enterado. Al día siguiente vio que se estaban peleando dos israelitas, y trató de apaciguarlos, diciéndoles: «¡Hombres, que sois compatriotas! ¿Qué vais a sacar peleándoos entre vosotros?» Pero el que estaba maltratando al otro le dio un empujón a Moisés y le dijo: «¿Quién te ha puesto a ti de jefe o de juez sobre nosotros? ¿Es que quieres matarme a mí también como mataste ayer al egipcio?» Cuando oyó aquello Moisés tuvo que huir, y se exilió al país de Madián, donde tuvo dos hijos. Cuando pasaron otros cuarenta años, estaba en el desierto del monte Sinaí y se le apareció un ángel en una llama de fuego de una zarza. Cuando Moisés vio aquello, le extrañó mucho; y, al dirigirse al lugar para verlo más de cerca, oyó a Dios que le decía: «Yo soy el Dios de tus padres Abraham, Isaac y Jacob. » Moisés estaba temblando de miedo y no se atrevía ni a mirar. Entonces le dijo el Señor: « ¡Quítate el calzado de los pies, porque estás en terreno santo! He visto cómo están maltratando a mi pueblo en Egipto y he oído sus gemidos, y he bajado a redimirlos. Prepárate, porque te voy a mandar a Egipto. » Fue éste el mismo Moisés al que habían rechazado cuando le dijeron: «¿Quién te

ha puesto a ti de jefe o de juez?» A él fue al que mandó Dios como guía y libertador por conducto del ángel que se le apareció en la zarza ardiendo. Fue él mismo el que los condujo a la libertad después de dar pruebas maravillosas del poder de Dios en acción en tierra de Egipto, y en el mar Rojo, y cuarenta años en el desierto.

El siguiente personaje que Esteban llama a escena es Moisés. Para los judíos, Moisés era supremamente el hombre que respondió al mandamiento de Dios de salir de donde estaba. Fue literalmente uno que renunció a un reino para obedecer a la llamada de Dios a convertirse en el guía de su pueblo. En la Biblia encontramos poco acerca de los primeros años de la vida de Moisés; pero los historiadores judíos tenían mucho más que contar. Según Josefo, Moisés era un niño tan hermoso que, cuando la niñera le llevaba de paseo en brazos, la gente se paraba a mirarle. Era tan inteligente que sobrepasaba a todos los otros en rapidez y capacidad de estudio. Un día, la hija de Faraón se lo llevó a su padre y le pidió que le nombrara su sucesor en el trono de Egipto, y Faraón accedió. Entonces -continúa el relato- Faraón se quitó la corona y se la puso a Moisés en la cabeza en broma; pero el niño se la quitó y la tiró al suelo. Uno de los sabios egipcios que estaba cerca dijo que ese gesto era señal de que, si no mataba a ese niño en seguida, estaba destinado a traer desastre a la corona de Egipto. Pero la hija de Faraón tomó a Moisés en sus brazos y convenció a su padre de que no hiciera caso de la advertencia. Cuando Moisés se hizo mayor llegó a ser el más famoso de los generales egipcios y llevó a cabo una campaña victoriosa en la lejana Etiopía, donde se casó con la princesa de aquel país.

En vista de todo eso podemos comprender a lo que renunció Moisés: nada menos que todo un reino, para guiar a su pueblo a la libertad en el desierto en una gran aventura con Dios. Así que, una vez más, Esteban está presentando la misma lección: El gran hombre no es el que, como aquellos judíos, está sujeto por el pasado y celoso de sus privilegios, sino el que está

dispuesto a dejar las comodidades y la vida fácil para responder a la llamada de Dios. Moisés y el patriarca José fueron rechazados por sus hermanos; pero Dios se valió de ellos para salvar a todo el pueblo. En esto fueron ejemplos de la salvación que Dios había de realizar por medio de Jesucristo, el gran Rechazado.

UN PUEBLO DESOBEDIENTE

Hechos 7:37-53

-Fue este mismo Moisés el que dijo a los israelitas: «Dios suscitará un profeta de entre vuestros compatriotas como hizo conmigo» -siguió diciendo Esteban-. Fue él el que, cuando el pueblo se reunió en el desierto, actuó como mediador entre el ángel que habló con él en el monte Sinaí y nuestros antepasados. Él recibió palabras vivas para darnos, pero nuestros antepasados se negaron a obedecerle. Todo lo contrario: le rechazaron, y por ellos se habrían vuelto a Egipto. Ellos fueron los que le dijeron a Aarón: «Haznos dioses que nos guíen en nuestros viajes; porque ese Moisés que nos sacó del país de Egipto no sabemos lo que ha sido de él.» Entonces se hicieron un becerro, y le ofrecieron sacrificio como a un ídolo, y armaron un gran jolgorio para celebrar lo que habían hecho con sus propias manos. Por eso Dios les volvió la espalda, y los dejó que dieran culto al ejército del cielo, como está escrito en el Libro de los Profetas:

« ¿Es que me presentasteis sacrificios y ofrendas aquellos cuarenta años del desierto, casa de Israel? ¿No eran el altar portátil de Moloc y la estrella del dios Renfán las imágenes que os hicisteis para adorarlas? Así es que os desterraré más allá de Babilonia.»

Nuestros antepasados tuvieron en el desierto el Tabernáculo del Testimonio, que se construyó como mandó a Moisés el que hablaba con él, siguiendo el modelo que Moisés había visto. Ese fue el Tabernáculo del Testimonio que trajeron nuestros antepasados con Josué cuando tomaron posesión de los territorios de las naciones que Dios fue arrojando delante de ellos; y se lo fueron transmitiendo de generación en generación hasta el tiempo de David. David fue agradable a Dios, y le pidió que le permitiera proveer una morada para el Dios de Jacob; pero fue Salomón el que edificó el Templo, aunque es cierto que el Dios altísimo no habita en edificios hechos por los humanos, como dice el profeta:

<c-Los cielos son mi trono, y la Tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué clase de casa me vais a construir -dice el Señor-, o cuál será el lugar en que Yo pueda descansar? ¿Es que no ha sido mi mano la que lo ha hecho todo?>

¡Qué testarudos sois, con corazones y oídos nada más limpios y obedientes que los paganos! No hacéis más que oponer resistencia al Espíritu Santo. Hacéis lo mismo que hicieron vuestros antepasados. ¿Es que hubo algún profeta al que no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo; y ahora vosotros le habéis traicionado y asesinado... ¡Sí, vosotros, que sois el pueblo que recibió la Ley por conducto de los ángeles, pero que no la obedecéis!

La defensa de Esteban se va acelerando. Todo el tiempo no ha hecho más que condenar por implicación la actitud de los judíos; pero ahora hace más explícita esa condenación. En la parte final de su defensa, Esteban entreteje varios hilos de pensamiento:

(i) Insiste en la desobediencia continua del pueblo de Israel. En los días de Moisés se rebelaron haciendo el becerro de oro. En el tiempo del profeta Amós se volvían con el corazón a Moloc y a los ídolos de las estrellas. La cita del Libro de los Profetas está tomada del de Amós 5:27, pero Esteban no cita del texto hebreo, sino de la traducción griega.

(ii) Insiste en los magníficos privilegios que ha tenido el pueblo de Israel. Tuvieron la sucesión de los profetas; el Tabernáculo del Testimonio, así llamado porque en él se guardaban las tablas de la Ley, y la misma Ley, que recibieron por medio de ángeles. Esteban menciona varias veces a los ángeles, que no aparecen en el relato bíblico pero la exégesis rabínica había introducido como mediadores entre el Dios trascendente y los hombres. Estas dos cosas se han de poner juntas: la desobediencia continua y el privilegio continuo. Cuantos más privilegios se tengan, mayor condenación se merece por la desobediencia. Esteban insiste en que la condenación de los judíos es total; porque, a pesar de haber tenido todas las oportunidades para conocer la verdad, sin embargo se rebelaron continuamente contra Dios.

(iii) Insiste en que habían limitado culpablemente a Dios. El Templo, que podría haber sido su mayor bendición, se convirtió en realidad en una maldición; porque llegaron a adorar el Templo en lugar de adorar a Dios. Habían acabado por tener un dios judío que vivía en Jerusalén, en lugar del Dios de toda la humanidad que está presente en todo el universo.

(iv) Insiste en que el pueblo de Israel siempre ha perseguido a los profetas; y, más horrible todavía: ha asesinado al Hijo de Dios. Y Esteban no cita como atenuante la ignorancia, como había hecho Pedro. No fue la ignorancia, sino la desobediencia rebelde lo que les hizo cometer aquel crimen. Hay ira en las palabras finales de Esteban, pero hay también dolor; la ira que ve a un pueblo cometer el más horrendo de los crímenes, y el dolor de ver a un pueblo que ha rechazado el destino que Dios le ofrecía.

EL PRIMERO DE LOS MÁRTIRES

Hechos 7:54-8:1

Al escuchar el discurso de Esteban se fueron enfureciendo contra él de tal manera los miembros del Sanedrín que hasta les rechinaban los dientes. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, levantó la vista al Cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo:

-¡Veo cómo se abren los cielos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios!

A eso se pusieron a chillar para no oír lo que decía Esteban, y se lanzaron contra él todos a una. Inmediatamente le sacaron de la ciudad a empellones, y le apedrearon. Los que hacían de testigos del caso dejaron la ropa a cargo de un joven que se llamaba Saulo. Esteban, mientras le estaban apedreando, oraba:

-¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!

Entonces se arrodilló, y dijo en voz alta, que todos pudieron oír:

-¡Señor, no les tengas en cuenta este pecado!

Y, cuando dijo aquello, durmió el sueño de la muerte.

A todo esto, Saulo estaba completamente de acuerdo con la ejecución de Esteban.

La defensa de Esteban no podía conducir más que a un final. Desafió a la muerte, y la muerte vino. Pero él no vio los rostros contorsionados por el odio. Su mirada había trascendido el espacio y el tiempo, y contemplaba a Jesús a la diestra de Dios. Cuando dijo lo que estaba viendo, se lo tomaron como la peor blasfemia; y el castigo del blasfemo era morir apedreado (*Deuteronomio 13:6ss*). Tenemos que darnos cuenta de que aquello no fue un juicio. Y la ejecución, si acaso, fue un linchamiento; porque el Sanedrín no podía dictar sentencia de muerte.

Para apedrear a un criminal, se le llevaba a un promontorio,

desde el que se le despeñaba. Esto era algo que tenían que hacer los testigos. Si moría como resultado de la caída, con eso bastaba; si no, le arrojaban grandes pedruscos hasta que moría.

En esta escena encontramos varias cosas notables acerca de Esteban: (i) Vemos el secreto de su valor. Al otro lado de todo lo que le pudieran hacer los hombres vio que le estaba esperando la bienvenida de su Señor. (ii) Vemos a Esteban seguir el ejemplo de su Señor. Como Jesús había pedido a Dios que perdonara a sus verdugos (*Lucas 23:34*), lo mismo hizo Esteban. Cuando ejecutaron al reformador escocés George Wishart -el maestro de John Knox-, como vacilara el verdugo, Wishart se le acercó, le besó y le dijo: < Acepta esto como prueba de que te perdono. > Los que siguen a Cristo siempre encontrarán la fuerza para hacer lo que es humanamente imposible. (iii) Aquel tumulto terminó en una completa paz. Para Esteban llegó la paz que recibe el que ha actuado conforme a su conciencia, aunque por ello reciba aquí la muerte.

La primera parte del versículo 1 del capítulo 8 pertenece a esta sección. Saulo ha entrado en escena. El que había de ser el Apóstol de los Gentiles estaba totalmente de acuerdo con la ejecución de Esteban. Pero, como comenta Agustín: «La Iglesia le debe Pablo a la oración de Esteban.» Por mucho que lo intentara, Saulo no pudo olvidar cómo había muerto Esteban. La sangre de los mártires ya empezaba, desde aquella hora tan temprana, a ser semilla de la Iglesia.

LA IGLESIA SE EXTIENDE

El capítulo 8 es muy importante en la historia de la Iglesia. La Iglesia había empezado a existir como una institución exclusivamente judía. En el capítulo 6 vimos que empezaron a producirse las primeras murmuraciones acerca de lo que habría de ser el gran debate sobre la aceptación de los gentiles. Esteban tenía una visión que trascendía con mucho las limitaciones nacionales. El capítulo 8 nos presenta la expansión de la Igle-

sia. La persecución diseminó a la Iglesia más allá de las fronteras de Palestina, y los cristianos llevaron el Evangelio dondequiera que fueron. En primer lugar, Felipe -que era uno de los Siete, como Esteban, y que no debe confundirse con el apóstol Felipe, que era uno de los Doce- anunció el Evangelio a los samaritanos, que formaban como un puente natural entre los judíos y los gentiles, porque eran una mezcla de ambas razas. Luego nos encontramos con el incidente de la conversión del eunuco etíope, con quien el Evangelio penetra en un círculo aún más amplio. Todavía la Iglesia no había asumido su misión universal; pero, cuando leemos este capítulo a la luz de lo que sabemos que ocurrió después, vemos a la Iglesia inconsciente pero irresistiblemente extendiéndose para cumplir su vocación de llevar el Evangelio hasta lo último de la Tierra.

ESTRAGOS EN LA IGLESIA

Hechos 8:1-4

Por aquel tiempo se produjo un brote de violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén, y todos menos los apóstoles se esparcieron por las tierras de Judea y de Samaria. Unos hombres piadosos llevaron a enterrar el cuerpo de Esteban, y le rindieron el tributo póstumo del duelo.

Saulo inició un ataque despiadado contra la Iglesia. Iba de casa en casa sacando a la fuerza tanto a hombres como a mujeres para meterlos en la cárcel.

Los que se dispersaron fueron anunciando la Buena Noticia por todo el país.

La muerte de Esteban fue la señal para que estallara una persecución que obligó a los cristianos a esparcirse para buscar una cierta seguridad en distritos más remotos del país. En este pasaje encontramos dos detalles especialmente interesantes.

(i) Los apóstoles se mantuvieron en su sitio. Otros habrían huido, pero ellos arrostraron los peligros que pudieran presentárseles. Y esto por dos razones. (a) Eran hombres de valor. Conrad nos cuenta que, cuando era un joven marino y estaba aprendiendo a pilotar un barco de vela, se le presentó una terrible tempestad. El hombre mayor que le estaba enseñando le dio un sencillo consejo: «Ponle siempre la proa al viento, siempre la proa.» Los apóstoles estaban decididos a presentarle la proa a todos los peligros que acecharan. (b) Eran hombres buenos. Los mirarían como fuera por ser cristianos, pero tenían algo que inspiraba respeto. Se dice que una vez se le hizo una acusación maliciosa a Platón, y su única respuesta fue: «Viviré de tal manera que todos podrán comprobar que eso es una mentira.» La belleza y el poder de las vidas de los apóstoles eran tan impresionantes que hasta en medio de la persecución se temía ponerles la mano encima.

(ii) Saulo, dice la versión Reina-Valera, «asolaba la Iglesia.» La palabra que se usa en el original denota una crueldad brutal. Se usa acerca de un jabalí salvaje que destroza una viña, y de una fiera que descuartiza un cuerpo. El contraste entre el hombre que estaba asolando la Iglesia en este capítulo y el que en el siguiente se rindió a Cristo es intensamente dramático.

EN SAMARIA

Hechos 8:4-13

Los que se dispersaron fueron anunciando la Buena Noticia por todo el país. Felipe bajó a un pueblo de Samaria, y les anunció al Mesías. La gente prestaba atención ansiosamente como un solo hombre a lo que les decía Felipe, escuchando sus palabras y viendo las manifestaciones del poder de Dios que realizaba; porque los espíritus inmundos salían dando chillidos de muchos a los que habían tenido dominados, y muchos

que estaban paralíticos o cojos se curaban. Había una alegría extraordinaria en aquella población.

También estaba allí uno que se llamaba Simón, que tenía alucinados a todos los de Samaria con sus trucos de magia antes de que Felipe viniera, y pretendía ser una persona importante. La gente de todas las edades y clases sociales le tomaba muy en serio, y decía de él: «Este hombre es el mismísimo poder de Dios que se puede llamar Grande.»^a Y le hacían mucho caso, porque hacía mucho tiempo que los tenía embaucados con su magia.

Tanto hombres como mujeres se bautizaban cuando tomaban la decisión de creer la Buena Noticia que les daba Felipe acerca del Reino de Dios y del Señor Jesucristo. El mismo Simón hizo su decisión de creer y, después de bautizarse, estaba siempre con Felipe, y se maravillaba de ver las cosas que sucedían, que eran señales inequívocas del poder de Dios en acción.

Cuando los cristianos se diseminaron, Felipe, que había sido elegido como uno de los Siete, llegó a Samaria y se puso a predicar el Evangelio. Este acontecimiento es especialmente sorprendente porque era un hecho que los judíos no se trataban con los samaritanos (*Juan 4:9*).

La desavenencia entre los judíos y los samaritanos era una antigua cuestión histórica. En el siglo VIII a.C., los asirios conquistaron el Reino del Norte, cuya capital era Samaria. Siguiendo la costumbre que ellos mismos habían implantado, deportaron a la mayor parte de la población e importaron allí a otros de otras naciones. En el siglo VI a.C., los babilonios conquistaron el Reino del Sur, cuya capital era Jerusalén, y deportaron a la mayor parte de sus habitantes a Babilonia; éstos se propusieron no perder su identidad, y siguieron siendo judíos a machamartillo. En el siglo V a.C. se les permitió volver con Esdras y Nehemías, y reconstruir su capital arruinada. Mientras tanto, los del Reino del Norte que se habían quedado

en Palestina se habían mezclado con los extranjeros que los asirios habían traído de otros lugares y razas. Cuando los del Sur volvieron y se pusieron a reconstruir Jerusalén, los de Samaria les ofrecieron ayuda; pero aquellos la rechazaron despectivamente, considerando que los samaritanos no eran ya israelitas puros. Desde aquel momento siempre ha existido una rotura y aun un odio implacable entre judíos y samaritanos.

El hecho de que Felipe predicara el Evangelio de Jesucristo en Samaria es una prueba de que la Iglesia estaba dando uno de los pasos más importantes de su historia, tal vez inconscientemente, y descubriendo que Jesús es el Salvador de todo el mundo. Sabemos muy poco de Felipe; pero él fue uno de los artífices de la Iglesia Cristiana.

Debemos fijarnos en lo que el Cristianismo aportó a aquella gente: (i) Le trajo la historia de Jesús, el mensaje del amor de Dios revelado en Jesucristo. (ii) Les trajo sanidad. El Cristianismo no ha sido nunca algo exclusivamente de palabras. (iii) Les trajo, como una consecuencia natural, una alegría que los samaritanos no habían experimentado nunca antes. Es un cristianismo descafeinado el que produce una atmósfera lúgubre; el Evangelio irradia alegría.

LO QUE NO SE PUEDE COMPRAR NI VENDER

Hechos 8:14-25

Cuando los apóstoles oyeron en Jerusalén que Samaria había recibido el Evangelio, comisionaron a Pedro y a Juan para que fueran a ver. Y Pedro y Juan, cuando llegaron, oraron para que los samaritanos convertidos recibieran el Espíritu Santo, porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino solamente se habían bautizado en el Nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan les impusieron las manos, y los convertidos recibieron el Espíritu Santo.

Cuando Simón vio que el Espíritu Santo se impartía mediante la imposición de manos de los apóstoles, les ofreció dinero y les dijo:

-Dadme a mí también este don de hacer que reciban el Espíritu Santo cuando yo imponga las manos.

-¡Tú piérdete con tu dinero, por pensar que puedes comprar lo que Dios otorga gratuitamente! Tú no tienes arte ni parte aquí, porque tu corazón no es como es debido con Dios. ¡Arrepiéntete de tu maldad, y pídele a Dios que te perdone, si es posible, el que se te ocurriera tal cosa! Veo que tienes el corazón más amargo que la hiel y más negro que una mazmorra.

-Pedid vosotros por mí al Señor -dijo Simón-, para que no me suceda nada de lo que habéis dicho.

Pedro y Juan, después de comunicarles a los samaritanos el mensaje del Señor y demostrarles su verdad con pruebas irrefutables, se volvieron para Jerusalén predicando el Evangelio en muchos otros pueblos samaritanos.

Simón no era un tipo tan raro en el mundo antiguo. Había muchos astrólogos, adivinos y magos, y en una época tan crédula ejercían una gran influencia y se ganaban la vida cómodamente. No hay nada de sorprendente en esta historia, cuando aun en nuestros tiempos no se han acabado los adivinos y los astrólogos, como se puede ver en muchas revistas populares. No hay que pensar que Simón y sus congéneres eran timadores profesionales. Muchos de ellos se habían engañado a sí mismos y creían en sus poderes antes de engañar a otros.

Para entender lo que pretendía Simón tenemos que comprender algo del ambiente y de la práctica de la Iglesia Primitiva. La venida del Espíritu Santo sobre una persona se relacionaba con ciertos fenómenos visibles y audibles, sobre todo con el don de lenguas (véase *Hechos 10:44-46*). En el judaísmo, la práctica de la imposición de manos era bastante corrien-

te, y con ella se creía que se transferían ciertas cualidades de una persona a otra. No tenemos que pensar que esto representara un punto de vista materialista de la comunicación del Espíritu Santo; más bien se pone el acento en el carácter del que impone las manos. Los apóstoles eran respetados hasta tal punto que el mero hecho de sentir el contacto de sus manos era una profunda experiencia espiritual. Si se me permite hacer referencia a una experiencia personal, yo recuerdo que me llevaron a ver a un hombre que había sido uno de los grandes hombres de Dios de la Iglesia. Yo era muy joven, y él muy anciano. Me dejaron a solas con él un momento, y en ese instante puso sus manos sobre mi cabeza y me bendijo. De esto hace más de cincuenta años, pero todavía puedo sentir la profunda impresión de aquel momento. Algo así era la imposición de manos en la Iglesia Primitiva.

A Simón le impresionaban los efectos visibles de la imposición de manos, e intentó comprar la capacidad para hacer lo que hacían los apóstoles. Del nombre de Simón nos ha quedado la palabra *simonía*, que quiere decir la compra y venta indigna de dignidades eclesiásticas. Simón tenía dos faltas:

(i) No estaba tan interesado en que la gente recibiera el Espíritu Santo como en el poder y prestigio que eso le reportaría a él. Esta exaltación del ego es un peligro que acecha especialmente al pastor y al predicador. Es verdad que deben irradiar luz; pero también lo es -como decía James Denney- que no se puede demostrar que uno es maravilloso y que Cristo es poderoso para salvar.

(ii) Simón olvidó, o no sabía, que ciertos dones dependen del carácter. No se compran con dinero. También aquí deben tener cuidado los predicadores y los pastores. «La predicación es la comunicación de la verdad por medio de la personalidad.» Para comunicar a otros el Espíritu hay que ser, no un hombre rico, sino un hombre controlado por el Espíritu.

CRISTO VIENE A UN ETÍOPE

Hechos 8:26-40

Un ángel del Señor le dijo a Felipe:

Anda, ponte en camino hacia el Sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza.

Es este un camino que va por despoblados. Felipe hizo como se le indicó. Y pasaba por allí un etíope eunuco, ministro de hacienda de Candace, que es la reina de los etíopes; este eunuco había venido a dar culto a Dios en Jerusalén, y ahora volvía para su tierra. Iba sentado en el carruaje, leyendo al profeta Isaías; y el Espíritu le dijo a Felipe:

Acércate hasta ponerte al lado de ese carruaje.

Felipe se le acercó corriendo, y le oyó leer en voz alta al profeta Isaías.

-¿Entiendes lo que estás leyendo? -le preguntó.

-¿Y cómo lo voy a entender si no tengo quien me lo explique? -contestó el etíope, mientras invitaba a Felipe a subirse al coche y sentarse con él. El pasaje de la Escritura que iba leyendo era:

*< Le llevaron a la matanza como a una oveja,
y como un cordero, mudo cuando lo llevan a esquilarse,
no abrió la boca para quejarse.
Le humillaron, y no le hicieron justicia.
¿Quién podrá contar su descendencia
ahora que han desarraigado su vida de la tierra? >*

-Por favor, dime de quién dice esto el profeta, si de sí mismo o de algún otro -le preguntó el etíope a Felipe. Y éste se puso a contarle, a partir de este pasaje de la Escritura, la Buena Nueva de Jesús.

Mientras iban de camino llegaron a un lugar donde había agua; y el eunuco le dijo a Felipe:

Aquí hay agua. ¿Por qué no me bautizas?

-Si crees de todo corazón, no hay inconveniente -le contestó Felipe.

-¡Creo que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios! -respondió el etíope.

Entonces mandó detener el carruaje, y bajaron los dos al agua, y Felipe le bautizó.

Y cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor se llevó a Felipe, y el etíope no volvió a verle, pero prosiguió su camino rebosando de alegría.

Felipe llegó después a Azoto, y fue por todas las ciudades de por allí proclamando la Buena Noticia hasta que llegó a Cesarea.

Había una carretera desde Jerusalén que pasaba por Belén y Hebrón y se unía a la carretera principal de Egipto un poco al Sur de Gaza. Había dos ciudades de este nombre. Una Gaza había sido destruida en la guerra en el año 93 a.C., y una nueva Gaza se había edificado más al Sur en el año 57 a.C. La primera se llamaba la Gaza vieja o desierta para distinguirla de la segunda. Esta carretera que pasaba cerca de Gaza debe de haber sido una por la que iba la mitad del tráfico de todo el mundo.

Por esta carretera iba el eunuco etíope en su carruaje. Era el ministro de hacienda de Etiopía. Candace no era un nombre propio, sino el título de las reinas de Etiopía, como Faraón el de los reyes de Egipto. Este eunuco había ido a Jerusalén a dar culto a Dios. En aquellos días había muchas personas que estaban cansadas e insatisfechas de la idolatría y la consiguiente inmoralidad de las naciones. En el judaísmo encontraban la fe en un Dios único y una moralidad austera que le daba sentido a la vida. Si se convertían al judaísmo y se circuncidaban, se los llamaba *prosélitos*; si no llegaban a ese punto, pero asistían regularmente a la sinagoga y leían las Escrituras, se los llamaba *temerosos de Dios*. Este etíope debe de haber sido uno de esos buscadores, ya fuera prosélito o temeroso de Dios. Iba

leyendo el capítulo 53 de *Isaías*; y, partiendo de ahí, Felipe le presentó a Jesús.

Cuando se convirtió, fue bautizado. Los gentiles entraban a formar parte del pueblo de Israel mediante la circuncisión y el bautismo. Cuando se habla del bautismo en el Nuevo Testamento se refiere al bautismo de creyentes. El bautismo era, cuando se podía, por inmersión y en agua corriente, y simbolizaba tres cosas: (i) Limpieza. Como se lava el cuerpo con agua, así se bañaba el alma en la gracia de Cristo. (ii) Representaba un cambio radical. Se cuenta de un misionero que, al bautizar a los convertidos, los hacía entrar en el río por una orilla y salir por la otra, como para indicar que el bautismo era la línea divisoria entre su vida pasada y la nueva. (iii) El bautismo era una unión real con Cristo. Al cerrarse las aguas sobre su cabeza, el convertido consideraba que había muerto y había sido sepultado con Cristo; y, al salir del agua, resucitaba con Cristo a una nueva vida (*Romanos 6:1-4*).

Según la tradición, este eunuco evangelizó Etiopía a su vuelta. Por lo menos, podemos estar seguros de que el que regresó a su tierra rebosando de alegría no podría guardársela para él solo.

RENDICIÓN

Hechos 9:1-9

Saulo, resoplando aún amenazas asesinas contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote para solicitar plenos poderes para ir a las sinagogas de Damasco con el fin de traerse detenidos a Jerusalén a todos los de «este Camino» que pudiera encontrar, fueran hombres o mujeres.

Iba ya aproximándose a las afueras de Damasco, cuando, de pronto, le rodeó un resplandor de luz celestial. Saulo se tiró al suelo, y oyó una voz que le decía:

-¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

-¿Quién eres tú, Señor? -le preguntó Saulo. Y el que hablaba le contestó:

-Yo soy el Jesús al que tú estás persiguiendo. Pero levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que has de hacer.

Sus compañeros de viaje se quedaron alucinados; porque oyeron la voz, pero no vieron a nadie. Saulo se levantó del suelo; pero, cuando abrió los ojos, no podía ver nada. Los otros le tomaron de la mano y le llevaron así a Damasco. Tres días estuvo ciego, y no comió ni bebió nada.

En este pasaje tenemos el relato de la conversión más famosa de todos los tiempos. Debemos intentar, hasta donde nos sea posible, entrar en la mente de Saulo. Al hacerlo, veremos que no se trata de una *conversión* repentina, sino de una *rendición* repentina. Algo de Esteban se le había grabado en la memoria de una manera indeleble. ¿Como era posible que un malvado muriera de esa manera? Para acallar su persistente duda, Saulo se entregó a la acción más violenta que pudo encontrar. Primero, persiguió a los cristianos de Jerusalén; pero esto ponía peor las cosas, porque una y otra vez tenía que preguntarse cuál era el secreto que tenían aquellas personas sencillas para arrostrar serenas e inintimidados el peligro y el sufrimiento. Así es que, antes que detenerse o retroceder, fue al Sanedrín.

Los poderes del Sanedrín se reconocían dondequiera que había judíos. Saulo había oído que algunos cristianos habían huido a Damasco, y pidió poderes para ir allá a que los extraditaran y se los entregaran. Pero el viaje puso las cosas todavía peor. Eran más de 200 kilómetros, que tendría que hacer posiblemente a pie -aunque muchas veces se ha dicho y se ha pintado que Saulo se cayó del caballo- y que le ocuparían toda una semana. Los únicos acompañantes que llevaba Saulo eran funcionarios del Sanedrín, una especie de policías; pero, como

Saulo era fariseo, no podía tener ningún trato con ellos, así es que marcharía solo, e iría pensando, porque no tenía otra cosa que hacer.

La carretera pasaba por Galilea, y esto le hacía pensar aún más en Jesús. La tensión interior se le iba haciendo insoportable. Y así llegó a las afueras de Damasco, una de las ciudades más antiguas del mundo. Poco antes de llegar a la ciudad, la carretera escalaba el monte Hermón, desde el que se contemplaba Damasco, una hermosa ciudad blanca que se extendía por una llanura verde, «un manojo de perlas en una copa de esmeralda», como se la describía poéticamente. Esa región tenía un fenómeno característico: cuando el aire caliente de la llanura se encontraba con el aire frío de las montañas, se producían violentas tormentas eléctricas. Se ha sugerido que fue eso lo que pasó precisamente en aquel momento; pero lo más importante es que, desde una de aquellas tormentas o desde «otra», Cristo habló con Saulo. En ese momento acabó la batalla, y Saulo se rindió a Cristo.

El que entró en Damasco era un hombre cambiado. ¡Y hasta qué punto! El que había pensado llegar a Damasco como una furia vengativa, iba conducido de la mano, ciego y menesteroso.

Todo el Evangelio está en lo que el Cristo Resucitado le dijo a Saulo: «Entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que has de hacer.» Hasta ese momento, Saulo había estado haciendo lo que él quería, lo que él creía mejor, lo que su voluntad decidía. Desde ese momento, se le diría lo que había de hacer. El cristiano es alguien que ha dejado de hacer lo que quiere, y ha empezado a hacer lo que Cristo quiere que haga.

UNA BIENVENIDA CRISTIANA

Hechos 9:10-19

En Damasco había un cristiano que se llamaba Ananías, y el Señor le dijo en una visión:

-¡Ananías!

Aquí estoy, Señor -contestó él.

Anda -le dijo el Señor-, ve a la calle que se llama la Derecha, y pregunta en la casa de Judas por uno de Tarso que se llama Saulo. Este hombre está orando, y se de ha mostrado en visión a un cierto Ananías, que viene y le impone las manos para devolverle la vista.

-Pero, Señor... -le contestó Ananías-: Todo el mundo habla del daño que ha hecho este hombre a todo el pueblo de Dios de Jerusalén, y también me han dicho que ha venido aquí con poderes de los jefes de los sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu Nombre.

-Ve -le dijo el Señor-, porque Yo he escogido precisamente a este hombre para que sea mi instrumento para hablarles de Mí a los paganos, y a los reyes, y a los israelitas. Yo le mostraré todo lo que es menester que padezca por amor de Mí.

Ananías entonces salió de su casa, y fue a la otra, y le impuso las manos a Saulo diciéndole:

-¡Hermano Saulo! Vengo de parte del Señor -de Jesús, que se te apareció en el camino cuando venías para acá-, para que recuperes la vista y te llenes del Espíritu Santo.

E inmediatamente se le cayeron de los ojos unas cosas como escamas, y recobró la vista, se levantó y recibió el bautismo. Luego comió algo, y recuperó las fuerzas.

No cabe duda de que Ananías es uno de los héroes olvidados de la Iglesia Cristiana. Si es verdad que debemos Pablo a la

oración de Esteban, también lo es que se le debemos al comportamiento fraternal de Ananías.

Ananías recibió el mensaje del Señor de que fuera a ayudar a Saulo; tenía que ir a la calle que llamaban La Derecha. Era esta una calle importante que cruzaba Damasco de Este a Oeste. Estaba dividida a lo largo en tres partes: una central, por la que discurría el tráfico, y dos laterales para los que iban a pie, en las que los mercaderes ponían sus puestos y vendían sus mercancías. Cuando Ananías recibió aquel mensaje, le parecería sumamente extraño. Habría sido normal que se llegara a Saulo con toda clase de recelos, emprendiendo de mala gana una tarea desagradable; y podría haberse dirigido a él con recriminaciones. Pero, no; sus primeras palabras fueron: « ¡Hermano Saulo!»

¡Qué maravillosa bienvenida! Es uno de los más sublimes ejemplos de amor cristiano, del sentimiento que Cristo puede producir. Bryan Green nos cuenta que, después de una de sus campañas en América, pidió a los presentes en la última reunión que se pusieran en pie y dijeran en pocas palabras lo que les había ayudado. Una chica de color se puso en pie. No tenía costumbre de hablar en público, y no dijo más que unas frases: « En esta campaña he encontrado a Cristo, y El ha hecho que pudiera perdonar al que mató a mi padre.» ¡Hizo que pudiera perdonar! Esa es la esencia del Evangelio. En Cristo se encontraron Saulo y Ananías, dos hombres que habrían sido enemigos irreconciliables, pero que se reconocieron como hermanos.

DANDO TESTIMONIO DE CRISTO

Hechos 9:19-22

Pablo se quedó en Damasco con los cristianos algún tiempo, y desde el principio se puso a predicar a Jesús en las sinagogas. Su mensaje era: «¡Jesús es el Hijo de Dios!» Las audiencias le oían alucinadas. Y decían:

*-¿Pero no es éste el que hacía campañas despiadadas en Jerusalén contra todos los que mencionaban ese Nombre?
¿Yno es verdad que vino aquí para llevárselos presos y entregárselos a los jefes de los sacerdotes?*

Pero Saulo seguía predicando el Evangelio cada vez con más poder, y dejaba atónitos a los judíos que vivían en Damasco demostrándoles que Jesús es el Mesías.

Este es el relato que nos ha dejado Lucas de lo que le sucedió a Saulo después de su conversión. Si queremos tener una idea más completa de la cronología de este período, tenemos que leer también el relato del propio Pablo en su carta a *los Gálatas 1:15-24*. Comparando los dos pasajes llegamos a la conclusión de que la sucesión de los acontecimientos debe de haber sido así: (a) La conversión de Saulo en la carretera de Damasco. (b) Su predicación en Damasco. (c) Se retira a Arabia (*Gálatas 1:17*). (d) Vuelve a Damasco, y pasa tres años predicando allí (*Gálatas 1:18*). (e) Va a Jerusalén. (f) Huye de Jerusalén a Cesarea. (g) Vuelve a las regiones de Siria y Cilicia (*Gálatas 1:21*). Así es que vemos que Pablo empezó haciendo dos cosas:

(i) Se puso a dar testimonio en Damasco inmediatamente. Había allí muchos judíos, así es que habría también muchas sinagogas; y fue en ellas donde Pablo empezó a predicar a Cristo. Esa era una acción que requería mucho valor; porque Saulo había venido para ir a esas mismas sinagogas con poderes del Sanedrín y como representante de la religión oficial del pueblo de Israel. Le habría resultado mucho más fácil empezar a dar testimonio de Cristo donde no se le conociera de nada y donde su pasado no estuviera en contra suya. Pero Saulo decía: «Soy un hombre cambiado, y quiero que lo sepan los que mejor me conocen.» Ya estaba proclamando: « ¡No me avergüenzo del Evangelio de Cristo!» (*Romanos 1:16*).

(ii) La segunda cosa que hizo no nos la menciona Lucas: se fue a Arabia (*Gálatas 1:17*). Había experimentado un cambio radical, y tenía que estar a solas con Dios por algún tiempo.

Tenía una vida nueva por delante, y necesitaba dos cosas: (a) *Dirección* en un camino que era completamente nuevo para él, y (b) *Fuerza* para la tarea casi irrealizable que se le había confiado. Acudió a Dios en busca de ambas cosas.

ESCAPANDO POR LOS PELOS

Hechos 9:23-25

Después de un tiempo considerable, los judíos hicieron una conspiración para matar a Saulo, pero él se enteró. Estaban vigilando las puertas de la ciudad noche y día para matarle; pero sus discípulos le llevaron por la noche y le descolgaron por el muro metido en un serón.

Este es un ejemplo típico de lo que pueden implicar unas pocas palabras en el texto bíblico. Lucas dice que *después de un tiempo considerable* sucedió esto que nos cuenta. Ese tiempo al que se alude de pasada fue de no menos de tres años (*Gálatas 1:18*). Pablo pasó tres años trabajando y predicando en Damasco, y los judíos estaban tan decididos a matarle que hasta vigilaban las puertas de la ciudad para que no se les escapara. Pero las ciudades antiguas tenían murallas, a menudo tan anchas que se podía conducir un carruaje por su parte superior. En muchas había casas cuyas ventanas daban a la muralla. Probablemente fue por una de ellas por la que descolgaron a Pablo sus discípulos muro abajo metido en un serón al amparo de la noche, y así le sacaron de la ciudad de contrabando y le facilitaron la huida a Jerusalén. Este es sólo el principio de las aventuras de Pablo en el servicio de Cristo, pero ya aquí vemos que escapó por los pelos.

(i) Este episodio nos revela claramente el valor de Pablo. Debe de haber visto lo que se estaba preparando contra él en las sinagogas. Sabía lo que había sucedido con Esteban; y lo

que él mismo, Saulo, había intentado hacer con los cristianos -y, por tanto, lo que le podía ocurrir a él. Estaba claro que el Evangelio no iba a serle un camino fácil en este mundo; pero el tono general del pasaje indica claramente al que puede leer entre líneas que Pablo se crecía ante el peligro que le daba la oportunidad de demostrar su nueva lealtad al Maestro al Que había perseguido y ahora amaba y servía.

(ii) En este breve episodio vemos también la eficacia de la predicación de Pablo. Era tan imposible vencerle en buen debate que los judíos tuvieron que recurrir a la violencia. No se persigue a uno que es inofensivo. George Bernard Shaw dijo una vez que el mejor elogio que se le puede dedicar a un autor es quemar sus libros. Algún otro había dicho: «Un lobo no ataca a una oveja pintada.» Los sucedáneos del Cristianismo están a salvo; es el Cristianismo auténtico el que está bajo ataque. El que le persigan a uno es el mejor reconocimiento, porque es señal de que le consideran auténtico e influyente.

RECHAZADO EN JERUSALÉN

Hechos 9:26-31

Cuando llegó a Jerusalén, Saulo intentó ponerse en contacto con los cristianos; pero le tenían miedo, porque no podían creer que se había convertido de veras. Pero Bernabé le trajo y le presentó a los apóstoles, y les contó todo lo que le había sucedido a Saulo: que había visto al Señor en la carretera de Damasco, y que el Señor le había hablado; y lo abierta y valientemente que había predicado en Nombre de Jesús en Damasco. Entonces se le aceptó como miembro de la comunidad de Jerusalén, y se puso a predicar con libertad y sin miedo en el Nombre del Señor. Empezó a hablar y a discutir con los judíos de cultura griega; pero ellos intentaron matarle. Cuando sus hermanos en Cristo se enteraron de esto,

le acompañaron hasta Cesarea y desde allí le arreglaron el viaje a Tarso.

Entonces la Iglesia estaba en paz en toda Judea y Galilea y Samaria, y seguía edificándose y viviendo en el temor del Señor; y crecía en número de creyentes gracias al ánimo que les daba el Espíritu Santo.

Cuando Saulo llegó a Jerusalén se encontró con que los cristianos le miraban con muchísimo recelo. Y era natural. Había sido allí donde había *asolado* a la Iglesia y metido en la cárcel a hombres y a mujeres. Ya hemos visto que, en momentos cruciales de la carrera de Pablo, ciertos hombres habían sido instrumentales en su conversión. En primer lugar, la Iglesia debe Pablo a la oración de Esteban. También al espíritu perdonador de Ananías. Ahora vemos que la Iglesia también debe Pablo al gran corazón amoroso de Bernabé. Cuando todos los demás le evitaban, por decir lo menos, Bernabé le tomó de la mano y dio la cara por él. En este gesto vemos a Bernabé como un verdadero cristiano.

(i) Era un hombre que siempre creía lo mejor de los demás. Cuando los otros creían que Saulo era un espía, Bernabé creyó que era auténtico. La humanidad se divide entre los que piensan lo mejor de los demás, y los que piensan lo peor; y es uno de los hechos curiosos de la vida que ordinariamente vemos nuestro reflejo en los demás y los hacemos lo que creemos que son. Si nos empeñamos en mirar a alguien con recelo, acabaremos por hacerle cometer algo sospechoso. Si insistimos en creer en un hombre, acabaremos por obligarle a justificar nuestra confianza. Como había de decir el mismo Pablo, «el amor no piensa mal.» Nadie ha creído en los hombres tanto como Jesús, y ya es bastante que el discípulo llegue a ser como su Maestro.

(ii) Era un hombre que nunca mantenía el pasado de otra persona contra ella. Es frecuente el caso de que, porque uno ha cometido algún error, ya se le condena para siempre. Es una de las maravillosas cualidades del corazón de Dios que Él no

nos la guarda por nuestros pecados pasados; y nosotros tampoco debemos condenar a nadie por haber fallado alguna vez.

En este pasaje vemos que Pablo adopta una actividad que le será característica: se pone a discutir con los judíos de cultura griega. Esteban había sido uno de aquellos helenistas; y es de suponer que Pablo volvió a las mismas sinagogas que antes se habían opuesto a Esteban, para dar testimonio del cambio que se había operado en él.

Aquí volvemos a ver a Pablo en peligro de muerte. Para él la vida se había convertido en una sucesión de situaciones en las que escapaba por los pelos. Ahora le sacaron de Jerusalén a escondidas y le llevaron hasta Cesarea, y de allí se fue a Tarso. De nuevo le vemos seguir el principio de volver a su ciudad natal para decirles a los que le conocían que ahora era un hombre cambiado, y que el que le había cambiado había sido Jesucristo.

LOS HECHOS DE PEDRO

Hechos 9:32-43

En sus viajes a todas las comunidades cristianas, Pedro fue a visitar a los creyentes que vivían en Lida. Y allí se encontró con un tal Eneas que hacía ocho años que no se levantaba de la cama, porque se había quedado paralítico. Y Pedro le dijo:

-¡Eneas, Jesucristo te pone bueno! ¡Levántate y hazte la cama! Y el enfermo se levantó inmediatamente. Todos los habitantes de Lida y de Sarón le vieron, y se convirtieron al Señor.

Había en Jope una mujer cristiana que se llamaba Tabita -que es lo mismo que Dorcas en griego, y que quiere decir < Gacela>-. Siempre estaba ocupada haciendo buenas obras y ayudando a los necesitados. Precisamente por entonces se puso enferma y murió.

Después de amortajar el cuerpo, lo colocaron en el piso de arriba de la casa.

Los cristianos se enteraron de que Pedro estaba en Lida; y, como Jope estaba cerca de allí, mandaron a dos hombres para que le dijeran:

-Por favor, date prisa en venir a Lida.

Pedro hizo los preparativos y se fue con ellos. Cuando llegaron, le llevaron al piso de arriba, donde se le acercaron todas las viudas llorando, a enseñarle las batas y los vestidos que hacía Dorcas cuando estaba con ellas.

Pedro hizo salir a todas las personas, y se puso a orar de rodillas. Luego, vuelto hacia la difunta, le dijo:

-¡Tabita, levántate!

Y ella abrió los ojos; y, al ver a Pedro, se sentó en la cama. Pedro le dio la mano, y la ayudó a levantarse. Y entonces llamó a todos los cristianos y a las viudas, y les presentó a la mujer viva.

El suceso se supo en todo Jope, y muchos creyeron en el Señor. Pedro se quedó una temporada allí, en casa de Simón el curtidor.

Pablo llevaba algún tiempo ocupando el centro de la escena; pero ahora se vuelven los focos hacia Pedro otra vez. Este pasaje sigue naturalmente detrás de 8:25, y nos presenta a Pedro en acción. Pero nos presenta mucho más que eso: claramente nos descubre el secreto del poder de Pedro. Cuando sanó a Eneas, no le dijo: «Yo te sano», sino «Jesucristo te sana.» Y antes de hablarle a Tabita -que es la palabra hebrea para *gacela*, lo mismo que Dorcas en griego-, Pedro oró. No era su propio poder el que Pedro invocaba, sino el de Jesucristo. A veces no pensamos más que en lo que nosotros podemos hacer, en lugar de en lo que Cristo puede hacer por medio de nosotros.

Hay una palabra muy interesante en este pasaje. En la versión Reina-Valera se llama dos veces a los cristianos *santos* (versículos 32 y 41). La misma palabra la usa antes Ananías

refiriéndose a los cristianos de Jerusalén (versículo 13). Es la palabra que Pablo usaba corrientemente para describir a un miembro de la iglesia, como cuando dirige sus cartas < a los santos de tal y tal sitio. » La palabra griega es *haguios*, y tiene amplias asociaciones. Corrientemente se traduce por *santo*; pero el sentido original es *diferente*. Básicamente, un cristiano es alguien que es *diferente* de los que no son más que personas de este mundo. Pero, ¿dónde está la diferencia? *Haguios* se refería especialmente al pueblo de Israel, que era específicamente un pueblo *santo, diferente*. La diferencia consistía en que Dios había escogido a Israel entre todas las naciones para una misión; e Israel falló, y no cumplió su destino. Fue desobediente, y perdió sus privilegios. *La Iglesia* llegó a ser el verdadero Israel; y los cristianos son personas *diferentes*, porque Dios los ha elegido para que cumplan sus propósitos.

Así que nosotros los cristianos no somos diferentes de los demás porque se nos haya escogido para mayor honor en la Tierra; pero somos diferentes porque se nos ha escogido para un servicio especial: somos salvos para servir.

UN FIEL SOLDADO

Hechos 10:1-8

En Cesarea vivía un tal Cornelio, que era el centurión del batallón Italiano del ejército romano. Era un hombre piadoso y temeroso de Dios en compañía de toda su casa; era generoso en los actos de caridad pública, y practicaba regularmente la oración.

Cierta día, como a las tres de la tarde, tuvo una visión en la que se le apareció un ángel de Dios y le llamó:

-¡Cornelio!

Él se le quedó mirando, y le contestó respetuosamente:

-Presente y a tus órdenes, señor.

-Dios ha tenido presentes tus oraciones y obras de caridad, que Le han hecho que te tenga en cuenta de una manera especial -continuó el ángel-. Ahora tienes que mandar hombres a Jope para que te traigan a un tal Simón al que también llaman Pedro, que está parando en casa de otro Simón, que es curtidor y que vive a la orilla del mar.

Cuando desapareció el ángel que había hablado con él, Cornelio mandó llamar a dos de sus criados y a un fiel asistente, les contó lo que había experimentado y los envió a Jope.

El capítulo 10 del *Libro de los Hechos* nos cuenta la historia de una verdadera encrucijada en la vida de la Iglesia. Por primera vez se admite a un gentil en la comunidad. Como Cornelio tiene una gran importancia en la Historia de la Iglesia, vamos a recopilar todo lo que podemos saber de él:

(i) Cornelio era un centurión romano estacionado en Cesarea, que era el cuartel general del gobierno en Palestina. La palabra que hemos traducido como *batallón* es el término griego para una cohorte. En la estructura militar romana tenemos en primer lugar la *legión*, que se componía de seis mil hombres y correspondía más o menos a una división. Componían la legión diez *cohortes*, cada una de las cuales estaba formada por seiscientos soldados, y equivalía al batallón. La cohorte se dividía en *centurias*, al frente de cada una de las cuales había un *centurión*. La centuria sería ahora una compañía, y el equivalente del centurión, el sargento. Los centuriones formaban el espinazo del ejército romano. Un historiador antiguo describe así sus características: < Se prefiere que los centuriones no sean temerarios ni lanzados, sino buenos hombres de mando, de carácter estable y prudente, no propensos a iniciar la ofensiva ni la pelea temerariamente, sino capaces, cuando se ven asediados u oprimidos, de mantenerse firmes en su puesto hasta la muerte.> Cornelio era sin duda un hombre que sabía bien y a fondo lo que son el valor y la lealtad.

(ii) Cornelio era *temeroso de Dios*. En los tiempos del Nuevo Testamento se daba este nombre a los gentiles que, cansados de los ídolos y las inmoralidades y las frustraciones de la religiosidad tradicional, se acercaban a la religión judía. No llegaban al punto de circuncidarse y comprometerse a cumplir la Ley; pero asistían a los cultos de la sinagoga y creían en un solo Dios y en la ética del judaísmo. Cornelio era, pues, un sincero buscador de Dios; y, como lo era, Dios le encontró.

(iii) Cornelio practicaba la caridad; era un hombre amable. Su búsqueda de Dios le había hecho amar a los hombres, y el que ama a su prójimo no está lejos del Reino de Dios.

(iv) Cornelio era un hombre de oración. Puede que todavía no conociera claramente al Dios al que oraba; pero, según la luz que había recibido, vivía cerca de Dios.

PEDRO APRENDE UNA LECCIÓN

Hechos 10:9-16

Al día siguiente, mientras los mensajeros de Cornelio iban de camino y se encontraban ya cerca del pueblo, Pedro subió a orar a la azotea de la casa ya casi al mediodía. Tenía hambre, y quería comer algo; pero, mientras se lo preparaban, tuvo un éxtasis: vio que se abrían los cielos y bajaba al suelo algo así como una gran lona atada por las cuatro puntas y llena de toda clase de cuadrúpedos, y reptiles, y aves. Y oyó una voz que le decía: «¡Venga, Pedro, mata y come!» «¡Nada de eso -contestó Pedro-, porque yo no he comido nunca nada contaminado ni inmundo!» Luego oyó la voz que le decía por segunda vez: «Lo que Dios ha limpiado no lo debes tú considerar inmundo.» Esto sucedió tres veces, y seguidamente se llevaron la lona al cielo.

Antes de que Cornelio pudiera ser recibido en la Iglesia, Pedro tenía que aprender una lección. Un estricto judío creía que Dios no tenía ningún interés en los gentiles. Algunos extremistas llegaron a decir que no se debía ayudar a una mujer gentil en el parto, porque no se hacía más que contribuir a que llegara otro gentil al mundo. Pedro tenía que desaprender todo eso antes de que Cornelio pudiera entrar.

Hay algo que nos indica que Pedro ya había iniciado el camino para desaprender algo de la rigidez que le habían enseñado. Estaba parando con otro Simón, que era curtidor (9:43; 10:5). Un curtidor tenía que trabajar con restos de animales muertos y, por tanto, siempre estaba en estado de impureza ritual (*Números 19:11-13*). Ningún judío estricto habría aceptado la hospitalidad de un curtidor. La impureza ritual era lo que obligaba a Simón a vivir a la orilla del mar, fuera de la ciudad. Sin duda este curtidor era cristiano, y Pedro había empezado a ver que el Evangelio abolía esas leyes o tabúes.

A1 mediodía Pedro se subió a orar a la azotea. Las casas solían tener la cubierta en esa forma y, como eran pequeñas por lo general, se subía a la terraza cuando se quería estar tranquilo. Allí tuvo la visión de la lona que bajaba del cielo. Tal vez había un toldo en aquella terraza para protegerla del calor del sol, y ese toldo sugiriera la lona de la visión; pero eso no quiere decir que todo fuera imaginación y nada más. La palabra para *lona* es la que se usa para la vela de un barco. También es probable que Pedro estuviera viendo en las aguas del Mediterráneo barquitos cuyas velas sugirieran algo de la visión.

El caso es que Pedro vio la lona llena de animales y oyó la voz que le decía que matara y comiera. Ahora bien: los judíos tenían estrictas leyes alimentarias que encontramos en *Levítico 11*. En general, los judíos no podían comer más que animales que rumian y que tienen la pezuña hendida. Todos los demás eran *inmundos* y estaba prohibido comerlos. A Pedro le escandalizó la voz, y contestó que él no había comido nunca nada inmundo. Y la voz le dijo que no llamara inmundo a lo que

Dios había limpiado. Y esto sucedió tres veces, para que no cupiera posibilidad de error o incompreensión. Tal vez antes Pedro habría llamado inmundo a un gentil; pero Dios le preparó para que recibiera a los mensajeros que venían de camino.

EL ENCUENTRO DE PEDRO Y CORNELIO

Hechos 10:17-33

Pedro se quedó hecho un lío sin saber lo que querría decir aquella visión; pero entonces llegaron a la puerta los hombres que había mandado Cornelio, que habían venido preguntando por la casa de Simón; y preguntaron en voz alta si estaba parando allí un cierto Simón al que también llamaban Pedro. Cuando Pedro estaba pensando en lo que querría decir la visión, el Espíritu le dijo: «Hay tres hombres preguntando por ti. Anda, baja, y no tengas reparo de ir con ellos; porque soy Yo quien te los he mandado.»

Así es que Pedro bajó de la azotea y les dijo a los hombres:

-Yo soy el que buscáis. ¿Qué os trae por aquí?

-Un santo ángel le ha dado instrucciones al centurión Cornelio, que es un hombre bueno y temeroso de Dios y al que estima todo el pueblo judío, que te mande a buscar para que vayas a su casa, y que preste atención a lo que tú le vas a decir.

Pedro les dijo que entraran y que fueran sus huéspedes; y al día siguiente se marchó con ellos y con algunos miembros de la iglesia de Jope que los acompañaron. Y después de un día de viaje entraron en Cesarea, donde los estaba esperando Cornelio, que había invitado a sus amigos íntimos y a sus parientes.

Cuando Pedro estaba a punto de entrar en la casa, salió Cornelio a recibirle, y se arrodilló a sus pies como

si le considerara un ser sobrenatural. Pero Pedro le hizo levantarse, y le dijo:

-¡Levántate, que yo no soy más que un ser humano como tú!

Luego entró hablando con él, y se encontró con aquella nutrida concurrencia.

-Vosotros sabéis muy bien -empezó a decirles Pedro- que la Ley le prohíbe a un judío el tener contacto con un extranjero o ir a visitarle. Pero Dios me ha mostrado a mí que no debo considerar impuro o inmundo a ningún ser humano. Por eso he venido sin discutir cuando habéis mandado a buscarme. Y ahora os pregunto: ¿Para que me habéis llamado?

-Hace exactamente cuatro días a esta hora -le contestó Cornelio- que estaba yo orando en mi casa a las tres de la tarde, cuando se me presentó un varón con ropa resplandeciente, que me dijo: «Cornelio, Dios ha escuchado tu oración, y se ha fijado en tus obras de caridad. Manda mensajeros a Jope, e invita a un cierto Simón al que llaman Pedro para que venga a verte. Está alojado en casa del curtidor Simón, que vive al orilla del mar. » Entonces te mandé a buscar sin pérdida de tiempo, y has sido muy amable en venir. Así es que nos hemos reunido aquí en la presencia de Dios para escuchar todo lo que el Señor te ha instruido que nos digas.

En este pasaje suceden cosas extraordinarias. Recordemos una vez más que los judíos creían que los demás pueblos estaban fuera de la misericordia de Dios. Un judío verdaderamente estricto no tenía contacto con un gentil, ni aun con un judío que no cumpliera la ley tradicional. Especialmente, jamás tendría como huésped o sería el huésped de un hombre que no cumpliera la Ley. Recordando eso, fijémonos en lo que hizo Pedro. Cuando los emisarios de Cornelio estaban a la puerta -y, conociendo las normas de los judíos, no pasaron de la puerta-, Pedro los invitó a entrar y les dio hospitalidad (23).

Cuando Pedro llegó a Cesarea, Cornelio le salió a recibir a la puerta, sin duda preguntándose si Pedro atravesaría el umbral; y Pedro entró (versículo 27). De la manera más maravillosa, las barreras empiezan a venirse abajo.

Eso es típico de la obra de Cristo. Un misionero nos relata que una vez estaba haciendo un culto de comunión en África. A su lado estaba sentado como anciano un jefe de edad de los ngoni que se llamaba Manlyheart, < corazón viril>. El anciano jefe recordaba los días cuando los jóvenes guerreros ngoni habían dejado tras su paso una estela de poblados incendiados y devastados, y habían vuelto a casa con las lanzas teñidas de sangre, y con las mujeres de sus enemigos como botín. ¿Y cuáles eran las tribus que habían asolado? Las de los senga y los tumbuka. ¿Y quiénes estaban participando de aquel culto de comunión? Los ngoni, los senga y los tumbuka formaban aquella congregación ahora que el amor de Cristo les había hecho olvidar sus enemistades ancestrales. En los primeros días de la Iglesia el Evangelio quitaba las barreras. Todavía sucede cuando se le ofrece la oportunidad.

EL CORAZÓN DEL EVANGELIO

Hechos 10:34-43

Pedro empezó a decir:

Ahora sí que no me cabe la menor duda de que Dios no tiene favoritos, sino que mira con agrado al que Le teme y obra como es debido, sea de la nación que sea. Vosotros conocéis el Mensaje que Dios envió al pueblo de Israel, la Buena Nueva de la paz que se ha hecho realidad por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos. Ya sabéis lo que se divulgó por toda Judea, que había empezado en Galilea a partir del bautismo que proclamó Juan: Que Dios ungió como Mesías con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, que fue

por todo el país haciendo buenas obras y devolviendo la salud a todos los que el diablo tenía oprimidos, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo Jesús en Judea y en Jerusalén. Ya sabéis que le mataron colgándole de una cruz; pero Dios le resucitó al tercer día e hizo que se presentara para no dejar lugar a dudas, no a toda la gente, sino a los testigos que había escogido de antemano; es decir, a nosotros, que comimos con Él después de su Resurrección. Él mismo nos ha mandado a predicar al pueblo, y a dar testimonio de que Dios Le ha puesto como juez de vivos y muertos. Todos los profetas dan testimonio de Él, y de que todos los que crean que Jesús es el Mesías recibirán el perdón de los pecados.

Ya se comprende que aquí no se nos da más que un resumen de lo que Pedro predicó en casa de Comelio, lo cual lo hace aún más importante porque nos da la esencia de la predicación original del Evangelio.

(i) Jesús fue enviado y equipado por Dios con el Espíritu Santo y con poder. Jesús es, por tanto, el Don de Dios a los hombres. A veces se ha pensado que Dios estaba airado, y el humilde Jesús consiguió pacificarle con su sacrificio. Eso no es lo que decían los primeros predicadores; sino que Dios mismo fue el que envió a Jesús para que nos manifestara el amor de Dios.

(ii) Jesús practicó un ministerio de sanidad. Era su gran deseo el desterrar del mundo el dolor y la tristeza.

(iii) Le crucificaron. Una vez más se hace hincapié, para el que sabe leer entre líneas, en el terrible horror de la Crucifixión. Hasta ese punto llega el pecado humano.

(iv) ¡Pero resucitó! El poder que había en Él no podía ser derrotado. Podía conquistar lo peor que los hombres pudieran hacer, y al final conquistó la muerte.

(v) Los predicadores y los maestros cristianos son testigos de la Resurrección. Para ellos Jesús no es el personaje de un

libro o del que han oído hablar. Es Uno que está vivo y presente, con Quien ellos se han encontrado y al Que conocen personalmente.

(vi) El resultado de todo esto es el perdón de los pecados y una nueva relación con Dios. Por medio de Jesús ha vuelto a amanecer sobre la humanidad la amistad que siempre debía haber existido entre Dios y los hombres, pero que el pecado había interrumpido.

LA ENTRADA DE LOS GENTILES EN LA IGLESIA

Hechos 10:44-48

Todavía estaba hablando Pedro cuando el Espíritu Santo cayó por sorpresa sobre todos los que estaban escuchando su predicación. Los cristianos judíos que habían venido con Pedro se sorprendieron muchísimo de que el Espíritu Santo se derramara tan liberalmente sobre unos que no eran judíos; pero tenía que ser eso, porque los oían hablar en lenguas y alabar a Dios. Entonces Pedro dijo:

-¿Quién se puede oponer a que se prepare agua para bautizar a estos que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?

Así es que mandó que fueran bautizados en el Nombre del Señor Jesús. Y le pidieron que se quedara con ellos algunos días.

Antes de que Pedro terminara de hablar sucedió algo que los cristianos judíos no pudieron discutir. Comelio y sus amigos empezaron a hablar en otras lenguas y a alabar a Dios. Esto era la prueba del hecho sorprendente de que Dios les había dado el Espíritu también a esos gentiles.

Hay dos cosas interesantes que se deducen de este pasaje:

(i) Estos gentiles que se convirtieron, como es corriente en *Hechos*, fueron bautizados allí mismo y al momento. En *Hechos* no hay rastro de que tuvieran que ser unos hombres determinados los que administraran el bautismo. La gran verdad era que la Iglesia Cristiana era la que recibía a los convertidos. Haríamos bien en recordar que el bautismo no es algo que hace el pastor, sino que es la *Iglesia* la que recibe al nuevo miembro en el Nombre de Jesucristo, y acepta la responsabilidad de cuidarse de él.

(ii) La última frase es significativa: Y le pidieron a Pedro que se quedara con ellos algunos días. ¿Por qué? Sin duda para enseñarles más cosas. El ser recibidos como miembros de la iglesia no es el fin, sino el principio de la vida cristiana.

LA DEFENSA DE PEDRO

Hechos 11:1-10

Los apóstoles y los miembros de la comunidad cristiana de Judea se enteraron de que unos que no eran judíos habían recibido el Evangelio. Y, cuando Pedro subió a Jerusalén, los judíos cristianos se pusieron a discutir con él y a decirle:

-¿Qué es eso de que has entrado en casa de paganos incircuncisos y has comido con ellos?

Pedro empezó por el principio, y se lo refirió todo paso a paso.

-Yo estaba orando en la ciudad de Jope -dijo-, cuando tuve un éxtasis y se me presentó una visión. Era algo así como una lona muy grande que bajaban por los cuatro picos hasta dejarla precisamente delante de mí. Yo me la quedé mirando a ver qué era, y vi que estaba llena de cuadrúpedos terrestres, fieras, reptiles y aves. Y oí una voz que me decía: «¡Venga, Pedro, mata y

come!» Y yo respondí: «Nada de eso, señor; porque en mi boca no ha entrado jamás nada contaminado ni inmundo. » Entonces me dijo por segunda vez la voz del cielo: «No debes considerar contaminado lo que Dios ha limpiado.» Esto sucedió tres veces, y luego se lo llevaron todo al cielo.

La importancia que le dio Lucas a este incidente se ve por el doble espacio que le dedica. En los tiempos antiguos, el escritor no podía extenderse indebidamente. Todavía no existían los libros en la forma actual. Se usaban rollos de un material que se llamaba *papiro*, el antepasado del papel, que se hacía de una pasta que se sacaba de las plantas de aquel nombre. Un rollo no era fácil de manejar, y el más largo tendría unos diez metros, la longitud necesaria para contener todo el libro de *Hechos*. Lucas tendría una cantidad casi ilimitada de historias que hubiera querido incorporar en su libro. Debe de haber hecho la selección de lo que quería incluir con el máximo cuidado; y, sin embargo, consideró que la historia de Pedro y Comelio era tan importante que había que contarla dos veces.

Lucas tenía razón. No solemos darnos cuenta de lo cerca que estuvo el Cristianismo de no pasar de ser una secta judía, o una nueva forma de judaísmo. Todos los primeros cristianos eran judíos, y toda la tradición y el carácter del judaísmo los habría movido a guardar esta nueva maravilla para sí mismos, y a creer que Dios no podía haber pretendido que fuera también para los gentiles. Lucas ve este incidente como un hito importante en la carretera que la Iglesia iba recorriendo en su caminar hacia una concepción de un mundo para Cristo.

Hechos 11:11-18

-En ese mismo momento-siguió relatando Pedro llegaron tres hombres a la casa donde estábamos alojados. Me los habían mandado desde Cesarea. El Espíritu me dijo que no dudara en ir con ellos. Estos seis miembros de la congregación vinieron conmigo, y entramos en la casa del hombre. Él nos contó que había visto un ángel que se le había aparecido en su casa, que le había dicho: «Manda mensajeros a Jope que te traigan a un tal Simón al que llaman Pedro. Él te dirá cómo podéis salvaros tú y todos los de tu casa. > En cuanto empecé a hablar, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, como también había descendido sobre nosotros al principio. Yo me acordé de lo que nos había dicho el Señor: «Juan bautizaba con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.» Entonces, si Dios les dio, cuando creyeron en el Señor Jesucristo, el mismo Don que nos había dado a nosotros cuando creímos, ¿quién era yo para ponerle cortapisas a Dios? ¿Iba yo a enmendarle la plana a Él?

Cuando oyeron el informe de Pedro, olvidaron inmediatamente sus objeciones y se pusieron a alabar a Dios y a decir:

-¡Conque Dios les ha concedido también a los gentiles que se arrepientan para recibir la Vida eterna!

La falta por la que llamaron a capítulo a Pedro era que había comido con gentiles (versículo 3). Había violado la ley ancestral y las tradiciones de su pueblo. La defensa de Pedro no fue una discusión, sino una simple exposición de los hechos. Dijeran lo que dijeran sus críticos, el Espíritu Santo había descendido sobre esos gentiles de una manera indiscutible. En el versículo 12 hay un detalle significativo: Pedro dice que llevó

a seis hermanos consigo. Es decir, que eran siete en total. Según la ley de Egipto, que los judíos conocían muy bien, siete testigos formaban el quórum para tomar ciertos acuerdos. En la ley romana, que también conocerían bien, hacían falta siete sellos para autenticar un documento verdaderamente importante. Así es que Pedro estaba diciendo realmente: «No voy a discutir con vosotros. Os estoy dando los hechos, y aquí estamos siete testigos. El caso está probado.»

La prueba del Evangelio siempre se da con hechos. Es dudoso que nadie se haya convertido al Cristianismo después de escuchar pruebas verbales o demostraciones lógicas. La demostración del Evangelio es que funciona, que cambia a las personas, que hace buenos a los malos y que comunica el Espíritu de Dios. Cuando las obras desmienten a las palabras, no se puede creer; pero, cuando las palabras están garantizadas por las obras, no hay argumento en el mundo que las pueda desmentir.

MARAVILLAS EN ANTIOQUÍA

Hechos 11:19-21

Los cristianos que se habían dispersado de resultas de las dificultades que surgieron con lo de Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía; pero no les hablaban del Evangelio nada más que a los judíos. Pero iban entre ellos unos que procedían de Chipre y de Cirene que, cuando llegaron a Antioquía, también hablaron con los griegos y les dieron la Buena Noticia del Señor Jesús. El Señor estaba de su parte, y un número considerable creyó y se convirtió al Señor.

En un estilo comprimido, este pasaje nos cuenta uno de los más grandes acontecimientos de la Historia. Ahora sí, por primera vez y a sabiendas, se predica el Evangelio a los gen-

tiles. Todo ha ido conduciendo a este acontecimiento. Ha habido tres peldaños en la escalera. El primero, Felipe predicando a los samaritanos; pero, después de todo, los samaritanos eran medio judíos y formaban, como si dijéramos, un puente entre los judíos y el resto del mundo. El segundo, Pedro recibiendo a Comelio; pero había sido Comelio el que había tomado la iniciativa. No había sido la Iglesia Cristiana la que había buscado a Comelio, sino al revés. Además, se hace hincapié en que Cornelio era temeroso de Dios y, por tanto, estaba al borde de la fe de Israel. El tercero, la Iglesia no fue en Antioquía a judíos o medio judíos, ni esperó a que los gentiles se le acercaran buscando ser admitidos, sino que les predicó el Evangelio a los gentiles. La Iglesia aquí se lanza en su misión universal.

Aquí tenemos algo verdaderamente sorprendente. La Iglesia ha dado el paso más trascendental, y no sabemos ni los nombres de los que lo hicieron; sólo que eran de Chipre y de Cirene. Han pasado a la Historia como anónimos pioneros de Cristo. Siempre ha sido una de las tragedias de la Iglesia que ha habido en ella quienes querían que se los tuvieran en cuenta y se los nombrara cuando hacían algo que merecía la pena. Lo que siempre ha necesitado la Iglesia, tal vez lo que más, son personas que no tienen interés en que se les reconozca con tal de que se haga el trabajo. Puede que los nombres de esos pioneros cristianos no figuren en los libros de historia; pero están en el Libro de la Vida del Cordero.

Otro detalle interesante es que en este pasaje empieza una sección del *Libro de los Hechos* en la que Antioquía ocupa el centro de la escena. Antioquía era la tercera ciudad del mundo, sólo detrás de Roma y Alejandría. Estaba cerca de la desembocadura del río Orontes, a veinticinco kilómetros del mar Mediterráneo. Era una ciudad preciosa y cosmopolita; pero era también proverbial su inmoralidad. Era famosa por sus carreras de carros, y por cierta búsqueda deliberada del placer que ocupaba días y noches; pero por lo que era más famosa era por el culto de Dafne, cuyo templo estaba retirado ocho kilómetros

entre bosquillos de laurel. Según la leyenda, Dafne había sido una joven de la que se había enamorado Apolo, que la había perseguido hasta que ella, para su seguridad, se transformó en un laurel. Las sacerdotisas del templo de Dafne eran prostitutas sagradas, y por las noches representaban la persecución de los adoradores y las sacerdotisas. «La moralidad de Dafne» era una frase que se usaba en todo el mundo para referirse a la vida desenfadada. Parece increíble, pero es verdad que fue en esta ciudad donde el Evangelio dio el gran paso hacia adelante que lo convirtió en una fe universal. Si lo recordamos, reconoceremos que no hay situación desesperada para Dios.

LA SABIDURÍA DE BERNABÉ

Hechos 11:22-26

Lo que estaba sucediendo en Antioquía llegó a oídos de la congregación que estaba en Jerusalén, y comisionaron a Bernabé para que fuera a Antioquía. Cuando llegó y vio la evidencia de la gracia de Dios en acción, se alegró mucho, y exhortó a todos a que siguieran fieles al Señor sin vacilar. Y es que Bernabé era un hombre bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. El número de los seguidores del Señor se multiplicaba. Seguidamente, Bernabé se fue a Tarso a buscar a Saulo; y, cuando le encontró, se le trajo a Antioquía, donde pasaron los dos un año como huéspedes de aquella iglesia enseñando a toda aquella gente. Fue en Antioquía donde llamaron < cristianos > por primera vez a los seguidores de Cristo.

Cuando los responsables de la iglesia de Jerusalén tuvieron noticias de lo que estaba pasando en Antioquía, hicieron lo posible por investigar la situación.

Y fue inspiración de Dios que mandaran a Bernabé. Podían haber mandado a otro más rígido, y que no viera más allá de

la ley judía tradicional; pero enviaron al que tenía el corazón más grande. Bernabé ya había introducido a Pablo y había salido su fiador cuando todos sospechaban de él (*Hechos 9:27*). Bernabé ya había dado pruebas de amor cristiano y de generosidad hacia los hermanos necesitados (*Hechos 4: 36s*). Y ahora, cuando Bernabé vio que los gentiles entraban a participar de la comunión de la Iglesia, se alegró mucho. Pero se dio cuenta de que allí hacía falta alguien que estuviera a cargo de aquel trabajo, alguien que participara de las dos culturas, un judío educado en la tradición de Israel pero que pudiera entender a los gentiles igualmente. Se necesitaba un hombre valiente, porque Antioquía no era un lugar fácil para un líder cristiano; y tenía que ser hábil en la discusión para resistir los ataques de judíos y de gentiles.

Bernabé tenía el retrato robot del hombre que se necesitaba. No sabemos nada de Pablo en los nueve años anteriores aproximadamente. La última vez que se le mencionó fue cuando escapó a Tarso via Cesarea (*Hechos 9:30*). Sin duda había estado testificando de Cristo esos nueve años en su pueblo natal; pero ahora se le presentaba la tarea para la que había sido escogido, y Bernabé, con profunda sabiduría, le puso al frente.

Fue en Antioquía donde llamaron por primera vez *cristianos* a los seguidores de Jesús. El nombre empezó siendo un mote. Los de Antioquía eran famosos por su habilidad en poner motes. Más adelante, el barbado emperador Juliano vino a visitarlos, y le pusieron de mote «El Cabrón» -en la primera acepción. La terminación latina *-iani* quiere decir *pertenecientes al partido de*; por ejemplo, *Caesariani* quiere decir los *que pertenecen al partido del César*. Cristianos quiere decir *Los de Cristo*. Era un apodo despectivo; pero los cristianos se lo apropiaron y lo dieron a conocer en todo el mundo. Por sus vidas lo convirtieron, no en un nombre de burla, sino de respeto y hasta de admiración.

AYUDA EN LA NECESIDAD

Hechos 11:27-30

Por aquel tiempo bajaron profetas de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, que se llamaba Agabo, se puso en pie y dio una profecía del Espíritu en la que anunciaba que habría una hambruna en todo el mundo habitado -cosa que sucedió realmente en tiempos del emperador Claudio. Los cristianos de Antioquía decidieron enviar una ayuda a la comunidad cristiana de Jerusalén, contribuyendo cada uno con lo que podía; y así lo hicieron, enviando la colecta a los ancianos por conducto de Bernabé y Saulo.

Aquí aparecen profetas en la escena. En la Iglesia Primitiva tenían una gran importancia. Se los vuelve a mencionar en *Hechos 13:1; 15:32; 21: 9s*. En la Iglesia Primitiva, hablando en general, había tres clases de líderes. (i) Estaban los *Apóstoles*. Su autoridad no se circunscribía a un lugar determinado, sino que se reconocía en toda la Iglesia; se los consideraba, en un sentido muy real, los sucesores de Jesús. (ii) Estaban los *Ancianos*. Eran los responsables locales, y su autoridad se confinaba a la iglesia local que los había escogido. (iii) Y estaban los *Profetas*.

Su ministerio se veía en el nombre. *Profeta* quiere decir, no solamente el que *vaticina* hechos futuros, sino el que *proclama* la Palabra de Dios. Es verdad que, a veces, anunciaban el futuro; pero, más generalmente, proclamaban la voluntad de Dios. No estaban circunscritos a un lugar o a una iglesia determinados, y eran respetados en toda la Iglesia. *La Doctrina de los Doce Apóstoles* es un documento cristiano del año 100 d.C. aproximadamente, que es en realidad el primer libro de orden eclesiástico. En él se establece, por ejemplo, el orden del culto de comunión; pero se dice a continuación que los profetas pueden hacer el culto como a ellos les parezca. Se sabía que

tenían dones especiales, pero también había peligros. Se podía pretender ser profeta por motivos indignos; es decir, que había también falsos profetas, que no eran más que parásitos de la iglesia. La misma *Doctrina de los Doce Apóstoles* advierte contra el «profeta» que pretende usar la profecía para pedir dinero o una comida; establece que hay que darle hospitalidad al profeta por una noche, pero que si quiere quedarse más tiempo sin trabajar es un falso profeta. Podría ser conveniente seguir hoy en día muchos de estos consejos.

Este pasaje es muy significativo, porque nos descubre hasta qué punto ya se era consciente de la unidad de la Iglesia. Cuando había una hambruna en Palestina, el primer instinto de la Iglesia de Antioquía era ayudar. Era inconcebible que una parte de la Iglesia tuviera problemas, y otra parte de ella no hiciera nada para ayudar. Estaban lejos de la idea congregacionalista más estrecha; tenían esa amplitud de visión que les permitía ver la Iglesia en su conjunto.

ENCARCELADO Y LIBERTADO

Hechos 12:1-11

Precisamente por aquel tiempo Herodes emprendió un ataque violento contra algunos miembros de la Iglesia. Decapitó a Santiago el hermano de Juan; y, cuando vio que a los judíos les había parecido bien aquella medida, arrestó también a Pedro. Esto fue en la fiesta de los Ázimos. Después de detener a Pedro le metió en la cárcel, y puso una guardia de cuatro escuadras, cada una de cuatro soldados, para vigilarle; porque tenía intención de hacerle un juicio público después de la fiesta de la Pascua.

De modo que Pedro estaba bien controlado en la cárcel; pero la Iglesia no cesaba de interceder por él a Dios. La noche antes de que Herodes le presentara al

tribunal, Pedro estaba bien sujeto con dos cadenas, durmiendo entre dos soldados, y los guardias estaban apostados delante de la puerta vigilando la cárcel. Entonces se presentó un ángel del Señor, y todo el edificio se llenó de luz. El ángel le tocó a Pedro en el costado para despertarle, y le dijo:

-¡Date prisa, levántate! y en ese momento se le cayeron las cadenas de las manos a Pedro; y el ángel añadió:- Ponte el cinturón y las sandalias y Pedro lo hizo;- échate el manto por encima y sígueme.

Pedro salió detrás del ángel; y no se daba cuenta de que lo que hacía el ángel estaba pasando de verdad, sino que creía que estaba viendo visiones. Pasaron la primera y la segunda guardia, y llegaron a la puerta de hierro por la que se salía a la ciudad, que se les abrió por sí sola. Salieron y recorrieron una calle; y luego el ángel desapareció. Entonces fue cuando Pedro volvió en sí, y dijo:

Ahora me doy cuenta sin la menor duda de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de lo que Herodes me iba a hacer y de lo que el pueblo judío estaba esperando que sucediera.

Ahora se desencadena una nueva ola de persecución contra la Iglesia, especialmente contra los líderes, instigada por el rey Herodes. Vamos a ver brevemente las varias ramificaciones de la familia de Herodes, especialmente en relación con el Nuevo Testamento.

El primer Herodes que nos encontramos en el Nuevo Testamento es *Herodes el Grande*, que reinó entre alrededor del 41 a.C. y el 1 d.C. Es el que se nombra en *Mateo 2*, que reinaba cuando nació Jesús y recibió a los Magos de Oriente y asesinó a los niños de Belén. Herodes el Grande se casó diez veces. Los de su familia que aparecen en el Nuevo Testamento son los siguientes:

(i) *Herodes Felipe I*. Fue el primer marido de Herodías, la

que fue responsable de la muerte de Juan el Bautista. Se le menciona, bajo el nombre de Felipe, en *Mateo 14:3; Marcos 6:17; Lucas 3:19*. No tenía ningún cargo oficial. Fue el padre de Salomé.

(ii) *Herodes Antipas*. Era el gobernador de Galilea y de Perea. Fue el segundo marido de Herodías, y consintió en la muerte de Juan el Bautista. Es también el Herodes al que Pilato envió a Jesús para que le juzgara (*Lucas 23:7ss*).

(iii) *Arquelao*. Era gobernador de Judea, Samaria e Idumea. Fue un pésimo gobernador y acabó depuesto- y desterrado. Se le menciona en *Mateo 2:22*; y *posiblemente* Jesús aludió a él en la parábola de las Diez Minas (*Lucas 19:11-27, especialmente 14*).

(iv) *Herodes Felipe 11*. Fue gobernador de Idumea y de Traconítida. Fue el fundador de Cesarea de Filipo, que recibió su nombre de él. En el Nuevo Testamento se le llama Felipe, y se le menciona en *Lucas 3:1*.

(v) Herodes el Grande tuvo otro hijo que se llamó Aristóbulo. Su madre fue Mariamne, una princesa que descendía de los grandes héroes macabeos. Le mandó matar su padre, pero tuvo un hijo que se llamó *Herodes Agripa*, que es este de *Hechos 12*.

(vi) Para completar la lista mencionaremos que Herodes Agripa fue el padre de: (a) *Agripa II*, ante quien Pablo fue examinado e hizo el famoso discurso de *Hechos 25 y 26*; (b) *Berenice*, que aparece con él en aquella ocasión, y (c) *Drusila*, que era la mujer de Félix, el gobernador que presidió el juicio de Pablo (*Hechos 24:24*).

En este boceto de la familia Herodes se ve que el Herodes Agripa de este capítulo era descendiente de los macabeos por parte de su madre Mariamne. Se había educado en Roma, pero cultivaba diligentemente el aprecio del pueblo judío mediante la observancia meticulosa de la Ley y todas las costumbres judías. Por estas razones era popular con la gente, y sin duda sería para mantener y aumentar esa popularidad con los judíos estrictos por lo que decidió atacar a la Iglesia Cristiana y a sus

líderes. Hasta su conducta en el arresto de Pedro muestra su deseo de complacer a los judíos. La fiesta de la Pascua era el 14 de Nisán. Ese día y los seis siguientes no se podía usar levadura, por lo que la semana de Pascua se llamaba «de los Ázimos», o panes sin levadura. En ese tiempo no se podían llevar a cabo juicios o ejecuciones, razón por la cual Herodes decidió retrasar los de Pedro hasta la semana siguiente. La gran tragedia de esta ola de persecución era que no se debía a los principios de ningún hombre, por muy equivocados que fueran, sino sencillamente al deseo de ganarse el favor popular.

EL GOZO DE LA RESTAURACIÓN

Hechos 12:12-19

Cuando Pedro se dio cuenta de lo que había pasado con él, se dirigió a la casa de María, la madre de Juan al que también llamaban Marcos. Allí se habían reunido muchos hermanos para orar. Pedro llamó a la puerta de la calle, y una criada que se llamaba Rode fue a ver quién era. Cuando reconoció la voz de Pedro, le dio tanta alegría que, en vez de abrir la puerta, echó a correr hacia dentro de la casa para dar la noticia de que Pedro estaba a la puerta. Unos le dijeron: «¡Tú estás loca!» Pero ella insistía en que era la verdad. «Será su fantasma» =dijeron otros. Pero Pedro seguía llamando a la puerta; y, cuando por fin le abrieron, todavía no se lo podían creer. Pedro les hizo una señal con la mano para que estuvieran callados, y les contó cómo le había sacado el Señor de la cárcel. «Llevalle la noticia a Santiago y a los otros miembros de la Iglesia» -les dijo; y salió de allí, y se fue a otro lugar.

Cuando se hizo de día, los soldados estaban consternados, porque no tenían ni la más ligera idea de lo que había pasado con Pedro. Herodes dio orden de busca

y captura de Pedro, pero no se le encontró por ninguna parte. Luego interrogó a los guardas y los mandó ejecutar. Después Herodes se marchó de Judea y bajó a Cesarea, donde se quedó algún tiempo.

Se habían tomado las mayores precauciones para evitar que Pedro se escapara. Montaban la guardia cuatro escuadras de cuatro soldados cada una; eran cuatro las escuadras porque se dividían el día y la noche en cuatro vigilias de tres horas cada una. Lo normal era encadenar la mano derecha del preso a la izquierda de un soldado; pero Pedro estaba encadenado por las dos manos a dos guardias, uno a cada lado, mientras que los otros dos de la escuadra montaban la guardia a la puerta. No se podían tomar más precauciones. Cuando se comprobó que Pedro había escapado, los soldados fueron ejecutados; porque esa era la ley: que si un criminal escapaba, la guardia sufría la condena que hubiera merecido el reo.

Se ha dicho a veces que a lo mejor no fue un milagro sobrenatural. Tal vez se tratara de una emocionante operación de rescate. Ya vimos la posibilidad de que no fuera un ángel, sino *otro mensajero* del Señor, en el capítulo 5, versículos 17 y siguientes; en ese caso, aún más milagrosa sería esta liberación, para impedir la cual se habían tomado tales precauciones; no cabe duda de que la mano del Señor intervino definitivamente en ella.

Cuando Pedro se encontró en la calle, se fue derecho a la casa de María, la madre de Juan Marcos, que aquí se nos presenta como el cuartel general de la Iglesia Cristiana. Es muy probable que fuera en esta casa donde se celebró la última Cena, y que luego fue el lugar de reunión de los cristianos de Jerusalén. Fijémonos en lo que se estaba haciendo allí: se estaba orando. Cuando tenían problemas, se los presentaban a Dios.

En este pasaje se menciona al que era el verdadero líder de la Iglesia Cristiana en Jerusalén: Pedro les dice que le lleven la noticia a Santiago -la versión Reina-Valera le llama Jacobo-. Era el hermano del Señor -no el de Juan, del que se

nos dice en este mismo capítulo que fue el primer mártir de los apóstoles (versículo 2)-. Hay un cierto misterio en cuanto a este Santiago. En Oriente habría sido lo más natural el que el siguiente hermano hubiera asumido el puesto de su hermano muerto; pero en los evangelios se nos dice que los hermanos de Jesús no creían en Él (*Juan 7:5*), y hasta que, por lo menos en cierta ocasión, pensaban que estaba loco (*Marcos 3:21*). Durante el ministerio público de Jesús, Santiago no estaba de su parte. Pero se nos dice que el Cristo Resucitado se apareció especialmente a Santiago (*1 Corintios 15:7*). El evangelio apócrifo de los Hebreos cuenta que, después de la muerte de Jesús, Santiago hizo el voto de que no comería ni bebería hasta que hubiera visto a Jesús; y Jesús se le apareció. Es bien probable que lo que no hizo la vida de Jesús lo hizo su muerte; y que, cuando Santiago vio morir a su hermano, descubrió por fin Quién era, y dedicó su vida a servirle. El cambio de Santiago puede muy bien ser otro gran ejemplo del poder de la Cruz para cambiar la vida de los hombres.

UN TERRIBLE FINAL

Hechos 12:20-25

Herodes estaba furioso con los habitantes de Tiro y de Sidón. Pero ellos acudieron a él de consuno y, una vez que se ganaron el apoyo de Blasto, que era el chambelán del rey, solicitaron la paz, porque su país dependía del del rey para su provisión de alimentos. En el día señalado, apareció Herodes con su atuendo real, y se sentó en la tribuna y les echó un discurso. La gente le aclamaba a gritos diciendo:

-¡Habla como un dios, no como un hombre!

Pero allí mismo y en aquel momento le hirió un ángel del Señor por apropiarse la gloria que sólo a Dios es debida, y murió comido de gusanos.

A todo esto, el Evangelio crecía en extensión y en influencia. Y en cuanto a Bernabé y Saulo, una vez cumplida su comisión, volvieron de Jerusalén, trayéndose consigo a Juan, también llamado Marcos.

Había por entonces ciertas desavenencias entre Herodes y los habitantes de Tiro y de Sidón, cosa que revestía inconvenientes para estos últimos. Su país estaba al Norte de Palestina, y Herodes les podía poner las cosas difíciles en dos sentidos. Si desviaba de sus puertos todo el comercio de Palestina, perderían buena parte de sus ingresos. Y, peor aún: Tiro y Sidón dependían de Palestina para su provisión de alimentos y, si se les cortaba la provisión, se verían en una situación bien grave. Así es que, en primer lugar, consiguieron ganarse a Blastos, el chambelán del rey, y luego se hicieron los preparativos para una audiencia pública.

Josefo, el historiador judío de esta época, describe que el segundo día del festival Herodes entró en el teatro ataviado con un atuendo hecho de paño de plata que relucía al sol, y la gente se puso a gritar que había venido un dios a visitarlos. Inmediatamente se le presentó una enfermedad repentina y terrible de la que no se recuperó.

Los versículos 24 y 25 nos devuelven a *Hechos 11:27-30*. Pablo y Bernabé habían cumplido su misión bienhechora con la Iglesia de Jerusalén, y se volvieron a Antioquía llevándose consigo a Juan Marcos.

EL PRIMER VIAJE MISIONERO

Los capítulos 13 y 14 de *Hechos* nos cuentan el primer viaje misionero que Pablo y Bernabé iniciaron desde Antioquía. Esta ciudad estaba a 25 kilómetros de la costa del Mediterráneo remontando el río Orontes, así es que realmente se embarcaron en Seleucia, que era el puerto de Antioquía. De allí cruzaron a Chipre, donde predicaron en Salamina y en Pafos. De Pafos navegaron a Perge de Panfilia. Esta era una provincia costera,

y no predicaron en aquel lugar porque Pablo no se encontraba bien. Penetraron tierra adentro, y llegaron a Antioquía de Pisidia. Cuando las cosas se pusieron demasiado peligrosas allí, recorrieron los 150 kilómetros que los separaban de Iconio. De nuevo se encontraron en peligro, y pasaron a Listra, a 35 kilómetros. Después de sufrir un ataque serio y peligroso, pasaron a Derbe, que es un lugar que no se ha identificado con certeza. De Derbe iniciaron el regreso, pasando otra vez por Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Después de predicar esta vez en Perge de Panfilia, se embarcaron en Atalia, que era el puerto principal de Panfilia, y navegaron a Seleucia y Antioquía. Todo el viaje duró unos tres años.

ENVIADOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Hechos 13:1-3

En la iglesia local de Antioquía había un grupo de profetas y maestros que estaba formado por Bernabé, Simón el Negro, Lucio el Cireneo, Manahén -que se había criado con el tetrarca Herodes- y Saulo. Cuando éstos estaban dando culto al Señor y ayunando, el Espíritu Santo les dijo:

-¡Venga! Consagradme a Bernabé y a Saulo para que cumplan su vocación en la tarea especial que les tengo asignada.

Después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron.

La Iglesia Cristiana ya estaba posicionada para tomar la salida. Los cristianos habían decidido, bien a sabiendas, llevar el Evangelio a todo el mundo. Habían tomado esa decisión bajo la dirección del Espíritu Santo. Los miembros de la Iglesia Primitiva no hacían nunca lo que les parecía, sino lo que Dios quería que hicieran.

Los *profetas* y los *maestros* tenían funciones diferentes. Los profetas eran predicadores ambulantes que habían dedicado sus vidas a escuchar a Dios para comunicárselo a los demás. Los maestros eran los que estaban encargados de instruir a los convertidos en las iglesias locales.

Se ha hecho notar que esta lista de profetas y maestros ya es simbólica de la misión universal del Evangelio. Bernabé era judío, de Chipre; Lucio procedía de Cirene, en el Norte de África; Simeón también era judío, pero el hecho de que le llamaran Níger en la forma latina -como viene en la versión Reina-Valera- indica que viviría probablemente en círculos romanos; Manahén tenía contactos aristocráticos, y Saulo mismo era judío, natural de Tarso de Cilicia y con la carrera de rabino. En esta breve lista aparece la influencia unificadora del Evangelio. Hombres de muchas tierras y culturas habían descubierto el secreto de la unidad porque habían descubierto el secreto de Cristo.

Se ha sugerido una interesante especulación. Simeón probablemente procedía de África, como se ve por su apodo. Se ha sugerido que es el Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús (*Lucas 23:26*). Sería maravilloso que el hombre cuyo primer contacto con Jesús fue llevar su cruz -una tarea que tuvo que cumplir a la fuerza- fue uno de los responsables en el momento de mandar el mensaje de la Cruz por todo el mundo.

ÉXITO EN CHIPRE

Hechos 13:4-12

Cuando el Espíritu les dio la orden de ponerse en marcha, bajaron al puerto de Seleucia, desde donde se embarcaron para Chipre. En cuanto llegaron a Salamina, se pusieron a anunciar la Palabra de Dios en las sinagogas judías. Tenían a Juan de ayudante. Se recorrieron toda la isla hasta llegara Pafos, y allí se encon-

traron con un tal Bar-Jesús, mago judío que se las daba de profeta, que tenía contacto con el procónsul Sergio Paulo, que era un hombre inteligente. El procónsul invitó a Bernabé y Saulo a visitarle, porque tenía interés en la Palabra de Dios; pero Elimas «el hechicero» -que es lo que quiere decir su nombre- hizo todo lo posible por impedirles la entrada para evitar que el procónsul se convirtiera. Entonces Saulo -a quien desde ahora llamaremos Pablo-, lleno del Espíritu Santo, se le quedó mirando fijamente y le dijo:

-¡Asqueroso farsante, engendro de Satanás y enemigo de todo lo bueno! ¿Es que no vas a dejar de enredar los buenos caminos que conducen a Dios? Ahora mismo, ¡fíjate!, el Señor te da una bofetada, y te vas a quedar ciego e incapaz de ver ni la luz del Sol por algún tiempo.

E inmediatamente cayó sobre él la más densa oscuridad, e iba a tientas buscando alguien que le llevara de la mano. Y cuando el procónsul vio lo que había sucedido, se quedó maravillado de la doctrina del Señor y se convirtió al Evangelio.

El primer lugar al que fueron Pablo y Bernabé fue Chipre. De allí era Bernabé (*Hechos 4:36*), y era característico de su noble corazón el querer compartir los tesoros de Jesús en primer lugar con sus paisanos.

Chipre era una provincia romana famosa por sus minas de cobre y sus astilleros. A veces le daban el nombre de Makaria, que quiere decir La Isla de la Felicidad, porque se decía que tenía un clima tan perfecto y recursos tan variados que uno podía encontrar allí todo lo necesario para una vida feliz. Pablo nunca escogió el camino más fácil. Bernabé y él predicaron en la capital, Pafos, famosa por el culto de Venus, la diosa del amor.

El gobernador de Chipre era Sergio Paulo. Aquellos eran tiempos sumamente supersticiosos, y casi todos los poderosos, hasta uno tan inteligente como Sergio Paulo, tenían sus magos,

adivinos y exorcistas privados. Bar-Jesús, o Elimas -una palabra árabe que quiere decir *el habilidoso*-, vio que si el gobernador se hacía cristiano se le habían acabado los privilegios. Pablo le trató con eficacia.

Desde este episodio a Saulo se le llama Pablo. En aquel tiempo casi todos los judíos tenían dos nombres; uno era el nombre hebreo, que usaban en su círculo privado y familiar, y el otro era un nombre griego, por el que se les conocía en un ambiente más amplio. A veces el nombre griego era la traducción del hebreo; por ejemplo, Cefas es la palabra hebrea y Petros -Pedro- la griega para *pedra*; Tomás en hebreo y Dídymos en griego quieren decir *mellizo*. A veces los dos nombres sonaban parecidos, como Eliakim en hebreo y Alcimos en griego, o Yeshúa y Jesús -Jesús.

Por eso Saulo -Saúl, el primer rey de Israel, de la tribu de Benjamín- también se llamaba Paulos -Pablo. Curiosamente es a partir de la conversión de Sergio *Paulo* -el mismo nombre que Pablo- cuándo se le deja de llamar Saulo en *Hechos*. Se ha sugerido que el cambio de nombre podría tener que ver con este episodio. Tal vez fue entonces cuando asumió tan completamente su misión como «Apóstol de los gentiles» que decidió usar solamente su nombre gentil. Si fue así, esta fue la señal de haberse lanzado desde este momento a cumplir la misión que le había asignado el Espíritu Santo sin mirar atrás.

EL DESERTOR

Hechos 13:13

Pablo y sus amigos se embarcaron en Pafos y llegaron a Perge de Panfilia. Allí Juan los abandonó y se volvió a Jerusalén.

Aunque no se le menciona, en este versículo se le hace a Bernabé el más grande de los elogios. Hasta este momento siempre se le ha nombrado en primer lugar: Bernabé y Pablo (*Hechos* 11:30; 12:25; 13:2, 7). Bernabé empezó siendo el líder de la expedición; pero desde este momento casi siempre se invertirá el orden: Pablo y Bernabé (13:43, 46, 50), lo que quiere decir que Pablo es ahora el líder, a lo que Bernabé no opuso resistencia. Estaba dispuesto a ocupar un segundo puesto siempre que se hiciera la obra del Señor.

El interés de este versículo es que indica un fallo en la biografía de Juan Marcos -pues el Juan que se menciona aquí es el que conocemos mejor por su otro nombre, Marcos-, el desertor que se rehabilitó.

Marcos era muy joven. La casa de su madre parece que era el centro de la Iglesia en Jerusalén (*Hechos* 12:12), así es que él debe de haber estado muy cerca del centro de la fe. Pablo y Bernabé se le llevaron de ayudante porque era pariente de Bernabé; pero Marcos los dejó y se volvió a casa. Nunca sabremos por qué. Tal vez se molestó de que Bernabé dejara de ser el líder; o quizá le diera miedo el viaje propuesto a la meseta donde estaba Antioquía de Pisidia, que era uno de los más duros y peligrosos del mundo antiguo; o tal vez, como venía de Jerusalén, tenía sus dudas acerca de la evangelización de los gentiles; o puede ser que, en esa etapa de su vida, fuera uno de los muchos a los que se les da mejor empezar que acabar empresas; o quizá -como dijo Crisóstomo hace mucho- el mozo echaba de menos a su madre. El caso es que se volvió atrás.

Por algún tiempo a Pablo le resultó difícil olvidar aquella defección. Cuando estaban para iniciar su segundo viaje misionero, Bernabé quería llevar a Marcos otra vez, pero Pablo se negó a admitir al que ya se les había rajado en una ocasión (*Hechos* 15:38), y él y Bernabé dejaron de formar equipo juntos definitivamente por esta causa. En este momento Marcos desaparece de la escena, aunque según la tradición fue a Alejandría en Egipto y fundó allí la iglesia. Cuando vuelve a

aparecer en escena veinte años después aparece como uno que se rehabilitó. Pablo, escribiendo a los colosenses desde la prisión romana, les dice que le den la bienvenida a Marcos si va por allí. Y cuando le escribe a Timoteo, dice: < Toma a Marcos y tráetele, porque me puede ser de gran ayuda» (2 *Timoteo* 4:11). Como lo expresó Fosdick, < nadie tiene que seguir siempre igual». Por la gracia de Dios, el que una vez resultó un desertor llegó a ser el autor de un evangelio y el hombre que Pablo quería tener a su lado al final de su vida.

UN VIAJE AZAROSO PARA UN HOMBRE ENFERMO

Hechos 13:14s

Pablo y Bernabé atravesaron aquella región desde Perge hasta Antioquía de Pisidia. Una vez allí fueron el sábado a la sinagoga y tomaron asiento; y después de las lecturas de la Ley y de los Profetas, los responsables de la sinagoga les mandaron recado:

-Hermanos, si tenéis algún mensaje de exhortación para la congregación, podéis hablar.

Uno de los detalles sorprendentes de *Hechos* es el heroísmo que se despacha en una sola frase. Antioquía de Pisidia estaba situada en una meseta a más de mil metros sobre el nivel del mar. Para llegar allí, Pablo y Bernabé tuvieron que cruzar la cordillera de Tauro siguiendo una de las carreteras más difíciles de Asia Menor, que además estaba infestada de bandoleros.

Pero tendríamos que preguntar: ¿Por qué no predicaron en Panfilia? ¿Por qué dejaron la costa sin anunciar el Evangelio y tomaron aquel camino tan difícil y peligroso? No mucho después, Pablo escribió una carta a los de Antioquía de Pisidia, Iconio, Litra y Derbe, que es la que llamamos *Gálatas*, porque esas ciudades estaban en la provincia romana de Galacia. En esa carta les dice: «Ya sabéis que la causa de que os predicara

el Evangelio en primer lugar fue una incapacidad física» (*Gálatas* 4:13). Así es que, cuando llegó a Galacia, Pablo estaba enfermo. Tenía un agujijón en el cuerpo que no le dejaba a pesar de haberlo pedido mucho en oración (2 *Corintios* 12:7s). Se han hecho muchas conjeturas acerca de lo que sería ese agujijón -*estaca* sería tal vez una palabra más adecuada. La tradición más antigua es que Pablo sufría de jaquecas terribles; y la explicación más probable es que padecía las fiebres de malaria vírica que acechaba por toda la franja costera de Asia Menor. Un viajero dice que la jaqueca que caracteriza la malaria es como si le atravesaran a uno la frente con un hierro candente; y otro la compara con una barrena que le pasara a uno de sien a sien. Es muy probable que esta malaria atacara a Pablo en la baja Panfilia, y que tuviera que dirigirse a la meseta para intentar sacudírsela.

Fijémonos que no se le pasó por la cabeza el volver atrás. Aun cuando tenía el cuerpo agobiado de dolores Pablo nunca dejaba de proseguir adelante como valiente aventurero de Cristo.

LA PREDICACIÓN DE PABLO

Hechos 13:16-41

Pablo entonces se levantó, hizo una señal con la mano para que le prestaran atención y dijo:

-Israelitas, y todos los que no sois judíos pero honráis a Dios, escuchadme: El Dios del Pueblo de Israel eligió a nuestros antepasados. Cuando vivían como forasteros en Egipto, hizo que llegaran a ser un gran pueblo. Hizo gala de su gran poder al guiarlos para que salieran de Egipto, y los sostuvo en el desierto cuarenta años; destruyó a siete naciones en el país de Canaán, y le dio en herencia su tierra a Israel durante cuatrocientos cincuenta años. Más adelante les dio jueces

hasta el tiempo del profeta Samuel. Entonces pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, que reinó cuarenta años. Luego Dios le depuso, y puso como rey a David, al que avaló diciendo: «He descubierto que David hijo de Jesé es un hombre que me agrada, y que cumplirá toda mi voluntad.» De la descendencia de David, como Dios había prometido, ha puesto a Jesús como Salvador de Israel. Antes de que Jesús se manifestara, Juan estuvo predicando a todo el pueblo de Israel que se bautizara en señal de arrepentimiento. Cuando Juan estaba ya al final de su carrera, dijo: «¿Quién os figuráis que soy yo? Yo no soy el Mesías. Pero hay Uno que viene después de mí al Que yo no merezco ni desatarle las sandalias.» Hermanos porque me estoy dirigiendo tanto a los que sois descendientes directos de Abraham como a los que, aunque no sois judíos, participáis del culto que le damos a Dios-: ¡Es a nosotros a los que se dirige este mensaje de Salvación! Los habitantes de Jerusalén y sus responsables no reconocieron a Jesús como el cumplimiento de todo lo que habían anunciado los profetas, aunque sus libros se leen todos los sábados; pero, al condenarle a muerte, cumplieron las profecías. Aunque no pudieron acusarle de nada que mereciera la pena de muerte, le pidieron a Pilato que Le hiciera ajusticiar. Cuando acabaron de hacerle todo lo que las Escrituras habían dicho que se Le haría, bajaron su cadáver de la cruz y lo colocaron en una tumba. ¡Pero Dios Le devolvió otra vez a la vida! Durante un periodo considerable de tiempo se estuvo apareciendo a los que habían subido con Él de Galilea a Jerusalén, que pueden dar testimonio de primera mano al pueblo de que las cosas sucedieron así. Nosotros os traemos la Buena Noticia de que Dios ha hecho realidad lo que les promedió a nuestros antepasados en nosotros sus descendientes al devolver ala vida a Jesús como está escrito en el Salmo segundo: «Tú eres mi Hijo, hoy te

he dado la vida. » Y en cuanto a que le devolvió otra vez a la vida para no volver ya nunca más a la corrupción de la muerte, esto es lo que dice: < Os daré las santas y seguras bendiciones de David. » Y por esto mismo dice en otro lugar: «No dejarás que tu Santo experimente la corrupción de la muerte. » David cumplió la voluntad de Dios en su tiempo y generación, y cayó en el sueño de la muerte y fue a reunirse con sus antepasados; así es que sí experimentó la corrupción de la muerte. El Que no la experimentará jamás es el Que Dios devolvió a la vida. Tened por cierto, hermanos, que se os ofrece el perdón de vuestros pecados gracias a este Hombre, y que todos los que ponen en El su confianza alcanzan la amnistía que no se podía conseguir por medio de la Ley. Tened mucho cuidado para que no os suceda lo que dijo el profeta: « ¡Fijaos bien, burlones, y esfumaos de puro asombro! Porque voy a hacer en vuestros días algo que no os vais a poder creer cuando os lo cuenten. »

Este es un pasaje sumamente importante porque es la única reseña completa que tenemos de un sermón del apóstol Pablo. Cuando lo comparamos detenidamente con el sermón de Pedro en *Hechos 2*, vemos que los principales elementos son exactamente los mismos:

(i) Pablo insiste en que la venida de Jesús es la consumación de la Historia. Hace un resumen de la historia de Israel para demostrar que culmina en Cristo. Los estoicos creían que la Historia no hace más que repetirse. Un veredicto cínico moderno dice que la Historia no es más que la sucesión de los pecados y errores de la Humanidad. Pero el punto de vista cristiano es optimista: estamos seguros de que la Historia siempre avanza hacia una culminación según el propósito de Dios.

(ii) Pablo señala el hecho de que los hombres no reconocieron la manifestación de Dios en Jesucristo. Browning decía: «No tenemos más remedio que amar lo sublime cuando lo

vemos.» Pero una persona, a fuerza de seguir su propio camino y rechazar el de Dios, puede acabar aquejada de una ceguera tal que ya es incapaz de ver nada. El mal uso del libre albedrío conduce, no a la libertad, sino a la ruina total.

(iii) Aunque los hombres, en su ciega locura, rechazaron y crucificaron a Jesús, Dios no podía ser derrotado, y la Resurrección es la prueba de que el poder y el propósito de Dios son invencibles. Se cuenta que una vez en una noche de tempestad impresionante, un niño asustado le dijo a su padre: «Dios tiene que haber perdido el control de sus vientos esta noche.» La Resurrección es la prueba de que Dios nunca pierde el control.

(iv) Pablo pasa a usar un argumento típicamente judío: La Resurrección es el cumplimiento de la profecía, porque a David se le hicieron promesas que está claro que no se cumplieron en su persona, y sí en Cristo. Una vez más vemos que la Historia no se mueve ni circularmente ni a la ventura; sino que el propósito de Dios se cumple.

(v) La venida de Cristo es la Buena Noticia para cierta clase de personas. Antes habían intentado vivir de acuerdo con la Ley, pero no hay nadie que pueda cumplir la Ley de una manera perfecta, y por tanto siempre eran conscientes de su fracaso y culpa; pero ahora pueden encontrar en Jesucristo el poder perdonador que los libera de la condenación que merecían y restablece la verdadera relación con Dios.

(vi) Pero lo que se pretende que sea una buena noticia puede ser mala para otra clase de personas. Y es que, sencillamente, hace peor la condenación de los que la han oído y han rechazado la invitación a creer en Jesucristo. El que nunca ha tenido la oportunidad, tiene disculpa; pero no el que ha visto la gloria del ofrecimiento de Dios y lo ha rechazado.

PROBLEMAS EN ANTIOQUÍA

Hechos 13:42-52

Al salir de la sinagoga, la congregación les pidió por favor que volvieran a hablarles de estas cosas otra vez el sábado siguiente. Y cuando se despidió la congregación, muchos de los judíos y también de los gentiles que se habían convertido a la fe de Israel y que tomaban parte en el culto con los judíos, acompañaron a Pablo y Bernabé, que les siguieron hablando para convencerlos de que debían rendirse a la gracia de Dios.

AL siguiente sábado se reunió casi toda la población para escuchar el Mensaje del Señor. Los judíos estaban que ardían de celos cuando vieron el gentío, y se pusieron a llevarle la contraria a Pablo en todo, recurriendo a los insultos más que al razonamiento. Pablo y Bernabé no se andaron con remilgos, y les dijeron:

-Nosotros hemos cumplido con nuestro deber al daros a vosotros la oportunidad de escuchar el Mensaje de Dios en primer lugar; pero, como lo habéis rechazado y por tanto os condenáis a vosotros mismos como indignos de recibir la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Esto es lo que Dios ha dicho que hagamos:

«Yo Te he hecho Luz de los gentiles para que por medio de Ti llegue la Salvación hasta los últimos confines de la Tierra.»

Cuando oyeron esto los gentiles se llenaron de alegría y se pusieron a alabar a Dios por el Mensaje que les había enviado, y se convirtieron todos los que estaban dispuestos para la vida eterna. Y el Mensaje del Señor se extendió por toda la región. Pero los judíos ejercieron su influencia en algunas mujeres piadosas y aristocráticas y en las fuerzas vivas de la ciudad, y provocaron

una persecución contra Pablo y Bernabé, consiguiendo que los echaran del distrito. Ellos se sacudieron el polvo del calzado para hacerles ver que los consideraban impíos paganos, y se marcharon a Iconio. Los discípulos estaban henchidos del gozo del Espíritu Santo.

Antioquía de Pisidia se inflamaba con facilidad. Era una población muy diversa. La habían fundado los sucesores de Alejandro Magno hacia el año 300 a.C. Los judíos solían darse prisa en acudir a las nuevas ciudades para copar los primeros puestos. Como Antioquía estaba en un nudo de comunicaciones, llegó a ser colonia romana en el año 6 a.C. Formaban la población griegos, judíos, romanos y no pocos de los nativos frigios, que eran muy emotivos e inestables. Era la clase de población en la que cualquier chispa podía provocar una conflagración.

La única cosa que sacaba de quicio a los judíos era la posibilidad de que alguno de los privilegios del pueblo de Dios fuera a parar a los gentiles incircuncisos; así es que se movilizaron. En aquellos tiempos la religión judía ejercía una considerable atracción entre las mujeres, y nada era más libre que la moralidad sexual. La vida familiar se estaba desintegrando, y las víctimas eran las mujeres. La religión judía predicaba una pureza moral y una vida limpia. En torno a la sinagoga se reunían muchas mujeres, con frecuencia de alta posición social, que encontraban en su enseñanza precisamente lo que estaban buscando. Muchas de estas mujeres se hicieron prosélitas, y aún más *temerosas de Dios*. Los judíos las convencieron para que incitaran a sus maridos, que eran en muchos casos hombres de posición, para que tomaran medidas contra los predicadores cristianos, y el resultado inevitable fue la persecución. Antioquía se llenó de peligros para Pablo y Bernabé, que tuvieron que marcharse.

Los judíos estaban empeñados en mantener sus privilegios para ellos solos. Sin embargo los cristianos consideraban que tenían que compartir sus privilegios. Como se ha dicho: «Los

judíos veían a los paganos como paja que se podía quemar, y Jesús los veía como una cosecha que había que recoger para Dios.» Y la Iglesia Cristiana debe tener esa misma visión de un mundo para Cristo.

PABLO Y BERNABÉ EN ICONIO

Hechos 14:1-7

En Iconio siguieron la misma táctica de ir en primer lugar a la sinagoga de los judíos, y hablaron con tanto efecto que se convirtieron gran número tanto de judíos como de griegos. Pero los judíos que se negaron a creer soliviantaron a los gentiles de tal manera que los pusieron en contra de la nascente comunidad cristiana. Pablo y Bernabé se quedaron allí bastante tiempo comunicando la Palabra de Dios con valentía y con absoluta confianza en el Señor, Que confirmaba el Mensaje de su gracia capacitándolos para realizar demostraciones maravillosas del poder de Dios en acción.

Los habitantes de la ciudad se habían dividido en dos bandos: unos estaban de parte de los judíos, y otros, de los apóstoles. Pero cuando éstos se dieron cuenta de que los judíos se habían puesto de acuerdo con los gentiles y con los gobernadores para lanzarse contra ellos y apedrearlos, escaparon a las ciudades de Listra y Derbe, en Licaonia, y el distrito de alrededor, y siguieron anunciando la Buena Noticia por allí.

Pablo y Bernabé se fueron a Iconio, a unos 150 kilómetros de Antioquía. Era una ciudad tan antigua que pretendía ser anterior a Damasco. En el remoto pasado había tenido un rey que se llamaba Nanaco, y se solía decir la frase «desde los Jías de Nanaco» con el sentido de «desde tiempo inmemorial.»

Como era su costumbre, los apóstoles empezaron por la

sinagoga y, como en otros casos, tuvieron éxito; pero los judíos celosos soliviantaron a la gente, y de nuevo Pablo y Bemabé tuvieron que irse a otro sitio.

Tenemos que darnos cuenta de que estaban arriesgando la vida cada vez más. Lo que les estaban preparando en Iconio era un linchamiento. Cuanto más lejos iban, más se alejaban de la civilización. En las ciudades más civilizadas estaban relativamente a salvo, porque Roma mantenía el orden; pero donde su influencia no se dejaba sentir tanto, Pablo y Bemabé estaban en peligro de caer en las manos de la chusma soliviantada por los judíos. Los apóstoles eran valientes. Siempre requiere valor seguir a Cristo.

TOMADOS POR DIOS EN LISTRA

Hechos 14:8-18

En Listra se encontraron con un hombre que estaba totalmente parálítico de las dos piernas de toda la vida. Este hombre estaba atento a lo que Pablo decía. Pablo se le quedó mirando fijamente, se dio cuenta de que tenía suficiente fe para curarse, y le dijo en tono de mando:

-¡Levántate y ponte en pie derecho!

El hombre se puso en pie de un salto y echó a andar. Y cuando la gente se dio cuenta de lo que Pablo había hecho, se pusieron a dar voces en lengua licaónica:

-¡Son dioses en forma humana que han venido a visitarnos!

A Bernabé le tomaron por Zeus, y a Pablo por Hermes, porque era el que daba los mensajes. El sacerdote del templo de Zeus que estaba en las afueras de la ciudad trajo toros con guirnaldas a las puertas dispuesto a ofrecerles sacrificios con toda la gente. Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo se dieron cuenta de lo que se estaba tramando, se rasgaron las vestiduras en señal

de escándalo, y se lanzaron en medio del gentío gritando:

-¡Pero qué es lo que vais a hacer! Nosotros no somos más que seres humanos exactamente lo mismo que vosotros, que os traemos la Buena Noticia que os invita a dejar esas cosas que no tienen ninguna realidad y os pongáis en contacto con el Dios vivo que ha hecho los cielos y la Tierra y el mar y todo lo que hay en ellos. En el pasado, Dios ha dejado que todas las naciones siguieran sus propios caminos, aunque Él no ha estado nunca sin testigos que les indicaran su existencia a los humanos, y os ha dado siempre muestras de su bondad en la lluvia, y en las estaciones que traen cada una de las cosechas que os proveen de alimento y de bienestar.

Hablándoles de esta manera apenas consiguieron que la gente no les ofreciera sacrificios como si fueran dioses.

Pablo y Bemabé se vieron involucrados en un extraño incidente en Listra. La razón por la que los tomaron por dioses está en la historia legendaria de Licaonia. La gente de alrededor de Listra contaba que una vez Zeus y Hermes habían venido a la Tierra disfrazados. Ninguno de los habitantes de todo el país les quiso dar hospitalidad, hasta que por fin dos campesinos, que se llamaban Filemón y su mujer Baucis, los recibieron en su casa. En consecuencia, toda la gente de aquella tierra fue exterminada por los dioses menos Filemón y Baucis, a los que hicieron guardianes de un espléndido templo y, cuando se murieron, los convirtieron en dos grandes árboles. Por eso, cuando Pablo sanó al cojo de nacimiento, los de Listra estaban decididos a no cometer otra vez su antiguo error. Bemabé debe de haber sido un hombre de aspecto noble, así es que le tomaron por Zeus, el rey de los dioses al que los romanos llamaban Júpiter. Hermes o Mercurio era el mensajero de los dioses; y como Pablo era el que hablaba, le tomaron por Hermes.

Este pasaje es especialmente interesante porque nos presen-